

NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR

ANNA ZAIRES



Secuestrada

LA TRILOGÍA SECUESTRADA: PRIMER LIBRO

SECUESTRADA

LA TRILOGÍA SECUESTRADA: PRIMER LIBRO

ANNA ZAIRES
TRADUCCIÓ DE SCHEHEREZADE SURIÀ

♣ MOZAIKA PUBLICATIONS ♣

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Fragmento de Hazme Tuya](#)

[Acerca del Autor](#)

Esta es una obra de ficción. Los nombres, los personajes, los lugares y los acontecimientos son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o sitios es pura coincidencia.

Copyright © 2017 Anna Zaires
<http://annazaires.com/>

Reservados todos los derechos.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito del titular del copyright, salvo para su uso en reseñas.

Publicado por Mozaika Publications, de Mozaika LLC.
www.mozaikallc.com

Diseño de cubierta de Najla Qamber Designs
najlaqamberdesigns.com

e-ISBN: 978-1-63142-2508
Print ISBN: 978-1-63142-251-5

PRÓLOGO

SANGRE.

Está por todos sitios. El charco de líquido rojo oscuro del suelo se está expandiendo, se multiplica. Tengo sangre en los pies, en la piel, en el pelo... Casi puedo notar su gusto, olerla y sentir cómo me cubre. Me estoy ahogando, me asfixio con la sangre.

¡No! ¡Para!

Quiero gritar, pero no puedo inspirar suficiente aire. Quiero moverme, pero estoy atada y no puedo. Las cuerdas se me clavan en la piel al forcejear.

Sin embargo, sí oigo los gritos de ella. Son alaridos inhumanos de agonía y dolor que me desgarran por dentro y me dejan la mente tan desollada y mutilada como su piel.

Él levanta el cuchillo de nuevo y el charco de sangre se transforma en océano, la resaca me absorbe...

Me levanto chillando su nombre con las sábanas empapadas de sudor frío.

Por un momento, estoy desorientada... y entonces me acuerdo.

Él ya no volverá a por mí.

CAPÍTULO 1

DIECIOCHO MESES ANTES

TENGO DIECISIETE AÑOS CUANDO LO CONOZCO.

Diecisiete años y estoy loca por Jake.

—Nora, vamos, me aburro —dice Leah, sentada conmigo en las gradas viendo el partido. Fútbol americano. No sé nada de fútbol, pero finjo que me encanta porque es donde puedo verlo. Allí, en ese campo, mientras entrena cada día.

No soy la única chica que mira a Jake, claro. Es el quarterback y el más buenorro del mundo... o por lo menos de Oak Lawn, un barrio residencial de Chicago, Illinois.

—No es aburrido —le digo—. El fútbol es divertidísimo.

Leah pone los ojos en blanco.

—Ya, ya. Anda y ve a hablar con él. No eres tímida. ¿Por qué no haces que se fije en ti?

Me encojo de hombros. Jake y yo no nos movemos en los mismos círculos. Las animadoras se le pegan como lapas y llevo observándolo bastante tiempo para saber que le van las rubias altas y no las morenas bajitas.

Además, por ahora es divertido disfrutar de esta atracción. Sé qué nombre tiene este sentimiento: lujuria. Hormonas, así de simple. No sé si me gustará Jake como persona, pero me encanta como está sin camiseta. Cuando pasa por mi lado, noto que se me acelera el corazón de la alegría. Siento calor en mi interior y me entran ganas de removerme en el asiento.

También sueño con él. Son sueños sensuales y eróticos donde me coge la mano, me acaricia la cara y me besa. Nuestros cuerpos

se tocan, se frotan el uno contra el otro. Nos desvestimos.

Trato de imaginar cómo sería el sexo con Jake.

El año pasado, cuando salía con Rob, casi llegamos hasta el final, pero entonces descubrí que se había acostado, borracho, con otra chica en una fiesta. Acabó arrastrándose cuando me enfrenté a él, pero ya no podía fiarme y rompimos. Ahora me ando con mucho más ojo con los chicos con los que salgo, aunque sé que no todos son como Rob.

Pero puede que Jake sí lo sea. Es demasiado popular para no ser un mujeriego. Aun así, si hay alguien con quien me gustaría hacerlo por primera vez, ese es Jake, sin duda alguna.

—Salgamos esta noche —dice Leah—. Noche de chicas. Podemos ir a Chicago a celebrar tu cumpleaños.

—Mi cumpleaños no es hasta la semana que viene —le recuerdo, aunque sé que tiene la fecha marcada en el calendario.

—¿Y qué? Podemos adelantar la celebración.

Sonrío. Siempre está a punto para la fiesta.

—No sé. ¿Y si vuelven a echarnos? Esos carnets no son muy buenos...

—Iremos a otro sitio. No tiene por qué ser el Aristotle.

El Aristotle es el club más molón de la ciudad. Pero Leah tenía razón... había otros.

—De acuerdo —digo—. Hagámoslo. Adelantemos la fiesta.



LEAH ME RECOGE A LAS NUEVE.

Va vestida para salir de fiesta: unos vaqueros ceñidos oscuros, un top brillante sin tirantes de color negro y botas de tacón hasta las rodillas. Lleva la melena rubia completamente lisa y suave, que le cae por la espalda como una cascada radiante.

Sin embargo, yo aún llevo puestas las zapatillas de deporte. Tengo los zapatos de tacón dentro de la mochila que dejaré en el coche de Leah. Un jersey grueso esconde el top sexi que llevo. No me he maquillado y llevo la melena castaña recogida en una coleta.

Salgo de casa así para no levantar sospechas. Digo a mis

padres que me voy con Leah a casa de una amiga. Mi madre sonríe y me dice que me lo pase bien.

Ahora que casi tengo dieciocho años, no tengo toque de queda. Bueno, quiz a s , pero no es oficial. Siempre y cuando llegue a casa antes de que mis padres empiecen a preocuparse, o por lo menos les diga dónde voy a estar, no pasa nada.

Cuando subo al coche de Leah empiezo a transformarme.

Me quito el jersey, que revela el ajustado top que llevo debajo. Me he puesto un sujetador con relleno para aprovechar al máximo mis encantos, algo pequeños. Los tirantes del sujetador est n diseñados inteligentemente para ser bonitos, así que no me da vergüenza que se me vean. No tengo unas botas tan llamativas como las de Leah, pero he conseguido sacar a hurtadillas mi mejor par de zapatos negros de tacón. Me añaden unos diez centímetros de altura. Y como necesito hasta el último centímetro, me los pongo.

Después, saco mi neceser de maquillaje y bajo el visor para mirarme al espejo.

Unos rasgos familiares me devuelven la mirada. Mis ojos grandes y marrones y las cejas negras y muy definidas dominan mi pequeño rostro. Rob me dijo una vez que parecía exótica, y s , algo así es. Aunque solo tengo una cuarta parte de latina, siempre estoy algo bronceada y mis pestañas son más largas de lo normal. Leah dice que son postizas, pero son auténticas.

No tengo ningún problema con mi aspecto, aunque a veces me gustaría ser más alta. Es por los genes mexicanos. Mi abuela era bajita y yo también lo soy, aunque mis padres tienen una altura normal. Y no me preocupa, lo que pasa es que a Jake le gustan las altas. Creo que ni siquiera me ve en el pasillo porque estoy por debajo del nivel de su vista.

Suspiro, me pongo brillo de labios y sombra de ojos. No me paso con el maquillaje porque a mí me funciona más lo sencillo.

Leah sube el volumen de la radio y las nuevas canciones pop llenan el coche. Sonrío y empiezo a cantar con Rihanna. Leah se une y ahora las dos estamos cantando a voz en grito la de S&M.

Sin casi darme cuenta, ya hemos llegado al grupo.

Nos acercamos como si fuéramos las reinas del mambo. Leah

sonríe al portero y le enseñamos nuestros carnets. Nos dejan pasar, sin problemas.

Nunca habíamos estado antes en este club. Está en una parte del centro de Chicago más vieja y deteriorada.

—¿Cómo descubriste este sitio? —grito a Leah para que me oiga por encima de la música.

—Me lo dijo Ralph —grita ella y yo pongo los ojos en blanco.

Ralph es el exnovio de mi amiga. Rompieron cuando él empezó a comportarse de forma extraña, pero, por algún motivo, siguen en contacto. Creo que ahora él está metido en las drogas o algo así. No lo sé seguro y Leah no me lo quiere contar por lealtad a él. Es un tío muy turbio, y que estemos aquí porque nos lo haya recomendado él no me tranquiliza en absoluto.

Pero, bueno, da igual. La zona de fuera no es lo mejor, pero la música es buena y me gusta la gente variada que hay.

Estamos aquí para pasárnoslo bien y eso es exactamente lo que hacemos durante la hora siguiente. Leah consigue que un par de tíos nos inviten a unos chupitos. No nos tomamos más de una copa. Leah porque tiene que llevar el coche y yo porque no metabolizo bien el alcohol. Puede que seamos jóvenes, pero no somos tontas.

Después de los chupitos, bailamos. Los dos chicos que nos han invitado bailan con nosotras, pero poco a poco nos vamos alejando de ellos. Tampoco son tan monos. Leah encuentra a unos buenorros de edad universitaria y nos ponemos a su lado. Entabla conversación con uno y yo sonrío al verla en acción. Se le da muy bien esto del flirteo.

En esas que la vejiga me dice que tengo que ir al baño. Así que los dejo y allá que voy.

Ya de vuelta, pido al camarero un vaso de agua. Después de bailar me ha entrado sed.

El chico me lo da y me lo bebo de un trago. Cuando termino, dejo el vaso en la barra y levanto la vista.

Me topo con un par de ojos azules y penetrantes.

Está sentado al otro lado de la barra, a unos tres metros de mí. Y me está mirando.

Le devuelvo la mirada, no puedo evitarlo. Es el hombre más

guapo que haya visto en mi vida.

Tiene el pelo oscuro y un poco rizado. Su rostro es de facciones duras y masculinas, con rasgos simétricos. Tiene las cejas rectas y oscuras por encima de los ojos, que son increíblemente claros. Y una boca que podría pertenecer a un ángel caído.

De repente me acaloro al imaginar esa boca rozando mi piel y mis labios. Si fuera propensa a ponerme roja, ahora mismo me habría puesto como un tomate.

Él se levanta y camina hacia mí sin dejar de mirarme. Anda sin prisa, tranquilo. Se lo ve muy seguro de sí mismo. ¿Y por qué no iba a estarlo? Es muy guapo y lo sabe.

Al acercarse, me doy cuenta de que es grande. Es alto y fornido. No sé qué edad tiene, pero supongo que se acerca más a los treinta que a los veinte. Es un hombre, no un chiquillo.

Se coloca a mi lado y tengo que acordarme de respirar.

—¿Cómo te llamas? —pregunta en una voz baja, pero audible por encima de la música. Oigo su tono profundo a pesar de este entorno tan ruidoso.

—Nora —respondo con voz queda, mirándolo. Me he quedado fascinada y estoy segura de que él lo sabe.

Sonríe. Al separar esos labios tan sensuales deja entrever unos dientes blancos y rectos.

—Nora. Me gusta.

Como él no se presenta, me armo de valor y le pregunto:

—¿Cómo te llamas?

—Puedes llamarme Julian —dice, y miro cómo mueve los labios. Nunca me había fascinado tanto la boca de un hombre.

—¿Cuántos años tienes, Nora? —me pregunta a continuación.

Parpadeo.

—Veintiuno.

Se le ensombrece la expresión.

—No me mientas.

—Casi dieciocho —admito a regañadientes. Espero que no se lo diga al camarero y me echen de aquí.

Asiente, como si hubiera confirmado sus sospechas. Entonces levanta la mano y me toca el rostro. Suavemente, con cuidado.

Me roza el labio inferior con el pulgar como si sintiera curiosidad por su textura.

Estoy tan sorprendida que me quedo allí plantada. Nadie me lo había hecho antes, nadie me había tocado así, como si nada, de aquella forma tan posesiva. Siento frío y calor a la vez, y un escalofrío de miedo me recorre la espalda. No vacila en sus gestos. No pide permiso ni se detiene a ver si lo dejo tocarme.

Me toca sin más. Como si tuviera derecho a hacerlo. Como si yo le perteneciera.

Con la respiración agitada y entrecortada, doy un paso atrás.

—Tengo que irme —susurro, y él vuelve a asentir, mirándome con una expresión inescrutable en su hermoso rostro.

Sé que me deja ir y me siento agradecida porque algo en mi interior me dice que podría haber ido más allá, que no sigue las normas establecidas.

Que seguramente sea la persona más peligrosa que he conocido jamás.

Me doy la vuelta y me abro paso entre la muchedumbre. Me tiemblan las manos y el pulso me late con fuerza en la garganta.

Tengo que salir de allí, así que cojo a Leah y le pido que me lleve a casa en coche.

Al salir de la discoteca, miro hacia atrás y vuelvo a verlo. Sigue mirándome.

A su mirada se asoma una oscura promesa; algo que me hace estremecer.

CAPÍTULO 2

LAS SIGUIENTES TRES SEMANAS PASAN VOLANDO. CELEBRO MI DECIMOCTAVO cumpleaños, estudio para los exámenes finales, salgo con Leah y mi otra amiga, Jennie, voy a los partidos de fútbol para ver jugar a Jake y me preparo para la graduación.

Intento no volver a pensar en el incidente del club porque cuando lo hago me siento cobarde. ¿Por qué hui? Julian apenas me había tocado.

No entiendo mi extraña forma de reaccionar. Me había excitado, aunque de forma absurda también me había asustado.

Ahora las noches son inquietas. En lugar de soñar con Jake, me despierto excitada, molesta y con una sensación palpitante entre las piernas. En mis sueños se cuelan imágenes sexuales y oscuras, pensamientos que nunca antes había tenido. Y muchos de ellos tienen que ver con Julian haciéndome cosas mientras yo permanezco inmóvil.

A veces creo que me estoy volviendo loca.

Aparto de mi mente esos pensamientos inquietantes y me concentro en vestirme. Hoy es mi graduación y estoy emocionada. Leah, Jennie y yo tenemos grandes planes para cuando acabe la ceremonia. Jake va a dar una fiesta en su casa para celebrar la graduación. Será el momento perfecto para poder hablar con él por fin.

Llevo un vestido negro bajo la toga azul de graduación. Es simple, pero resalta mis suaves curvas y me siento bien. También me he puesto zapatos de tacón de unos diez centímetros. Es un

poco exagerado para la ceremonia de graduación, pero necesito parecer más alta.

Mis padres me llevan al instituto. Este verano espero ahorrar un poco y así poder comprarme un coche nuevo para ir a la universidad. Voy a quedarme en una universidad cercana porque es lo más barato, de modo que voy a seguir viviendo con mis padres.

No me importa. Son simpáticos y nos llevamos bien. Me dan bastante libertad, seguramente porque piensan que soy una buena chica, que nunca me meto en problemas. Y por lo general es cierto, más allá de los carnés falsos, las contadas salidas a las discotecas, y a pesar de aquella vez que casi vomito en una fiesta, llevo una vida de lo más tranquila. No bebo mucho, no fumo ni me drogo.

Llegamos y encuentro a Leah. Esperamos en fila con paciencia a que nos llamen. Es un día de junio perfecto; no hace ni demasiado calor ni demasiado frío.

Primero llaman a Leah. Tiene suerte de que su apellido empiece por A. Mi apellido es Leston, y eso me hace esperar otros treinta minutos. Pero por suerte solo hay unas cien personas en mi curso. Una de las ventajas de vivir en una ciudad pequeña.

Me llaman y voy a recoger el título. Mirando a la gente, sonrío y saludo a mis padres. Estoy contenta de que estén tan orgullosos. Le estrecho la mano al director y me giro para volver a mi sitio.

Y entonces lo veo.

Se me hiela la sangre.

Está sentado al fondo, mirándome. Puedo sentir sus ojos sobre mí a pesar de la distancia.

No sé cómo, pero consigo bajar del escenario sin caerme. Me tiemblan las piernas y se me ha acelerado la respiración. Me siento junto a mis padres y rezo para que no se fijen en mi actitud.

¿Por qué está Julian aquí? ¿Qué quiere de mí? Cojo aire y me obligo a calmarme. Lo más seguro es que esté aquí por otra persona. Quizá tiene un hermano o una hermana en mi clase de

graduación. O cualquier otro familiar.

Pero sé que me estoy mintiendo.

Recuerdo su caricia posesiva y sé que no ha acabado conmigo.

Me desea.

Me estremezco con solo pensarlo.



NO VUELVO A VERLO TRAS LA CEREMONIA Y ESO ME TRANQUILIZA. LEAH NOS LLEVA hasta la casa de Jake. Jennie y ella se pasan todo el camino hablando, emocionadas por haber acabado el instituto y por la nueva etapa que empieza.

En otra situación me habría unido a la conversación, pero estoy demasiado afectada por haber visto a Julian, así que me mantengo en silencio todo el camino. Por alguna razón no he mencionado a Leah nada sobre mi encuentro con él en el club. La excusa fue que me dolía la cabeza y que quería irme a casa.

No sé por qué no puedo hablar con Leah sobre Julian. No tengo problemas para hablar sin parar sobre Jake. Quizá sea porque es demasiado difícil expresar cómo me hace sentir Julian. Leah no entendería la razón por la que me asusta.

Ni siquiera yo misma la entiendo.

Cuando llegamos a casa de Jake, la fiesta está en su máximo apogeo. Sigo decidida a hablar con Jake, pero estoy demasiado alterada por haber visto a Julian antes, así que decido que necesito un poco de coraje en forma de líquido.

Me alejo de las chicas, camino hasta el barril y me sirvo una copa de ponche. La huelo, compruebo que lleva alcohol y me la tomo de un trago.

Casi en ese mismo momento empiezo a sentirme mareada. Tal y como ya había descubierto hace unos años, no tolero el alcohol. Una sola copa se puede considerar mi límite.

Veo a Jake dirigirse a la cocina y lo sigo.

Está limpiando, tirando a la basura algunos vasos y platos de plástico.

—¿Te ayudo un poco? —le pregunto.

Sonríe y se le arrugan los bordes de los ojos.

—Claro, eso sería genial. —El pelo, un poco largo y algo aclarado por el sol, le cae sobre la frente y lo hace parecer aún más adorable.

Siento que me derrito. Es muy guapo. No de la forma inquietante en la que lo es Julian, sino de una forma más agradable y alegre. Jake es alto y está fuerte, pero no es lo bastante grande para ser quarterback. No es lo suficientemente grande para jugar en la universidad o al menos eso me dijo Jennie una vez.

Lo ayudo a limpiar. Quito algunas migas de la encimera y paso un trapo por los restos de ponche derramado por el suelo. Durante todo este tiempo, el corazón no para de latirme con fuerza a causa de los nervios.

—Nora, ¿verdad? —dice Jake mirándome.

«¡Sabe cómo me llamo!».

Le regalo una sonrisa enorme.

—Eso es.

—Muchas gracias por ayudar Nora —dice con sinceridad—, me gusta organizar fiestas, pero es un rollo tener que limpiar al día siguiente. Por eso intento limpiar un poco durante la fiesta antes de que quede todo hecho un desastre.

Mi sonrisa aumenta y asiento.

—Es muy buena idea.

Todo eso me suena bastante lógico. Me gusta que no sea el típico deportista, sino que también sea amable y considerado.

Empezamos a hablar. Me cuenta sus planes para el año que viene. Al contrario que yo, él se irá fuera a estudiar. Le cuento que mis planes son quedarme en la ciudad los siguientes dos años para ahorrar dinero y que después quiero ir a una universidad de verdad.

Asiente con aprobación mientras me dice que es una decisión inteligente. Él había pensado hacer algo así, pero tuvo la suerte de contar con una beca completa para estudiar en la Universidad de Michigan.

Sonríó y lo felicito. En mi interior estoy dando saltitos de alegría.

Hemos conectado. ¡Hemos conectado de verdad! Puedo decir

con seguridad que me gusta. ¿Por qué no me he acercado antes a él?

Hablamos durante unos veinte minutos antes de que alguien entre en la cocina buscándolo.

—Oye, Nora —dice Jake antes de volver a la fiesta—, ¿haces algo mañana?

Niego con la cabeza mientras contengo la respiración.

—¿Te gustaría ir a ver una película? —sugiere Jake—. Tal vez podemos ir a cenar algo a esa pequeña marisquería.

Sonrío y asiento como una idiota. Me da apuro decir algo extraño, así que me quedo callada.

—Genial —dice Jake y me sonrío—, entonces te recogeré a las seis.

Jake vuelve para seguir de anfitrión y yo me reúno con las chicas. Nos quedamos otras cuantas horas, pero no vuelvo a hablar con Jake. Está rodeado de sus amigos deportistas y no quiero interrumpir.

Sin embargo, de vez en cuando lo pillo mirándome con una sonrisa.

Las siguientes veinticuatro horas las paso en una nube. Cuento a Leah y Jennie todo lo que pasó. Se alegran por mí.

Para la cita me pongo un bonito vestido azul y unas botas de tacón marrones. Son una mezcla entre botas de cowboy y algo un poco más elegante; sé que me quedan genial.

Jake me recoge a las seis en punto.

Vamos al Fish-of-the-Sea, una marisquería local bastante popular, no muy lejos del cine. Es un lugar muy agradable y no demasiado formal. Perfecta para una primera cita.

Pasamos un buen rato. Jake me cuenta cosas sobre él y su familia. Él también me pregunta y descubrimos que nos gusta el mismo tipo de películas. No sé por qué, pero no soporto las películas para chicas y, sin embargo, me encantan las historias sobre el fin del mundo con muchos efectos especiales. Y al parecer a Jake también.

Después de cenar vamos a ver la película. Por desgracia no es sobre un apocalipsis, pero es de acción y es bastante buena. Durante la película Jake me pasa el brazo por los hombros y

apenas puedo contener la emoción. Espero que me bese esta noche.

Cuando salimos del cine vamos al parque a dar un paseo. Es tarde, pero me siento completamente protegida. El índice de criminalidad en la ciudad es insignificante, además hay un montón de farolas.

Caminamos cogidos de la mano. Estamos hablando sobre la película cuando se para y se queda mirándome.

Sé lo que quiere. Es lo mismo que quiero yo.

Lo miro y sonrío. Me devuelve la sonrisa, me pone las manos en los hombros y se inclina para besarme.

Tiene los labios suaves y el aliento le huele a la menta del chicle que mascaba antes. Su beso es dulce y agradable, exactamente como esperaba que fuera.

Y de repente, en un simple pestañeo, todo cambia.

Ni siquiera sé qué ocurre ni cómo ocurre. Un instante antes estaba besando a Jake y al siguiente está tirado en el suelo, inconsciente. Una figura amenazante se cierne sobre él.

Abro la boca para gritar, pero no puedo más que soltar un ruidito antes de que una enorme mano me cubra la boca y la nariz.

Siento un agudo pinchazo en un lado del cuello y de repente todo oscurece a mi alrededor.

CAPÍTULO 3

ME DESPIERTO CON UN AGUDO DOLOR DE CABEZA Y EL ESTÓMAGO REVUELTO. ESTÁ OSCURO Y NO ALCANZO A VER NADA.

Durante unos segundos no recuerdo que ha pasado. ¿Bebí demasiado en la fiesta? Entonces mi mente se aclara y los acontecimientos de la noche anterior se cuelan en mí como si de un ciclón se tratase. Me acuerdo del beso y entonces... «Jake». Dios, ¿qué le ha pasado a Jake?

Estoy tan aterrorizada que solo puedo quedarme ahí tumbada, temblando.

Estoy acostada en una cama con un buen colchón, uno muy bueno, seguramente. Estoy tapada con una manta, pero no noto que lleve ropa encima, solo siento la suavidad del algodón de las sábanas que rozan mi piel. Me toco y se confirman mis sospechas: estoy desnuda.

Mis temblores se intensifican.

Con una mano compruebo entre mis piernas. Para mi gran alivio todo parece igual. No hay humedad, ni dolor ni ninguna señal de que me hayan violado.

Al menos por ahora.

Me escuecen los ojos por las lágrimas, pero no rompo a llorar. Llorar no arreglaría mi situación actual. Necesito averiguar qué está pasando. ¿Quieren matarme? ¿Violarme? ¿Violarme y luego matarme? Si me han secuestrado para cobrar un rescate, ya puedo considerarme muerta. Desde que despidieron a mi padre por la crisis, apenas pueden pagar la hipoteca.

Con mucho esfuerzo logro contener mi histeria. No quiero empezar a gritar porque eso llamaría la atención. En lugar de eso sigo tumbada en la oscuridad, recordando todas esas historias espantosas que salen en las noticias. Pienso en Jake y en su cálida sonrisa. Pienso en mis padres y en lo abatidos que se quedarán cuando la policía les diga que he desaparecido. Pienso en todos mis planes y en que es posible que nunca vaya a ir a la universidad.

Y entonces empiezo a enfadarme. ¿Por qué me hacen esto? ¿Quiénes son? He asumido que son ellos en lugar de él porque recuerdo haber visto una oscura figura cernirse sobre el cuerpo de Jake. Debía haber alguien más para atraparme por detrás.

La furia me ayuda a controlar el pánico y entonces puedo pensar un poco. No puedo ver nada, pero sí puedo palpar.

Me muevo con sigilo y, con sumo cuidado, empiezo a estudiar mi alrededor.

Primero, confirmo que estoy en una cama. Una gran cama de esas king size. Hay almohadas y una manta, las sabanas son suaves y agradables al tacto. Parecen caras.

Sea por lo que sea, eso me asusta aún más: son criminales con dinero.

Gateo hasta el borde de la cama y me siento mientras agarro con fuerza la manta contra mi cuerpo. Toco el suelo con el pie descalzo. Está frío y es liso como si fuera madera.

Me enrolló la manta al cuerpo y me levanto dispuesta a seguir con la exploración.

En ese mismo instante escucho que la puerta se abre.

Entra una luz cálida. Y aunque no es muy brillante me ciega durante un momento. Parpadeo una cuantas veces para acostumbrarme a la luz.

Y entonces lo veo a él.

Es Julian.

Está parado junto a la puerta como un ángel oscuro. Tiene el pelo un poco rizado, le da un toque de suavidad a sus facciones perfectas. Tiene la mirada fija en mi rostro y los labios curvados en una leve sonrisa.

Es impresionante. Y aterrador.

Mi intuición era buena: este hombre es capaz de cualquier cosa.

—Hola, Nora —dice con suavidad mientras entra en la habitación.

Lanzo una mirada desesperada a mi alrededor, pero no veo nada que me sirva de arma.

Tengo la boca más seca que la mojama. Ni si quiera puedo reunir la saliva necesaria para hablar. Me quedo ahí mirando cómo me acecha; es como si fuese un tigre hambriento y yo su presa.

Pienso luchar como se atreva a tocarme.

Da un paso hacia mí y yo doy otro hacia atrás. Luego da otro y otro hasta que me topo con la pared. Me encojo tras la manta.

Levanta la mano y me tenso; estoy dispuesta a defenderme. Pero se limita a coger una botella de agua y me la tiende.

—Toma —dice—. Imagino que tendrás sed.

Me quedo mirándolo. Me estoy muriendo de sed, pero no quiero que vuelva a drogarme.

Parece que entiende mi indecisión.

—No te preocupes, mi gatita, solo es agua, te quiero despierta y consciente.

No sé cómo reaccionar a eso. El corazón me martillea en el pecho, estoy muerta de miedo.

Permanece quieto, observándome con paciencia. Me rindo ante mi propia sed y sujetando la manta con fuerza, cojo el agua con la mano libre. Me tiemblan las manos y le rozo los dedos sin querer. Siento que me recorre una ola de calor y me olvido de ella rápidamente.

Tengo que desenroscar el tapón... Eso significa que tengo que dejar caer la manta. Julian observa mi dilema con interés y diversión. Por suerte no me toca. Se limita a mirarme desde su posición, a menos de medio metro de mí.

Con fuerza aprieto los brazos contra el cuerpo para agarrar la manta y a la vez poder abrir el tapón. Después vuelvo a sujetar la manta con una mano y con la otra me llevo la botella a los labios.

El agua fría es un alivio absoluto para los labios y la lengua que siento totalmente secos. Me bebo la botella entera. No

recuerdo la última vez que disfruté tanto bebiendo agua. La boca seca debe ser el efecto secundario de la droga que utilizó para traerme aquí.

Ahora que puedo hablar le pregunto.

—¿Por qué?

Para mi gran sorpresa, mi voz suena casi normal.

Levanta la mano y me vuelve a acariciar la cara. Igual que hizo en el club. Y tal como ocurrió esa vez, le dejo hacer sin ni siquiera moverme. Siento sus dedos suaves contra la piel, es una caricia casi delicada. Es un contraste tan brutal con la situación actual que me siento confusa durante un momento.

—Porque no me gustó verte con él —dice Julian, con furia mal contenida en la voz—. Porque te tocó, te puso las manos encima.

Apenas puedo pensar.

—¿Quién? —susurro, intentado averiguar de quién está hablando. Entonces lo entiendo—. ¿Jake?

—Sí, Nora —dice desafiante—, Jake.

—Está... —Ni siquiera estoy segura de poder decirlo en alto—
¿Está...vivo?

—De momento —responde él con una mirada penetrante—, está en el hospital con una conmoción cerebral leve.

Siento tanto alivio que me dejo caer contra la pared. De repente caigo en la cuenta de sus palabras.

—¿De momento? ¿Qué quiere decir eso?

Julian se encoge de hombros.

—Su salud y bienestar dependen completamente de ti.

Trago para humedecerme la garganta.

—¿De mí?

Vuelve a acariciarme la cara y me pone un mechón de pelo tras la oreja. Tengo tanto frío que siento como si su tacto me quemara la piel.

—Sí, mi gatita, de ti. Si te portas bien, él estará bien. Si no...

Casi no puedo respirar.

—¿Si no...?

Julian sonríe.

—Estará muerto dentro de una semana.

Tiene la sonrisa más hermosa y aterradora que he visto jamás.

—¿Quién eres? —susurro—. ¿Qué quieres de mí?

No responde. En lugar de eso me toca el pelo, coge un mechón castaño y se lo lleva a la cara para olerlo.

Lo miro, inmóvil. No sé qué hacer. ¿Debería enfrentarme a él? Y si lo hiciera ¿qué ganaría? Todavía no me ha hecho daño, y no quiero provocarlo. Es mucho más grande que yo, mucho más fuerte. Le veo los músculos definidos bajo la camiseta de manga corta negra que lleva. Sin los zapatos de tacón, apenas le llego a los hombros.

Mientras sopeso las posibilidades de enfrentarme a alguien que me supera en peso considerablemente, Julian toma la decisión por mí. Me suelta el pelo y me agarran la manta que sujeto con fuerza.

No lo dejo hacer, si acaso la agarro con más fuerza. Y entonces hago algo vergonzoso.

Suplico.

—Por favor —le digo con desesperación—, por favor, no lo hagas.

Vuelve a sonreír.

—¿Por qué no? —Todavía con las manos tirando de la manta de forma lenta e implacable. Sé que lo está haciendo para alargar la tortura. Podría arrancarme la manta de un solo tirón.

—No quiero hacer esto. —Apenas puedo coger el aire suficiente para respirar y de repente mi voz suena más jadeante.

Julian tiene aspecto de estar divirtiéndose, pero tiene un brillo oscuro en la mirada.

—¿No? ¿Crees que no noté cómo reaccionabas ante mí en el club?

Niego con la cabeza.

—No reaccioné de ninguna forma, te equivocas... —digo con la voz espesa por las lágrimas que contengo—. Yo solo quiero a Jake...

En ese momento noto cómo levanta la mano y me agarra por el cuello. No hace nada más, no aprieta, pero sigo teniendo miedo. Siento la violencia que emana y me aterra.

Se inclina sobre mí.

—No quieres a ese chico —dice con dureza—, él nunca te

podrá dar lo mismo que yo. ¿Lo entiendes?

Me limito a asentir porque estoy demasiado asustada para decir algo.

Me suelta el cuello.

—Bien —dice más suave—, ahora, quítate la manta. Quiero verte desnuda otra vez.

¿Otra vez? Tuvo que ser él quien me desnudó.

Intento pegarme aún más a la pared sin quitarme la manta.

Julian suspira.

Dos segundos más tarde, la manta está en el suelo. Como había supuesto, no tengo ninguna posibilidad si él decide usar la fuerza.

Me resisto de la única forma que puedo. En lugar de quedarme quieta y dejarlo contemplar mi cuerpo desnudo, me muevo por la pared hasta quedarme sentada en el suelo con las rodillas contra el pecho. Las envuelvo con los brazos y me quedo quieta con todo el cuerpo temblando. El pelo, grueso y largo, me cubre la mitad del cuerpo y me cae por la espalda y los brazos.

Escondo la cara en las rodillas. Estoy tan asustada de lo que me vaya a hacer ahora que se me saltan las lágrimas y empiezan a resbalar deprisa por las mejillas.

—Nora —dice con dureza en la voz—, levántate. Levántate ahora mismo.

Sacudo la cabeza sin mirarlo.

—Nora, esto puede ser agradable para ti o puede ser doloroso. Tú decides.

¿Agradable? ¿Pero este está loco? Me tiembla todo el cuerpo por los sollozos.

—Nora —vuelve a decir con impaciencia—, tienes exactamente cinco segundos para hacer lo que te digo.

Él espera y casi lo oigo contar mentalmente. Yo también estoy contando y cuando llego a cuatro me levanto con las lágrimas todavía recorriéndome la cara.

Me avergüenzo de mi propia cobardía, pero me da mucho miedo el dolor. No quiero que me haga daño.

No quiero que me toque, aunque seguro que lo hará.

—Buena chica —dice con suavidad a la vez que me toca de

nuevo la cara y me coloca el pelo tras los hombros.

Me estremezco con su tacto. No me atrevo a mirarlo, así que mantengo la mirada baja.

Y al parecer no le gusta porque me levanta la barbilla hasta que no tengo más remedio que mirarlo a los ojos.

Bajo esta luz sus ojos se han vuelto de un tono azul oscuro. Está tan cerca que puedo sentir cómo le emana el calor del cuerpo. Me gusta porque tengo frío. Estoy desnuda y helada.

De repente llega hasta mí y se inclina. Sin tiempo para asustarme, me pasa un brazo alrededor de la espalda y el otro bajo las rodillas.

Y sin esfuerzo me levanta y me lleva hasta la cama.

Me tumba casi con delicadeza y me enrosco haciendo un ovillo, temblando. Julian empieza a desnudarse y no puedo evitar mirarlo.

Lleva puestos unos vaqueros y una camiseta de manga corta, que es lo primero que se quita. Su torso es una obra de arte, tiene los hombros anchos, los músculos definidos y la piel bronceada y suave. Tiene el pecho cubierto por una capa fina de bello oscuro. En cualquier otra circunstancia habría estado encantada de estar con un chico tan guapo.

En estas circunstancias, solo quiero gritar.

Lo siguiente son los vaqueros. Puedo escuchar cómo se baja la cremallera: con eso mi cuerpo ya entra en acción.

En un segundo, paso de estar tumbada en la cama a cruzar el umbral de la puerta que se había dejado abierta.

Puede que sea pequeña, pero soy rápida. Hice atletismo durante diez años y era bastante buena. Por desgracia me lesioné la rodilla en una de las carreras y ahora me limito a correr sin prisa y a hacer otros ejercicios.

Me las arreglo para salir de la habitación y bajar las escaleras, pero cuando casi he alcanzado la puerta de la entrada, me atrapa.

Sus brazos me rodean por la espalda y me aprieta tan fuerte que no puedo respirar durante unos minutos. Tengo los brazos totalmente atrapados y no puedo enfrentarme a él. Me levanta y yo empiezo a dar patadas hacia atrás. Logro lanzar unos cuantos puntapiés antes de que Julian me gire en sus brazos y nos

quedemos cara a cara.

Estoy segura de que ahora me va a hacer daño, conque me preparo para el golpe.

Sin embargo, vuelve a abrazarme y me sujeta con fuerza. Tengo la cara enterrada en su pecho y el cuerpo desnudo contra el suyo. Su piel huele a limpio y a almizcle. Siento algo duro y caliente contra mi estómago.

Su erección.

Está completamente desnudo y excitado.

Por la forma en que me tiene sujeta estoy casi totalmente indefensa. No puedo ni golpearlo ni arañarlo. Pero sí puedo morder.

Hundo los dientes en sus pectorales y lo escucho maldecir antes de agarrarme del pelo y obligarme a soltarle la piel.

Me sostiene con un brazo rodeándome la cintura, apretando la parte baja de mi cuerpo contra el suyo. Mientras, me agarra el pelo con la otra mano, por lo que tengo que arquear el cuello hacia atrás. Llevo las manos contra su pecho en un inútil intento de poner un poco de distancia entre nosotros.

Me encuentro con su mirada y lo miro con insolencia; paso por alto las lágrimas que me corren por la cara. Ahora solo me queda ser valiente. Si muero, quiero hacerlo con algo de dignidad.

Su expresión se ha vuelto oscura y enfadada, y me mira con los ojos azules entrecerrados.

Me cuesta respirar y el corazón me late con tanta fuerza que parece querer salirse del pecho. Nos miramos el uno al otro, depredador y presa, conquistador y conquistada, y en ese mismo momento siento una extraña conexión con él. Como si una parte de mi hubiera cambiado para siempre debido a lo que está pasando entre nosotros.

De repente su gesto se suaviza y aparece una sonrisa en sus labios sensuales.

Se inclina hacia mí, baja la cabeza y presiona la boca contra la mía.

Estoy aturdida. Sin embargo, aunque me tiene sujeta bajo su control férreo, noto sus labios dulces y cariñosos sobre los míos.

Este hombre tiene muchas tablas. He besado a unos cuantos chicos y nunca he sentido nada parecido. Su aliento es cálido y dulce y su lengua juega con mis labios hasta que estos se abren involuntariamente para abrirle el camino hacia mi boca.

No sé si son los efectos secundarios de la droga que me dio o es el alivio de saber que no va a herirme, lo que hace que me rinda ante el beso. Una extraña languidez se apodera de mi cuerpo y me quita las ganas de pelear.

Me besa despacio, sin prisa, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Con su lengua acaricia la mía y me muerde el labio inferior con suavidad, lo que me origina una explosión de calor por todo el cuerpo. Desliza las manos que tiene entre mi pelo y en su lugar, las posa sobre mi nuca. Es casi como si me estuviera haciendo el amor.

Encuentro mis manos apoyadas en sus hombros. No tengo ni idea de cómo han llegado allí, pero ahora lo atraigo en lugar de alejarlo. No entiendo mi propia reacción. ¿Por qué no rehúyo su beso, asqueada?

Sin embargo, su increíble boca me hace sentir muy bien. Tiene los labios húmedos, brillantes y un poco hinchados por el beso. Probablemente igual que los míos.

Ya no parece estar enfadado, más bien parece hambriento y satisfecho a la vez. En su cara perfecta veo una lujuria y ternura que me impiden apartar la mirada.

Me paso la lengua por los labios y sus ojos se centran en ellos durante un segundo. Después vuelve a besarme; es un simple roce de sus labios con los míos.

Luego me levanta de nuevo y me lleva escaleras arriba hacia la cama.

CAPÍTULO 4

CUANDO PIENSO EN ESE DÍA, NO ENTIENDO EL COMPORTAMIENTO QUE TUVE. No entiendo cómo no me rebelé más, ni por qué no intenté huir de nuevo. En parte, no fue una decisión racional, colaborar para evitar el dolor no fue una acción premeditada.

No, actúo por puro instinto y mi instinto es entregarme a él.

Me deja en la cama y yo me quedo allí tendida. Estoy demasiado cansada por el forcejeo de antes y sigo un poco atontada por la droga.

Lo que está pasando es tan surrealista que no termino de procesarlo. Es como si estuviese viendo una obra de teatro o una película. No puede ser que me esté pasando esto. No puedo ser yo la chica a la que han drogado y secuestrado y que permite que su secuestrador la toque y manosee por todas partes.

Los dos estamos tumbados de lado, uno frente al otro. Noto sus manos sobre mi piel. Son un poco ásperas y están encallecidas; cálidas en contacto con mi piel helada. Son fuertes, aunque ahora mismo no está empleando la fuerza. Podría doblegarme con facilidad, como ha hecho antes, pero no hace falta; no me estoy resistiendo. Estoy flotando en una neblina confusa y sensual.

Me vuelve a besar y me acaricia el brazo, la espalda, el cuello, el muslo... Su roce es suave pero firme, es como si me estuviese haciendo un masaje, salvo que noto que lleva intenciones sexuales.

Me besa el cuello, mordisquea con suavidad la parte sensible

de la clavícula, y me estremezco de placer. Cierro los ojos. Esa inesperada delicadeza es desconcertante. Sé que debería sentirme violada, y así es, pero también me siento extrañamente querida.

Con los ojos cerrados, finjo que esto es solo un sueño; una oscura fantasía como las que tengo a veces por las noches. Esto hace soportable que este extraño me haga estas cosas.

Con una de las manos en mis nalgas, me masajea la suave piel. La otra mano me sube por el vientre, por el tórax... Llega hasta los pechos, me agarra el izquierdo con la palma y lo aprieta con delicadeza. Tengo los pezones duros y me gusta cómo me toca; es casi relajante. Rob ya me había hecho esto antes, pero no de esta manera. Nunca me había sentido así.

Sigo con los ojos cerrados mientras me inclina sobre mi espalda. Lo tengo casi encima de mí, pero la mayor parte de su peso está sobre la cama. No quiere aplastarme, me doy cuenta y lo agradezco.

Me besa la clavícula, el hombro, el abdomen. Su boca es cálida y me deja un rastro húmedo en la piel.

Después cierra los labios alrededor de mi pezón derecho y lo chupa. Me arqueo y siento algo de presión en el vientre. Vuelve a hacer lo mismo en mi otro pezón y la presión en mi interior crece, se intensifica.

Él lo siente. Sé que lo siente porque su mano se aventura entre mis muslos y nota la humedad.

—Buena chica —susurra mientras acaricia mis pliegues—. Eres tan dulce, tan obediente... respondes tan bien.

Empiezo a gimotear cuando sus labios bajan por mi cuerpo, su pelo me hace cosquillas. Sé qué intenciones lleva y me quedo en blanco cuando llega a su destino.

Por un segundo intento resistirme, pero me aparta las piernas sin ningún esfuerzo. Me palpa con delicadeza, me aparta los labios menores y los besa, desencadenando una explosión de calor por todo el cuerpo. Su habilidosa boca lame y mordisquea alrededor de mi clítoris hasta que empiezo a gemir; lo rodea con los labios y lo chupa suavemente.

El placer es tan fuerte, tan abrumador, que abro los ojos.

No sé qué me está pasando y me aterra. Ardo por dentro, siento los latidos entre las piernas. Me late tan rápido el corazón que no puedo controlar la respiración y jadeo. Forcejeo un poco y él suelta una leve risa. Noto el aire de su respiración en mi piel sensible. Me retiene con facilidad y sigue con lo que estaba haciendo. La presión en mi interior es cada vez más insoportable. Trato de zafarme de su lengua, pero mis movimientos parecen acercarme al borde de algo casi inalcanzable.

Y entonces estallo con un pequeño grito. Mi cuerpo entero se tensa y me inunda una ola de placer tan intensa que me hace apretar hasta los dedos de los pies. Noto cómo laten mis músculos internos y me doy cuenta de que acabo de tener un orgasmo.

El primer orgasmo de mi vida. Y ha sido a manos o, mejor dicho, a boca de mi secuestrador.

Estoy tan destrozada que solo quiero acurrucarme y llorar. Cierro los ojos con fuerza otra vez.

Sin embargo, él aún no ha acabado conmigo. Se desliza por mi cuerpo y vuelve a besarme en la boca. Ahora sabe diferente; es un beso salado y algo almizcleño. Es por mí. Me estoy probando a mí misma en sus labios. Me embarga la vergüenza, aunque al mismo tiempo vuelve a despertar el deseo en mí.

Su beso es más carnal que antes, más salvaje. Me penetra la boca con la lengua en una imitación obvia del acto sexual y me coloca las caderas entre las piernas. Con una mano me agarra la cabeza mientras me hunde la otra entre los muslos, frotando y estimulándome otra vez.

Sigo sin resistirme mucho, aunque mi cuerpo se tensa cuando el miedo vuelve. Noto el calor y la dureza de su erección que me presiona en la parte interior del muslo y sé que me va a hacer daño.

—Por favor —susurro al abrir los ojos para mirarlo. Veo borroso por las lágrimas—. Por favor... no lo he hecho nunca.

Sus fosas nasales se dilatan y sus ojos son más brillantes.

—Me alegro —dice en voz baja. Luego desplaza sus caderas un poco y con una mano dirige el miembro hasta mi sexo.

Jadeo en cuanto empieza a introducirlo. Estoy húmeda, pero mi cuerpo se resiste a esta intrusión desconocida. No sé qué tamaño tiene, pero lo noto enorme cuando la cabeza de su pene comienza a entrar lentamente. Empieza a doler, a arder, y grito mientras le empujo los hombros. Se le dilatan las pupilas y se le oscurecen los ojos. El sudor perla su frente y me doy cuenta de que se está conteniendo.

—Tranquila, Nora —susurra con dificultad—. Te dolerá menos si te relajas.

Estoy temblando. Estoy demasiado nerviosa para seguir su consejo; me duele mucho a pesar de que solo la ha introducido un poco.

Sigue empujando y mi sexo va dando de sí despacio, se estira para él en contra de mi voluntad. Me retuerzo de dolor, sollozo y le arañó la espalda, pero él persiste y sigue empujando lentamente, centímetro a centímetro.

Luego se detiene un momento y veo cómo le late la vena de la sien. Parece que le duele, pero sé que para él es muy placentero; a quien realmente le duele es a mí.

Baja la cabeza para besarme la frente y entonces atraviesa mi barrera virginal, arrancando la fina membrana con una firme embestida. No para hasta que ha introducido todo el miembro y su vello púbico entra en contacto con el mío.

Estoy a punto de desmayarme por el dolor. Empiezo a tener náuseas y me siento débil. No puedo ni gritar; solo puedo respirar poco a poco para no perder el conocimiento. Siento el pene erecto muy dentro de mí y es lo más invasivo y doloroso que he experimentado jamás.

—Relájate —me murmura al oído—, solo relájate, mi gatita. Ya se te pasará el dolor y todo mejorará.

No lo creo. Siento como si me hubieran introducido una barra caliente para abrirme. No puedo hacer nada para escapar o conseguir que me duela menos. Él es mucho más grande que yo y mucho más fuerte. No me queda otra: quedarme allí, impotente, atrapada debajo de él.

No mueve las caderas ni me embiste, a pesar de que siento la tensión en sus músculos. Por el contrario, me besa en la frente

otra vez con cariño. Cierro los ojos, que derraman unas lágrimas amargas, y siento cómo me roza los párpados con los labios.

No sé cuánto tiempo nos quedamos así. No deja de besarme con dulzura en el rostro y el cuello. Me abraza y me acaricia como si del roce de un amante se tratase y, mientras, su miembro sigue clavado en mi interior. Su dureza inflexible me hiere, me quema por dentro.

No sé en qué momento sucede, pero el dolor comienza a cambiar. Mi cuerpo traicionero empieza a tranquilizarse y a responder a sus besos, a la ternura de las caricias.

El cabrón se da cuenta y empieza a moverse despacio, sacándola y metiéndola un poco otra vez.

Al principio los movimientos vuelven a hacerme daño, pero luego introduce una mano entre nuestros cuerpos y con un dedo me presiona ligeramente el clítoris, pero sin parar de moverlo. Sus embestidas me mueven las caderas y con el dedo me frota de forma rítmica.

Horrorizada, vuelvo a notar cierta presión en mi interior. Siento dolor, pero también placer. Me retuerzo en sus brazos, pero ahora también forcejeo conmigo. Sus embestidas se vuelven más duras, más profundas, y grito por esta intensidad insoportable. El dolor y el placer se mezclan hasta hacerse indistinguibles el uno del otro... y entonces me sobreviene una sensación pura y arrolladora. Y exploto en un orgasmo que se extiende por todo mi cuerpo con tanta fuerza que se me nubla la vista un instante.

De repente lo oigo gemir en mi oído y noto cómo dentro de mí se le está poniendo más gruesa y larga. Mueve y sacude el miembro y sé que también ha alcanzado el éxtasis.

Al terminar, se quita de encima, se me arrima y me abraza con fuerza. Y yo lloro en sus brazos, buscando consuelo en la misma persona que ha provocado mis lágrimas.



DESPUÉS DE ESTO, ESTOY CONFUSA Y ECHA UN LÍO. ME LLEVA EN BRAZOS HASTA algún otro lugar y yo me dejo llevar, sin fuerzas, como una

muñeca.

Ahora me está lavando. Estoy de pie en la ducha con él. Estoy hasta sorprendida de poderme tenerme en pie. Me siento adormecida, como indiferente.

Tengo sangre en los muslos. Veo cómo se mezcla con el agua y desaparece por el desagüe. También noto algo pegajoso entre las piernas. Seguramente sea semen. No ha usado protección.

Puede que ahora tenga una ETS. Debería estar horrorizada de solo pensarlo, pero me siento entumecida. Al menos no tengo que preocuparme por si me ha dejado embarazada. Al poco de salir en serio con Rob, mi madre insistió en llevarme al médico para que me implantaran un anticonceptivo en el brazo. Como auxiliar de enfermería en una clínica sin ánimo de lucro para mujeres, ha visto muchos embarazos de adolescentes y quiso asegurarse de que no me pasara.

Ahora mismo se lo agradezco muchísimo.

Mientras tanto, Julian me asea con minuciosidad: me lava el pelo con champú y me aplica acondicionador. Incluso me depila las piernas y las axilas.

Cuando estoy limpiísima e impoluta, cierra el agua y me saca de la ducha.

Me seca a mí primero con una toalla y luego a él. Seguidamente me envuelve en una suave bata y me lleva hasta la cocina para darme de comer.

Me como lo que me pone delante, pero ni lo saboreo. Es un bocadillo de algo, pero no sé qué lleva, también me da un vaso de agua que me bebo de un trago. Espero que no me esté drogando, aunque, a decir verdad, ni siquiera me importa. Estoy tan cansada que solo quiero dormir.

Después de comer y beber, me lleva de nuevo al cuarto de baño.

—Venga, lávate los dientes —me dice, y me lo quedo mirando fijamente. ¿Se preocupa por mi higiene bucal?

Sin embargo, sí me apetece lavármelos, así que obedezco. También aprovecho para orinar. En esto sí tiene consideración y me deja sola.

Acto seguido me acompaña al dormitorio. No sé cómo, pero

ahora la cama tiene sábanas limpias y no hay ni rastro de sangre, cosa que agradezco.

Me besa en los labios, sale de la habitación y la cierra con llave. Estoy tan cansada que me acerco a la cama, me tumbo y al instante me quedo dormida.

CAPÍTULO 5

CUANDO ME DESPIERTO TENGO LA MENTE DESPEJADA POR COMPLETO. RECUERDO todo y me dan ganas de gritar.

Salgo de la cama de un salto y veo que llevo puesta la bata de anoche. La brusquedad del movimiento hace que note un fuerte dolor y se me estremece la parte inferior del cuerpo al recordar a qué se debe. Todavía siento toda su plenitud dentro de mí y me entran escalofríos.

Me doy mucho asco. ¿Qué me pasa? ¿Cómo pude quedarme allí tumbada como si nada para que Julian se acostase conmigo? ¿Cómo pude sentir placer?

Sí, es muy atractivo, pero no es excusa. Es malo. Lo sé, lo sentí desde el primer momento. Su belleza externa esconde maldad en el interior. Tengo el presentimiento de que está empezando a enseñarme cómo es de verdad.

Ayer estaba demasiado asustada y traumatizada para prestar atención a mi alrededor. Hoy me encuentro mucho mejor, así que examino la habitación con atención.

Hay una ventana. Está cubierta por una gruesa cortina color marfil, pero aun así veo que se asoma un poco de luz. Corro hacia ella, retiro las cortinas y parpadeo por el resplandor repentino. Tardo unos segundos en adaptarme a la luz y miro al exterior.

Me da un vuelco el corazón.

La ventana no está sellada herméticamente ni nada por el estilo. De hecho, parece fácil abrir y salir por ella. Esta habitación está en la primera planta, conque podría hacerlo y caer al suelo

sin lastimarme. No, la ventana no es el problema.

Son las vistas.

Alcanzo a ver palmeras y una playa de arena blanca. Más allá hay una inmensidad de agua, azul y reluciente por la luz del sol. Todo es muy bonito y de aspecto tropical, muy diferente en todos los sentidos de mi pequeña ciudad en el Medio Oeste.



VUELVO A TENER FRÍO. TANTO FRÍO QUE ESTOY TEMBLANDO. SÉ QUE ES POR LA propia ansiedad, ya que la temperatura ronda los veinticinco grados.

Voy de aquí para allá por la habitación y de vez en cuando me detengo para observar por la ventana.

Cada vez que miro es como un puñetazo en el estómago.

No sé qué esperaba. En realidad, no he tenido la oportunidad de pensar en donde estoy. No sé por qué, pero supuse que me retendría en algún lugar cercano, puede que por Chicago, donde nos vimos por primera vez. Creí que para escaparme solo tendría que encontrar el modo de salir de esta casa, pero ahora compruebo que es mucho más complicado que eso. Intento abrir la puerta otra vez, pero sigue cerrada con llave.

Hace unos minutos he descubierto un pequeño cuarto de baño dentro de la habitación. He aprovechado para hacer mis necesidades básicas y lavarme los dientes. Ha sido una distracción agradable.

Ahora camino de un lado a otro como un animal enjaulado, lo que hace crecer mi miedo y mi ira cada minuto que pasa.

Finalmente, la puerta se abre y una mujer entra.

Estoy tan aturdida que solo me quedo mirándola fijamente. Es bastante joven, quizá tenga unos treinta y es guapa.

Lleva una bandeja con comida y me sonrío. Tiene el pelo pelirrojo y ondulado y sus ojos son de color marrón claro. Es más alta que yo, al menos más de diez centímetros, y es de constitución atlética. Viste de manera muy informal, lleva un par de vaqueros cortos y una camiseta de tirantes blanca y unas chanclas.

Pienso en atacarla. Es una mujer y tengo una pequeña posibilidad de ganarle en una pelea, en cambio, no tengo posibilidad alguna contra Julian.

Esboza una gran sonrisa, como si me leyera la mente.

—Por favor, no te me eches encima —dice ella y puedo percibir la diversión en su voz—. No tiene sentido, de verdad. Sé que quieres escapar, pero no puedes ir a ningún sitio. Estamos en una isla privada en medio del Pacífico.

La ansiedad que sentía empeora.

—¿De quién es la isla privada? —pregunto a pesar de ya saber la respuesta.

—Pues de Julian, evidentemente.

—¿Quién es él? ¿Quiénes sois?

Mi voz es un poco más serena cuando le hablo. Ella no me pone nerviosa como Julian.

Suelta la bandeja.

—Lo sabrás todo a su debido tiempo. Estoy aquí para cuidar de ti y de la vivienda. Por cierto, me llamo Beth.

Respiro hondo.

—¿Por qué estoy aquí, Beth?

—Estás aquí porque Julian te ha elegido.

—¿Y no ves nada malo en eso? —escucho mi tono casi histérico; no entiendo cómo esa mujer está de acuerdo con ese loco ni cómo se comporta como si fuese algo normal.

Ella se encoge de hombros.

—Julian hace lo que quiere. No soy nadie para juzgarlo.

—¿Por qué no?

—Porque le debo mi vida —dice con seriedad y sale de la habitación.



ME COMO LA COMIDA QUE BETH ME HA TRAÍDO. ESTÁ BASTANTE BUENA, AUNQUE no es un desayuno típico. Hay pescado a la parrilla y una especie de salsa de setas y patatas asadas con un poco de ensalada al lado. De postre hay mango cortado a trocitos. Fruta local, supongo. Pese a mi desconcierto, me las apañó para comérmelo

todo. Si fuese menos cobarde, me hubiese resistido y negado a comer, pero tengo más miedo al hambre que al dolor.

Hasta ahora no me ha lastimado mucho. Bueno, me dolió cuando me penetró, pero no me hizo daño a propósito. Me imagino que tratándose de la primera vez, me hubiese dolido independientemente de las circunstancias.

La primera vez. De repente me doy cuenta de que ha sido mi primera vez. Ya no soy virgen.

Extrañamente, no siento que haya perdido nada. La fina membrana que tenía dentro nunca había significado algo especial para mí. Nunca pretendí esperar hasta el matrimonio ni nada por el estilo. Me arrepiento de que mi primera vez haya sido con un monstruo, eso sí, pero no de perder mi etiqueta de «virgen». Me hubiese gustado que todo esto hubiese sido con Jake, si es que hubiese tenido la oportunidad.

¡Jake! Me dio un vuelco al corazón. No me creo que no haya pensado ni un momento en él desde que Julian me dijo que él estaba a salvo. El chico por el que he estado loca durante meses ha sido lo último en lo que he pensado mientras estaba en los brazos de mi secuestrador.

Una gran vergüenza me quema por dentro. ¿No debería haber estado anoche pensando en Jake? ¿No debería haber imaginado su cara cuando Julian me estaba tocando en lo más íntimo? Si de verdad quería a Jake, ¿no debería haber sido él en quien no parase de pensar durante mi encuentro sexual forzado?

De repente odio al hombre que me hizo esto, el hombre que ha destruido mis ilusiones sobre el mundo y sobre mí. Nunca me había planteado qué haría si me secuestraran o cómo reaccionaría. ¿Quién piensa en esas cosas? Pero me imagino que siempre supuse que sería valiente y que me defendería hasta quedarme sin fuerzas. ¿No es eso lo que se hace en los libros y en las películas? Defenderse, incluso cuando no tiene sentido, incluso cuando eso significa acabar herido. ¿No tendría que haber hecho eso también? Sí, él es más fuerte que yo, pero no me tendría que haber rendido tan rápido. No me amarró, ni me amenazó con un cuchillo ni con ningún arma. Solo me persiguió cuando intenté echar a correr.

Correr ha sido lo máximo que he hecho hasta ahora para mostrar mi resistencia.

No reconozco a esa persona que se rindió con tanta facilidad. Y aun así sé que esa persona soy yo. Una parte de mí que no había salido a la luz hasta ahora. Una parte de mí que no hubiese conocido si Julian no me hubiese secuestrado.

Pensar en ello es tan terrible que en su lugar me centro en mi secuestrador. ¿Quién es? ¿Cómo se puede permitir alguien tener una isla privada? ¿Por qué Beth le debe su vida? Y lo más importante: ¿qué tiene pensado hacer conmigo?

Por la cabeza se me pasan miles de situaciones hipotéticas, cada una más espeluznante que la anterior. Sé que existe eso de la trata de blancas. Esto pasa continuamente, sobre todo a las mujeres de países más pobres. ¿Es eso lo que me espera? ¿Voy a acabar en un burdel en algún lugar, drogada y siendo abusada por decenas de hombres cada día? ¿Está Julian solo probando la mercancía antes de entregarla a su destino final?

Antes de que cunda el pánico, inspiro profundamente e intento pensar con claridad. A pesar de que la trata de humanos es una posibilidad, no me parece que sea la más probable en mi caso por una sencilla razón: Julian parece ser muy posesivo conmigo, demasiado posesivo para alguien que solo quiere probar la mercancía. Además, ¿por qué me iba a traer a su isla privada si solo tiene intención de venderme?

«Mi gatita», así me llama. ¿Solo es una expresión de cariño sin importancia o es así como me ve él? ¿Tiene algún fetiche que implique tener mujeres cautivas? Lo pienso durante un momento y me creo que seguramente sí. ¿Por qué otra razón haría esto un chico atractivo y adinerado? Seguro que no tiene problemas para ligar de la forma habitual. De hecho, yo misma habría quedado con él si no hubiese sido por la mala espina que me dio en el bar.

Si no me hubiese tocado como si me poseyese.

¿Es eso? ¿Posesión? ¿Quiere una esclava sexual? Y si es así, ¿por qué me eligió a mí? ¿Fue por cómo reaccioné en el bar? ¿Supuso que sería cobarde y lo dejaría hacerme lo que quisiese? ¿Fue eso lo que mostré de mí de alguna forma?

Esa idea es tan repugnante que intento no pensar en eso y me

levanto decidida a examinar mi prisión más a fondo.

La puerta sigue con la llave echada, lo que no me sorprende. Lo que sí puedo hacer es abrir la ventana y un aire cálido y con olor a mar llena la habitación.

Sin embargo, no puedo abrir la rejilla. Necesitaría hacer eso para fugarme. No lo he intentado mucho. Si Beth dice la verdad, escapar de esta habitación no me serviría de nada.

Busco algo que pueda utilizar como arma. No hay cuchillos, pero sí hay un tenedor que Beth me ha traído para comer. Ella se percataría de que lo he escondido. Aun así, me arriesgo y lo hago, escondo el utensilio tras una pila de libros que hay en una estantería alta que está junto a la pared.

Después examino el cuarto de baño con la esperanza de encontrar un bote de laca o de algo por el estilo, pero solo hay jabón, un cepillo de dientes y pasta dentífrica. En el estante de la ducha me encuentro gel, champú y acondicionador, todos ellos de marcas buenas y caras. Está claro que mi secuestrador no es nada tacaño.

Aunque pensándolo bien, cualquiera que tenga una isla privada puede permitirse un champú de cincuenta dólares. Podría incluso permitirse un champú de cien si es que eso existe.

Me sorprende que me pare a pensar en champús. ¿No debería estar gritando y llorando? ¡Ah! Espera, que eso ya lo hice ayer. Me imagino que las personas tienen un cupo máximo de lágrimas y parece que yo ya las he derramado todas; al menos por ahora.

Tras inspeccionar cada recoveco de la habitación me empiezo a aburrir, así que cojo un libro de la estantería. Una novela de Sidney Sheldon sobre una mujer que ha sido traicionada y trata de vengarse de sus enemigos.

Es lo suficientemente absorbente para evadirme de mi prisión durante un par de horas.



BETH VIENE Y ME TRAE EL ALMUERZO. TAMBIÉN ME TRAE ALGO DE ROPA DOBLADA en un montón. Eso me alegra, ya que he llevado puesto el albornoz toda la mañana y me gustaría ponerme algo normal.

Cuando deja la ropa en la cómoda, vuelvo a pensar en encararme con ella e intentar escapar. A lo mejor utilizando el tenedor que había escondido.

—Nora, dame el tenedor —me dice.

Me sobresalto y la miro con cara de sorpresa. ¿Será capaz de leer la mente?

Luego me doy cuenta de que solo está mirando la bandeja vacía y de que falta un cubierto. Prefiero hacerme la tonta.

—¿Qué tenedor?

Ella suelta un suspiro.

—Ya sabes cuál, el que has escondido detrás de los libros. Dámelo.

Otra suposición de la que me equivoco. No sé por qué pensé que tendría algo de privacidad.

Miro al techo con atención y no veo dónde están las cámaras.

—Nora...

Cojo el tenedor y se lo tiro. Tengo la esperanza de que le atraviese el ojo.

Pero Beth lo coge y mueve la cabeza como si estuviera decepcionada por mi comportamiento.

—No me esperaba que te comportases de esa manera —dice.

—¿Comportarme de qué manera? ¿Como si me hubieran secuestrado?

Ahora mismo me entran muchas ganas de pegarle.

—Como una niña maleducada —aclara mientras se guarda el tenedor en el bolsillo—. ¿Tan terrible crees que es estar aquí en esta bonita isla? ¿Crees que estás sufriendo por estar en la cama de Julian?

La miro fijamente como si estuviera loca. ¿De verdad esperaba que estuviese bien en esta situación? ¿Que lo acepte de forma sumisa y que no me queje en ningún momento?

Me mira fijamente y por primera vez veo un atisbo de expresión en su cara.

—No tienes ni idea de qué es sufrir, pequeña —me dice con dulzura—, y espero que nunca lo sepas. Pórtate bien con Julian y puede que sigas disfrutando de una vida maravillosa.

Sale de la habitación y trago saliva para quitarme esta

repentina sequedad de la garganta.

No sé por qué, pero lo que ha dicho me hace temblar.

CAPÍTULO 6

ESTÁ EMPEZANDO A ATARDECER Y CON EL PASO DEL TIEMPO, ESTOY CADA VEZ MÁS nerviosa por la idea de volver a ver a mi secuestrador.

La novela que he estado leyendo ya no consigue distraerme, así que la dejo y comienzo a andar en círculos por la habitación.

Llevo puesta la ropa que Beth me ha dejado antes: un vestido veraniego azul que se abrocha por delante, bastante bonito. No es exactamente el estilo de ropa que me gusta, pero es mejor que un albornoz. De ropa interior hay unas braguitas blancas de encaje sexis y un sujetador a juego. Sospechosamente, toda la ropa me queda bien. ¿Habrá estado espiándome todo este tiempo? ¿Estudiándolo todo sobre mí, incluida mi talla de ropa?

Este pensamiento me revuelve el estómago.

Intento no pensar en lo que va a suceder a continuación, pero es imposible apartarlo de mi mente. No sé por qué, pero estoy segura de que vendrá a verme esta noche. Puede que tenga todo un harén de mujeres ocultas en esta isla y que vaya visitándolas un día a la semana a cada una, como hacían los sultanes.

Aun así, presiento que llegará pronto. Lo que pasó anoche no hizo más que abrirle el apetito, por eso sé que aún no ha terminado conmigo, ni mucho menos.

Finalmente, la puerta se abre.

Camina como si toda la estancia le perteneciera. Bueno, en realidad, le pertenece.

De nuevo, me veo absorta en su belleza masculina. Podría ser modelo o estrella de cine con esas facciones. Si hubiera justicia

en este mundo, sería bajito o tendría algún defecto que compensara la perfección de sus facciones.

Pero no, no tiene ninguno. Es alto y su cuerpo musculado hace que esté perfectamente proporcionado. Recuerdo lo que es tenerlo dentro y siento a la vez una molesta sacudida de excitación.

Como las otras veces, lleva unos vaqueros y una camiseta de manga corta. Una gris esta vez. Parece que le gusta la ropa sencilla, y acierta. No necesita realzar su aspecto físico.

Me sonrío. Lo hace con esa sonrisa de ángel caído, misteriosa y seductora al mismo tiempo.

—Hola, Nora.

No sé cómo contestarle, así que le suelto lo primero que se me viene a la mente.

—¿Cuánto tiempo me vas a tener retenida aquí?

Ladea la cabeza ligeramente.

—¿Aquí en la habitación? ¿O en la isla?

—En las dos.

—Beth te enseñará la isla un poco mañana. Podrás darte un baño si te apetece —me dice, acercándose un poco más—. No te quedarás aquí encerrada, a no ser que hagas alguna tontería.

—¿Alguna tontería? ¿Cómo cuál? —pregunto. Me empieza a latir el corazón a toda velocidad al tiempo que él se para justo enfrente y alza la mano para acariciarme el pelo.

—Intentar hacer daño a Beth o incluso a ti misma. —Su voz es dulce y su mirada me tiene hipnotizada mientras me observa.

Parpadeo para tratar de romper su hechizo.

—Entonces, ¿cuánto tiempo me vas a tener aquí en la isla?

Me acaricia la cara con la mano y la curva alrededor de la mejilla. Me descubro apoyándome en su roce, al igual que un gato cuando lo acarician, pero trato de recomponerme inmediatamente.

Esboza una sonrisa de suficiencia. El cabrón sabe el efecto que tiene sobre mí.

—Espero que durante mucho tiempo —me contesta.

Por alguna extraña razón, no me sorprende. No se hubiera tomado tantas molestias en traerme aquí si solo quisiera

acostarse conmigo unas pocas veces. Estoy aterrada, pero tampoco me sorprende mucho.

Me armo de valor y le hago la siguiente pregunta:

—¿Por qué me has secuestrado?

De repente la sonrisa desaparece. No responde; se limita a observarme con su inescrutable mirada azul.

Comienzo a temblar.

—¿Vas a matarme?

—No, Nora. No voy a matarte.

Su respuesta me tranquiliza, aunque obviamente puede que me esté mintiendo.

—¿Vas a venderme? —consigo articular palabra con dificultad—. ¿Como si fuera una prostituta o algo así?

—No —me responde dulcemente—. Nunca. Eres mía y solo mía.

Me siento algo más aliviada, pero aún hay algo más que tengo que averiguar.

—¿Me harás daño?

Por un momento, vuelve a dejarme sin respuesta. En sus ojos se adivina un halo de oscuridad.

—Probablemente —responde con voz queda.

Y de repente se acerca a mí y me besa, esta vez de manera dulce y suave.

Permanezco allí, petrificada, sin reaccionar durante un segundo. Lo creo. Sé que me dice la verdad cuando afirma que me hará daño. Hay algo en él que me pone los pelos de punta, que me ha alarmado desde la noche que lo conocí.

No es como los otros chicos con los que he salido. Es capaz de cualquier cosa. Y yo me veo totalmente a su merced.

Pienso en enfrentarme a él de nuevo. Sería lo normal en mi situación, lo más valiente. Y aun así no lo hago.

Siento la oscuridad que hay en su interior. Hay algo que no me encaja de él. Su belleza exterior esconde dentro algo monstruoso.

No quiero provocar esa oscuridad. No quiero descubrir lo que pasaría si lo hago.

Así que permanezco metida en su abrazo y dejo que me bese. Y cuando me agarra y me lleva hacia la cama de nuevo, no trato de

resistirme de ningún modo.

En lugar de eso, cierro los ojos y me entrego por completo a esa sensación.



VUELVE A SER DULCE CONMIGO. DEBERÍA ESTAR ATERRORIZADA, Y LO ESTOY, PERO mi cuerpo parece disfrutar con esta mezcla de miedo y placer. No sé qué dice eso de mí.

Me quedo allí tumbada con los ojos cerrados mientras me desviste poco a poco. Primero me desabotona el vestido, como si desenvolviera un regalo. Sus manos son firmes y seguras; no hay rastro de torpeza ni de vacilación en sus movimientos. Está claro que tiene práctica en desnudar a las mujeres.

Cuando termina de desabrocharme el vestido, se para un instante. Siento su mirada clavada en mí y por un momento me pregunto qué observa. Sé que tengo una buena figura, delgada y tonificada, aunque no tengo tantas curvas como me gustaría.

Me pasa los dedos por el estómago, lo que hace que me estremezca.

—¡Qué belleza! —dice con un tono suave—. Tu piel es preciosa. Deberías ir siempre de blanco. Te queda bien.

No respondo, solo aprieto aún más los ojos. No quiero que me mire, no quiero que disfrute viendo mi cuerpo con la ropa interior que ha escogido para mí. Me gustaría que se limitara a follarme y se fuera, en vez de esta parodia retorcida de hacer el amor. Sin embargo, parece que no quiere ponérmelo fácil.

Su boca recorre el mismo camino que sus dedos. Me toca la barriga con los labios calientes y húmedos y se mueve poco a poco hasta llegar al punto donde mis piernas se encuentran apretadas y unidas. Parece que eso no le gusta, por lo que me separa los muslos con brusquedad y empieza a hurgarme la entrepierna con los dedos.

Gimo debido a la tosquedad de sus movimientos y trato de relajarme para no enfadarlo aún más.

Comienza a moverse más despacio y sus manos se vuelven dulces de nuevo.

—Mi chica guapa y dulce —me susurra, y noto su cálida respiración en mis partes más sensibles—. Sabes que te lo haré muy bien.

Y entonces noto sus labios dentro de mí, agita la lengua inquieta alrededor del clítoris, me succiona y me mordisquea. Su pelo es como un pincel al contacto con mi muslo interno, me hace cosquillas; me agarra las piernas, que están completamente abiertas. Me retuerzo y grito, el placer es tan intenso que me olvido de todo y me centro en el calor y la tensión que siento.

Me lleva cerca del clímax, pero no me deja ir más allá. Cada vez que siento que voy a tener un orgasmo, para o cambia de ritmo, logrando que enloquezca de la frustración. Me descubro suplicando, rogando, mientras mi cuerpo se arquea de manera irracional a su alrededor. Cuando finalmente deja que me corra, estoy tan liberada que mi cuerpo entero se retuerce en un espasmo, estremeciéndose y retorciéndose con la intensidad de esa sensación.

No entiendo por qué rompo a llorar cuando se termina. Las lágrimas me recorren las sienes, me mojan el pelo y después la almohada. Parece que esto lo complace, porque comienza a trepar por mi cuerpo y a besar cualquier rastro de humedad en mi cara, la lame.

Me recorre el cuerpo con sus grandes manos, me masajea la piel, acariciándome por todas partes. Hubiera resultado reconfortante si no fuera por la dureza de su pene al empujar en mi entrada.

Aún no me he curado, por eso, me sigue doliendo cuando empieza a meterse. Aunque estoy húmeda gracias al orgasmo, no le resulta fácil introducirse, no sin rasgarme. En lugar de eso, tiene que avanzar despacio y ascender de modo gradual hasta que puedo acostumbrarme a la intrusión.

Me muerdo el labio inferior para aliviar el calentón, demasiado intenso. ¿He sido capaz de aceptarlo tan fácilmente? ¿Habré podido experimentar placer sin tener miedo entre sus brazos?

—Abre los ojos —me ordena tajante en un suspiro.

Lo obedezco, aunque apenas puedo ver nada debido a las

lágrimas.

Me mira fijamente al mismo tiempo que comienza a moverse en mi interior, y hay un tono triunfante en su mirada. El calor de su cuerpo me envuelve y su peso me presiona contra la cama. Lo siento dentro de mí, encima de mí, por todo mi ser. Ni siquiera puedo evadirme en mis pensamientos.

Y en ese momento, me siento poseída por él, como si estuviera tomando algo más que mi cuerpo. Como si estuviera reclamando algo muy profundo de mí, sacando un lado de mí que ni siquiera sabía que existía.

Porque entre sus brazos he llegado a experimentar algo que nunca antes había sentido.

Un sentido primitivo y completamente irracional de pertenencia.



ME TOMA DOS VECES MÁS A LO LARGO DE TODA LA NOCHE. POR LA MAÑANA ESTOY tan dolorida que lo siento en carne viva, aun así he tenido tantos orgasmos que terminé perdiendo la cuenta.

Se va en algún momento de la mañana. Estoy tan cansada que ni me doy cuenta de cuando se marcha. Duermo profundamente y me despierto un poco más tarde de mediodía.

Me levanto, me lavo los dientes y me doy una ducha. En mis muslos veo que hay restos secos de semen. Anoche tampoco utilizó protección.

Me vienen a la cabeza otra vez las enfermedades de transmisión sexual. ¿Le preocupará ese tema a Julian? Por lo que he podido comprobar, parece que no teme contagiarse con alguna enfermedad que yo pueda tener, pero a mí sí me preocupa. Miro de cerca la pequeña marca donde tengo implantado el anticonceptivo en el brazo izquierdo. Estaré eternamente agradecida a la obsesión por el embarazo que tiene mi madre. Si no tuviera eso implantado... me estremezco con solo pensarlo.

Beth entra a mi habitación con otro carrito repleto de comida y más ropa justo cuando salgo del baño. Esta vez, es un desayuno

más tradicional: tortilla con queso y verduras, una tostada y fruta fresca tropical.

De nuevo me sonrío, decidida a olvidar el incidente con el tenedor.

—Buenos días —me dice en un tono bastante alegre.

Alzo las cejas.

—Buenos días a ti también —respondo con una voz repleta de sarcasmo.

Debido a mi claro intento de provocarla, la sonrisa de Beth se ensancha aún más.

—No seas gruñona. Julian ha dicho que hoy puedes salir de la habitación. ¿No es genial?

Claro que es genial. Me está dando la oportunidad de explorar un poco mi prisión para comprobar si realmente estoy en una isla. Quizá hay más gente aquí aparte de Beth, gente que entienda mejor mi situación.

O quizá también puedo encontrar un teléfono o un ordenador. Si pudiera enviar un mensaje o un correo electrónico a mis padres, podrían enseñárselo a la policía y podrían venir a rescatarme.

Al pensar en mi familia, se me encoge el pecho y me escuecen los ojos. Deben estar muy preocupados por mí, se preguntarán qué me ha pasado o si todavía sigo con vida. Soy hija única y mi madre siempre ha dicho que se moriría si algo malo me sucediera. Espero que no estuviera hablando en serio.

Lo odio.

Y también odio a esta mujer que me sonrío en este momento.

—Claro, Beth —respondo, deseando por dentro arañarle la cara y borrarle esa sonrisa—. Es agradable salir de una jaula para ir a otra más grande.

Pone los ojos en blanco y se sienta en una silla.

—Qué dramática. Termina de comer y te enseñaré la isla.

Pienso en no comer solo para fastidiarla, pero estoy hambrienta. Me pongo a comer y acabo con toda la comida del carrito.

—¿Dónde está Julian? —pregunto entre bocado y bocado. Me interesa saber qué hace durante el día. De hecho, solo lo veo

durante la noche.

—Está trabajando —me explica Beth—. Tiene bastantes intereses empresariales que requieren su atención.

—¿Qué tipo de intereses empresariales?

Se encoge de hombros.

—De todo tipo.

—¿Es un criminal? —pregunto de manera desafiante.

Se echa a reír.

—¿Por qué crees eso?

—A ver, déjame pensar, ¿quizá porque me ha secuestrado?

Se vuelve a reír, sacudiendo la cabeza como si hubiera dicho algo muy gracioso.

Me entran ganas de darle un puñetazo, pero me contengo. Necesito explorar bien el terreno antes de hacer algo así. No quiero terminar encerrada en la habitación, no si puedo evitarlo. Tengo más oportunidades de poder escapar si dispongo de más libertad.

Así que me limito a levantarme y a echarle una mirada gélida.

—Ya estoy lista.

—Ponte un bañador —me dice, señalando la ropa que me ha traído antes— y nos vamos.



ANTES DE SALIR, BETH ME ENSEÑA EL RESTO DE LA CASA. ES ESPACIOSA Y SE HA decorado con gusto. La decoración es moderna, con cierta influencia tropical y sutiles motivos asiáticos. Predominan los tonos cálidos, aunque de vez en cuando me encuentro con algún toque de color inesperado, como un jarrón rojo o una figura de un dragón de color azul brillante. Hay cuatro habitaciones: tres en el piso de arriba y una abajo. La cocina que hay en el primer piso es particularmente llamativa, con electrodomésticos de alta gama y una encimera de granito brillante.

También está el despacho de Julian. Se halla en el primer piso y parece estar fuera del alcance para todo el mundo menos para él. Allí es donde se supone que se encarga de resolver sus asuntos de trabajo. La puerta está cerrada cuando pasamos por allí.

Cuando terminamos de ver la casa, Beth se dedica a enseñarme la isla durante las siguientes dos horas. Y sí, efectivamente es una isla, ella me decía la verdad.

Medirá solamente unos tres kilómetros de ancho y casi dos en extensión. Según me dice Beth, nos encontramos en algún punto del Océano Pacífico, y la civilización más cercana se encuentra a unos ochocientos kilómetros. Este dato en concreto lo ha señalado en varias ocasiones, como si tuviera miedo de que se me ocurriera ponerme a nadar para escapar.

Ni se me ha pasado por la cabeza. No soy una nadadora tan resistente, y mucho menos una suicida.

Pero podría tratar de robar un bote.

Llegamos hasta el punto más alto de la isla. Es una montaña pequeña, o una gran colina, depende de la interpretación de cada uno. Las vistas desde aquí son alucinantes, con el océano cristalino y de un azul intenso que se extiende por todo el panorama. En una parte de la isla, el agua es de un azul diferente, más tirando a turquesa, y Beth me explica que se trata de una cala poco profunda ideal para bucear.

La casa de Julian es la única que hay en la isla. Se encuentra al lado de la montaña, entre la playa y un punto de la isla algo elevado. Beth me cuenta que es el lugar más resguardado de la isla, ya que en esa ubicación la casa se encuentra protegida tanto de los fuertes vientos como del mismo océano. Parece ser que ha aguantado un gran número de tifones y apenas ha sufrido daños.

Yo asiento, fingiendo que me importa. No tengo intención de quedarme aquí para ver el próximo tifón. El deseo de escapar de este lugar se acrecienta más y más. No he visto ni teléfonos ni ordenadores mientras Beth me enseñaba la casa, pero eso no significa que no haya alguno. Si Julian se lleva el trabajo a la isla, quiere decir que debe haber, al menos, acceso a internet. Y si son lo suficientemente estúpidos como para dejar que campe a mis anchas por la isla, terminaré encontrando la manera de comunicarme con el exterior.

—¿Te apetece darte un baño? —me pregunta Beth mientras se quita los pantalones cortos y la camiseta. Debajo de la ropa lleva un bikini azul. Tiene una figura delgada y bronceada. Está

en tan buena forma que me pregunto qué edad puede tener. Podría parecer una adolescente, pero su cara indica que es mayor.

—¿Cuántos años tienes? —pregunto sin ambages. En otras circunstancias, habría tenido más tacto, pero me da igual si esta mujer se ofende. ¿Qué más dan las convenciones sociales cuando te encuentras retenida por un par de locos?

Sonríe, sin que parezca molesta por mi pregunta indiscreta.

—Tengo treinta y siete —contesta.

—¿Y Julian?

—Veintinueve.

—¿Tenéis algún tipo de relación amorosa? —No sé por qué le pregunto esto. Si tiene celos de que sea el juguete sexual de Julian, desde luego lo esconde bastante bien.

Beth se ríe.

—No, para nada.

—¿Por qué no? —Creo que estoy siendo demasiado indiscreta. Siempre he sido bastante educada y políticamente correcta, pero el hecho de que no me importe lo que la gente pueda pensar hace que me envalentone un poco. Siempre trato de agradar a todo el mundo, pero con esta mujer me pasa lo contrario: no me interesa agradarla en lo más mínimo.

Deja de reírse y me mira muy seria.

—Porque no soy lo que Julian necesita ni lo que quiere.

—¿Y qué necesita o quiere?

—Algún día lo sabrás —responde con un tono misterioso y se adentra en el agua.

Me quedo un rato mirándola fijamente, la curiosidad me come por dentro, pero parece que ha dado por finalizada la conversación. Se zambulle y empieza a nadar casi como una profesional.

Hace calor y el sol me da en todo el cuerpo. La arena es blanca y parece suave y el agua es cristalina, su temperatura fresca me tienta. Me gustaría odiar este lugar, despreciar todo lo que tenga que ver con mi cautiverio, pero he de reconocer que la isla es preciosa.

No tengo por qué meterme en el agua si no quiero. No creo que Beth me obligue a hacerlo. Y me sabe mal disfrutar de la

playa mientras mi familia está desesperada por mí, llorando y pasándolo mal por mi desaparición.

Pero meterme en el agua me llama bastante la atención. Siempre me ha gustado mucho el océano, aunque solo haya estado en el trópico un par de veces en toda mi vida. Esta isla es un auténtico paraíso, quitando que pertenece a un crápula.

Me lo pienso durante un minuto, y por fin decido quitarme el vestido y descalzarme. Podría negarme este pequeño placer, pero tengo que ser pragmática. No sé qué puede ser de mí aquí. En cualquier momento Julian y Beth podrían encerrarme, dejarme sin comida o pegarme. Solo porque hasta ahora se hayan portado bien conmigo no quiere decir que lo vayan a hacer siempre.

En la situación en que me encuentro, he de aprovechar cada momento de placer, porque no sé qué me deparará en el futuro, si no podré disfrutar de otro rato de felicidad.

Por lo tanto, decido unirme al enemigo en el océano, dejando que el agua se lleve lejos todos estos temores y apague el enfado que me arde en la boca del estómago.

Pasamos el tiempo nadando, después nos tumbamos y holgazaneamos en la arena caliente para volver a nadar de nuevo. No hago más preguntas y Beth parece complacida con el silencio.

Nos quedamos en la playa durante dos horas y después volvemos otra vez a la casa.

CAPÍTULO 7

ESTA VEZ, JULIAN VA A CENAR CONMIGO. BETH PREPARA UNA MESA EN EL PISO DE abajo para nosotros y cocina un plato que incluye pescado local, arroz, judías y plátanos. Me cuenta orgullosa que es su receta caribeña estrella.

—¿Tú también vas a cenar con nosotros? —le pregunto, mientras pone los platos en la mesa.

Me he duchado y me he puesto la ropa que Beth me ha traído. Es otro conjunto de ropa interior blanca y un vestido amarillo con flores blancas. También llevo unas sandalias de tacón blancas. El conjunto es bonito y femenino, bastante diferente de los pantalones y camisetas oscuras que uso siempre. Me hace parecer una muñeca.

Aún no me puedo creer que me dejen campar a mis anchas por toda la casa. Hay cuchillos en la cocina. Podría robar uno y amenazar a Beth con él en cualquier momento. Me siento muy tentada a hacerlo, aunque se me revuelva el estómago con la idea de sangre y violencia.

Quizá pronto lo lleve a cabo, pero tengo que esperar a conocer algo más este lugar.

Estoy descubriendo algo interesante de mi personalidad. Parece que no apuesto por hacer las cosas a lo grande, sino que me fijo en los pequeños detalles aparentemente insignificantes. Mi voz interior, fría y racional, me dice que necesito un plan, estudiar una forma de salir de la isla, antes de intentar hacer nada. Atacar a Beth en este momento sería una acción estúpida.

Podría acabar encerrada o algo peor.

No, este plan es mejor. Debo dejar que piensen que soy inofensiva. De esta forma tengo más posibilidades de escapar.

La hora siguiente la paso sentada en la cocina viendo cómo Beth prepara la cena. Es muy competente, muy eficaz. Pasar tiempo con ella hace que me distraiga y no piense en que Julian vendrá por la noche.

—No —me responde—. Estaré en mi habitación. Julian quiere pasar tiempo a solas contigo.

—¿Por qué? ¿Se piensa que estamos empezando a salir o algo así?

Sonríe.

—Julian no es de salir con alguien.

—No me digas —respondo en un tono muy sarcástico—. ¿Para qué vas a molestarte en salir con alguien si puedes secuestrarla y abusar de ella?

—No seas ridícula —me responde Beth rápidamente—. ¿De verdad crees que Julian necesita forzar a las mujeres? Ni siquiera tú puedes llegar a ser tan ingenua.

La miro fijamente.

—¿Con eso me quieres decir que no tiene por norma robar mujeres y traerlas aquí?

Beth niega con la cabeza.

—Eres la única persona que conozco que ha estado aquí. Esta isla es el refugio privado de Julian. Absolutamente nadie sabe que existe.

Un escalofrío me recorre la espalda al oírlo.

—¿Y qué me hace ser tan afortunada? —pregunto tratando de calmarme, pero el corazón me late a toda velocidad—. ¿Por qué soy merecedora de tal honor?

Me sonrío.

—Algún día lo descubrirás. Julian te responderá cuando considere que es el momento oportuno para que lo sepas.

Estoy harta de oír todo el rato eso de «algún día», pero también sé que es lo suficientemente fiel a mi secuestrador como para no revelarme nada.

Así que trato de averiguar otra cosa.

—¿A qué te referías cuando me dijiste que le debes la vida?

Se le borra la sonrisa, se le endurece la expresión y le aparecen algunas arrugas en la cara.

—Eso no es asunto tuyo, jovencita.

No me vuelve a dirigir la palabra en los diez minutos que siguen, sino que termina de preparar la mesa.



CUANDO TODO ESTÁ LISTO, ME DEJA SOLA EN EL COMEDOR ESPERANDO A QUE llegue Julian. Tengo sentimientos encontrados: estoy nerviosa y entusiasmada. Por primera vez, voy a poder conocer a mi secuestrador fuera de la habitación.

Tengo que reconocer que siento algo de fascinación por él. Siento una curiosidad irremediable hacia él, por mucho miedo que me dé. ¿Quién es? ¿Qué quiere de mí? ¿Por qué me escogió a mí como víctima?

No había pasado un minuto cuando Julian entra en la habitación. Estoy sentada en la ventana mirando por la ventana. Siento su presencia incluso antes de saber que está a mi lado. La atmósfera se vuelve eléctrica, llena de expectación.

Me vuelvo y lo observo mientras se acerca. Esta vez, viste con un polo gris suelto y unos pantalones color caqui. Podríamos haber ido a cenar a un club de campo de lujo.

El corazón me late a tal velocidad que parece que se me va a salir del pecho, y puedo sentir como la sangre me fluye a toda prisa por las venas. De repente, empiezo a ser más consciente de lo que le ocurre a mi cuerpo. Mis pechos se vuelven más sensibles y siento cómo mis pezones comienzan a endurecerse por debajo de los límites de encaje de mi lencería. La fina tela del vestido me roza las piernas desnudas, haciéndome recordar cómo me acariciaba justo ahí. Cómo me acariciaba todas las partes de mi cuerpo.

Noto una humedad cálida entre las piernas al recordarlo.

Cuando finalmente llega hasta mí, se agacha un poco para darme un breve beso en la boca.

—Hola, Nora —me saluda cuando vuelve a ponerse recto y sus

labios perfectos se curvan en una sonrisa tan sensual como enigmática. Es tan espectacular que hace que me quede en blanco por un momento, ya que mi mente se nubla con solo sentir su cercanía.

Su sonrisa se ensancha aún más al tiempo que camina para sentarse conmigo a la mesa.

—¿Qué tal tu día, mi gatita? —me pregunta, cogiendo un trozo de pescado para ponerlo en su plato. Lo hace con seguridad y de forma curiosamente elegante.

Parece increíble que tras esa máscara hermosa se oculte un demonio así.

Me armo de valor.

—¿Por qué me llamas así?

—¿Llamarte cómo? ¿Mi gatita?

Asiento.

—Porque me recuerdas a una gatita —me contesta, y los ojos comienzan a brillarle con un rastro de emoción—. Pequeña, suavcita y muy agradable al tacto. Haces que me entren ganas de acariciarte para comprobar si ronronearías entre mis brazos.

Mis mejillas comienzan a enrojecerse. Me ha ruborizado por completo, y solo espero que mi tono de piel lo disimule.

—No soy un animal.

—Pues claro que no. No me gusta la zoofilia.

—¿Y entonces qué te gusta? —suelto sin pensármelo primero para arrepentirme justo después. No me interesa hacerlo enfadar. No es como Beth. Él consigue atemorizarme.

Para mi tranquilidad, parece divertido por mi osadía.

—Pues por ahora —me dice dulcemente—, me gustas tú.

Aparto la mirada y trato de servirme un poco de arroz, aunque mis manos tiemblan un poco.

—Deja que te ayude con eso. —Y acto seguido sus dedos se rozan ligeramente con los míos al intentar alcanzar mi plato. Sin poder mediar palabra, me llena el plato con buena parte de la comida que hay en la mesa.

Me devuelve el plato y me quedo mirándolo fijamente con desgana. Estoy demasiado nerviosa y eso me impide comer delante de él. Tengo un nudo enorme en la garganta.

Cuando alzo la mirada, compruebo que él no tiene ese problema. Come con apetito, disfrutando de lo que Beth ha preparado.

—¿Qué te pasa? —me pregunta entre bocado y bocado—. ¿No tienes hambre?

Sacudo la cabeza, consciente de que estaba hambrienta antes de que él llegara.

Frunce el ceño y suelta el tenedor.

—¿Por qué no? Beth me ha contado que pasaste todo el día en la playa y que has nadado también. ¿No deberías tener hambre tras todo ese ejercicio?

Me encojo de hombros.

—Estoy bien.

Por supuesto, no quiero decirle que él es la verdadera causa de mi falta de apetito.

Se le estrechan los ojos al mirarme.

—¿A qué estás jugando? Debes comer, Nora. Ya estás delgada. No quiero que pierdas peso.

Trago saliva, nerviosa, y empiezo a comer algo. Hay algo en su forma de mirarme que me dice que oponerme a él sobre este asunto sería insensato y estúpido.

Bueno, en este y en cualquier asunto en realidad.

Mi instinto me dice también que este hombre es verdaderamente tan peligroso como lo aparenta. No ha sido del todo cruel conmigo, pero es que en realidad la crueldad va ligada a él. Lo noto.

—Buena chica. —Asiente satisfecho cuando me como una pequeña parte del plato.

Aunque ni siquiera estoy saboreando ni disfrutando la comida y aunque tenga que forzar cada bocado que pruebo, sigo comiendo. Me mantengo concentrada mirando al plato. Me resulta más sencillo comer si evito su penetrante mirada azul.

—Beth me ha contado que has pasado un buen día de playa —comenta cuando ya me he comido casi medio plato.

Asiento como respuesta y cuando alzo la mirada me doy cuenta de que no me quita el ojo de encima.

—¿Qué te ha parecido la isla? —me pregunta, como si de

verdad estuviera interesado en conocer mi opinión. Tiene una mirada amable, pero en realidad está estudiándome.

—Es preciosa —contesto con sinceridad. Me paro un momento y continuo—. Pero no quiero quedarme aquí.

—Ya lo sé. —Parece que entiende mi situación—. Pero acabarás acostumbrándote con el tiempo. Este es tu nuevo hogar, Nora. Cuanto antes lo asimiles, mejor para ti.

Se me revuelve el estómago hasta tal punto que siento que voy a echar todo lo que he comido. Trago saliva de manera exagerada, tratando de controlar la angustia que estoy empezando a experimentar.

—¿Y qué hay de mi familia? —pronuncio cada palabra con un tono amargo, casi inaudible—. ¿Cómo se supone que deben asimilarlo?

En mi rostro se puede adivinar una ligera conmoción.

—¿Y qué pasaría si ellos supieran que no estás muerta? —pregunta con voz queda, aguantándome la mirada—. ¿Conseguiría que te sintieras mejor, mi gatita?

—¡Por supuesto que sí! —apenas puedo creer lo que estoy oyendo—. ¿Podrías hacer eso por mí? ¿Podrías decirles que estoy viva? Quizá puedo llamarlos y...

Se incorpora un poco para cogerme la mano, cortando de raíz mis vagas esperanzas.

—No.

Por el tono de voz que emplea, no puedo rebatirle la respuesta.

—Yo mismo contactaré con ellos.

Me trago mi decepción.

—¿Qué les vas a decir?

—Que estás viva y que te encuentras en perfecto estado.

Me masajea dulcemente la parte interna de la palma de la mano con su largo pulgar. Sus caricias hacen que me distraiga, y mis huesos se derriten y se convierten en gelatina.

—Pero... —Casi emito un gemido cuando me presiona un poco una mancha particularmente sensible—. Pero no te creerán...

—Lo harán —Aleja su mano de la mía, lo que me deja con un

raro sentimiento de abandono—. Puedes confiar en mí.

¿Confiar en él? Ya, claro que sí.

—¿Por qué me haces esto? —pregunto con frustración—. ¿Lo haces porque hablé contigo en el bar?

Niega con la cabeza.

—No, Nora. Lo hago porque eres tú. Eres justo lo que había estado buscando hasta ahora. Siempre he querido a alguien como tú.

—¿Sabes la locura que estás diciendo? —Estoy tan enfadada que me olvido por un momento del temor que le tengo—. ¡Si ni siquiera me conoces!

—Tienes razón —afirma con dulzura—. Pero no me hace falta conocerte. Solo saber lo que siento.

—¿Me estás diciendo que estás enamorado de mí?

Por alguna razón que desconozco, esa idea me aterra aún más que pensar que solamente lo hace porque tiene unos gustos sexuales algo extraños.

Se ríe a carcajadas, moviendo la cabeza. Me ha ofendido mucho y no puedo parar de observarlo. No es que quiera que esté enamorado de mí, pero tampoco entiendo qué le hace tanta gracia.

—Pues claro que no —responde finalmente cuando termina de reírse. Y sigue sonriendo.

—¿Entonces a qué te refieres? —pregunto con frustración.

De repente se le borra la sonrisa.

—Da igual, Nora —me dice con voz queda—. Por ahora, te vale con saber que eres especial para mí.

—Y si eso es así, ¿por qué no me dijiste de quedar un día directamente? —Aún sigo empeñada en comprender lo incomprensible—. ¿Por qué tuviste que secuestrarme?

—Porque quedaste con ese chico. —De repente en la voz de Julian se adivina un rastro de ira, y consigue que se me hiele la sangre de miedo—. Lo besaste cuando ya me pertenecías.

Trago saliva.

—Pero si ni siquiera sabía nada de esto —digo con voz temblorosa—. Solo te vi en el bar.

—Y en tu graduación también.

—Y en mi graduación —concedo, y siento como el corazón me martillea el pecho—. Pero pensé que estabas allí por otro motivo. Quizá por algún hermano o hermana menor o...

Respira profundamente, y puedo notar cómo ahora está mucho más calmado.

—Eso da igual ahora, Nora. Quería que estuvieras aquí, conmigo, y no pululando por ahí. Es mucho más seguro para ti, y también para ese chico.

—¿Para Jake también?

Julian asiente.

—Si hubieras quedado otra vez con él, posiblemente hubiera tenido que matarlo. Lo mejor para todos es que estés aquí, lejos de él y de otros que puedan desearte también.

Cuando habla de matar a Jake, lo dice totalmente en serio. No es un farol. Se lo veo dibujado en la cara.

Me lamo los labios un poco; los sentía secos. De repente, sus ojos comienzan a seguir el movimiento de mi lengua, y puedo sentir cómo cambia el ritmo de su respiración. Parece que he logrado que pierda el control solo con ese simple gesto.

En ese momento, se me pasa por la cabeza una idea alocada y desesperada. Es obvio que me desea. Incluso se preocupa al máximo de que yo esté a gusto, como de avisar a mi familia de que estoy viva. ¿Y si uso eso a mi favor? No tengo mucha experiencia en esto, pero tampoco soy tonta de remate. Sé ligar con los chicos. ¿Podría intentar hacerlo? ¿Podría seducir a Julian para conseguir que me deje ir?

Eso sí, si lo hago, debo tener cuidado. No puedo dar un giro repentino de ciento ochenta grados. Es imposible que hasta hace un minuto lo odiara y ahora, de la nada, lo ame. Debe creer que puede dejarme salir de la isla sin problemas y que me quedaré de buena gana con él tanto tiempo como me desee. Que nunca miraré ni a Jake ni a ningún otro hombre.

Por eso voy a tomarme todo el tiempo que sea necesario para convencer a Julian de que lo adoro.

CAPÍTULO 8

DURANTE EL RESTO DE LA CENA, CONTINUÓ ACTUANDO COMO SI ESTUVIERA asustada e intimidada; aunque en realidad no actúo, lo siento así. Estoy con un hombre que habla despreocupadamente de matar a gente inocente. ¿De qué otra manera se supone que debo sentirme?

No obstante, también intento seducirlo. Son pequeños detalles, como la manera en la que me toco el pelo hacia atrás mientras lo miro, el modo en que muerdo un trozo de papaya que Beth había cortado para el postre y chupo el jugo con los labios.

Sé que mis ojos son bonitos, así que lo miro tímidamente, con los párpados medio cerrados. He practicado esa mirada frente al espejo y sé que las pestañas parecen infinitas cuando inclino la cabeza en un ángulo determinado.

No lo exagero porque no se lo creería. Solo hago pequeñas cosas que puedan resultarle excitantes o atractivas.

Intento evitar cualquier tema polémico. En vez de ello, le pregunto sobre la isla y cómo llegó a ser su propietario.

—Me topé con esta isla hace cinco años —explica Julian, mientras los labios se le arquean formando una sonrisa encantadora—. Mi Cessna tuvo un problema mecánico y necesitaba un sitio para aterrizar. Afortunadamente, hay una zona llana y cubierta de hierba justo al otro lado, cerca de la playa. Fui capaz de aterrizar sin que se estrellara por completo y reparé lo necesario. Tardé un par de días, durante ese tiempo exploré la isla. Cuando ya lo había arreglado y podía volar, supe

que era el sitio que tanto ansiaba, así que lo compré.

Abro los ojos de la impresión.

—¿Tan fácil? ¿No era caro?

Se encoge de hombros.

—Me lo puedo permitir.

—¿Provienes de una familia adinerada?

Soy muy curiosa. Mi secuestrador es un gran misterio para mí. Tendré más posibilidades de manipularlo si lo entiendo un poco al menos.

Entonces, la cara de Julian se enfría.

—Algo así. Mi padre tenía un negocio exitoso, del que me hice cargo tras su muerte. He cambiado un poco el rumbo y lo he expandido.

—¿Y qué negocio es??

La boca de Julian se tuerce ligeramente.

—Importación y exportación.

—¿De qué?

—Electrónica y otras cosas —dice.

Me doy cuenta de que no va a soltar prenda por ahora. Sospecho que «otras cosas» es un eufemismo para referirse a algo ilegal. No sé mucho de negocios, pero dudo que vendiendo televisiones y reproductores de mp3 se pueda ganar tanto dinero.

Dirijo la conversación hacia un tema mucho menos polémico.

—¿El resto de la familia también usa la isla?

Entonces su mirada se desinfla y se endurece.

—No, todos están muertos.

—Vaya, lo siento.

No sé qué decir. ¿Qué puedes decir que mejore algo como eso? Sí, me ha secuestrado, pero todavía sigue siendo un ser humano. No me puedo ni imaginar lo que debe doler ese tipo de pérdidas.

—No te preocupes —contesta en un tono plano, sin ningún atisbo de emoción, pero noto algo de dolor en él—. Fue hace mucho tiempo.

Asiento con lástima. Me siento mal por él y no intento esconder las lágrimas. Soy demasiado blanda: me lo dice Leah cada vez que lloro al ver una película deprimente. No puedo evitar la tristeza que siento por el dolor de Julian.

Pero la conversación me favorece, ya que su expresión se vuelve algo más cálida.

—No sientas pena por mí, mi gatita —dice con suavidad—. Ya lo he superado. Prefiero que me cuentes cosas de ti.

Parpadeo despacio porque sé que así mis ojos llamarán su atención.

—¿Qué quieres saber?

¿No averiguó todo sobre mí cuando me acechaba?

Me sonrío. Le sienta tan bien que me hace sentir una pequeña presión en el pecho. «Para, Nora. Tú eres la que lo está seduciendo, no al revés».

—¿Qué te gusta leer? —pregunta—. ¿Qué tipo de películas te gusta ver?

Durante los siguientes treinta minutos, le cuento lo que disfruto con la novela romántica y el suspense de detectives, mi odio por las comedias románticas y que me encantan las películas épicas con muchos efectos especiales. Después me pregunta sobre mi música y comida favoritas y me escucha con atención mientras hablo de mis grupos de los ochenta y la pizza de masa gruesa.

De una manera extraña, el modo en que se centra totalmente en mí, absorbo con cada una de mis palabras, es casi halagador. La forma en que me clava la mirada de esos ojos azules en la cara. Es como si quisiera entenderme de verdad, como si se preocupara en realidad. Incluso con Jake, no tenía la sensación de que fuera algo más que una bonita chica con la que le gustaba estar.

Con Julian, me siento como si fuera lo más importante del mundo. Como si de verdad le importara.



DESPUÉS DE CENAR, ME SUBE A SU DORMITORIO. EL CORAZÓN ME EMPIEZA A LATIR por el miedo y la expectación.

Al igual que las otras dos noches, sé que no me enfrentaré a él. De hecho, esta noche iré incluso más lejos como parte de mi plan de seducción para intentar escapar.

Fingiré que quiero hacerle el amor por mi propia voluntad.

Mientras entramos en la habitación, me atrevo a sacarle el tema al que no he parado de dar vueltas en la cabeza.

—Julian... —pregunto con firmeza, con un tono suave, pero con cierta incertidumbre—. ¿Qué pasa con la protección? ¿Y si me quedo embarazada?

Se detiene y se gira hacia mí. Esboza una leve sonrisa.

—No te quedarás, mi gatita. Llevas un implante, ¿no?

Abro los ojos, sorprendida.

—¿Cómo lo sabes?

El implante es una varilla pequeña de plástico que se coloca debajo de la piel, completamente invisible, salvo por una pequeña marca en el lugar en que se inserta.

—Accedí a tu historial médico antes de traerte aquí. Quería asegurarme de que no tuvieras ninguna enfermedad mortal, como la diabetes.

Me quedo mirándolo fijamente. Debería estar furiosa por haber invadido mi privacidad, pero en realidad me alivia. Parece que mi secuestrador es bastante considerado y lo que es más importante, no pretende que me quede embarazada.

—No tienes que preocuparte por contraer ninguna enfermedad —añade, entendiendo mi preocupación—. Me han analizado y siempre he utilizado preservativo.

No sé si creerlo.

—¿Por qué no lo has usado conmigo entonces? ¿Porque era virgen?

Asiente, con un brillo posesivo en los ojos. Levanta la mano y me acaricia la cara, por lo que el corazón me late aún más rápido.

—Exacto. Eres mía. Soy el único que puede estar dentro de ti.

Mi respiración se detiene. Siento un calor húmedo entre los muslos.

No puedo creer la intensidad de mi respuesta física a él. ¿Es normal esto, es decir, que me excite por alguien que me da miedo y menosprecia? ¿Julian me secuestró en el club por esto? ¿Porque sentía esto por mí? ¿Porque conocía mi debilidad?

Por supuesto, según mi plan, no es tan malo que me excite tanto. Sería mucho peor si me asqueara, si no pudiera soportar que me tocara.

No, esto es lo mejor. Puedo ser la secuestrada perfecta: obediente y receptiva, que poco a poco se enamora de su secuestrador.

Así que, en vez de estar rígida y asustada, cedo ante mi deseo y me inclino un poco hacia su mano, como si respondiera involuntariamente a su caricia.

Me mira con mirada triunfal y baja la cabeza, rozando sus labios con los míos. Me envuelve en sus fuertes brazos, moldeándome contra su fornido cuerpo. Está muy excitado; puedo sentir que algo duro se levanta contra la suavidad de mi vientre. Me acaricia la boca con los labios y la lengua. Sabe dulce, a la papaya que acabamos de comernos.

Me corre fuego por las venas y cierro los ojos, perdiéndome en el placer irresistible de su beso. Acercó las manos despacio a su pecho para tocarlo con cierta timidez. Siento el calor de su cuerpo y huelo el perfume de su piel: masculino y almizcleño, extrañamente atractivo. Los músculos del pecho se le tensan con el paso de mis dedos y noto como el corazón le late cada vez más rápido.

Me pone de espaldas a la cama y nos dejamos caer en ella. No sé cómo, pero mis manos acaban en su pelo denso y suave y le devuelvo el beso, apasionada y desesperadamente. No pienso en mi gran plan de seducción. No pienso en nada.

Me muerde el labio inferior y lo chupa hasta llevárselo a su boca. Acerca la mano a mi seno derecho, lo manosea, aprieta el pezón atravesando la doble barrera del sujetador y el vestido. La brusquedad con la que lo hace es excitante y perversa, aunque debería tenerle miedo.

Gimo, me da la vuelta, colocándome sobre mi barriga. Me aprieta con una de las manos, presionándome contra el colchón, mientras con la otra me levanta la falda, y se me ve la ropa interior.

Se detiene un segundo, me mira el culo y me da un cachete.

—Qué nalgas tan voluptuosas —murmura—. Muy bonitas en blanco.

Logra meterme los dedos entre las piernas, siente la humedad que hay. No puedo evitar retorcerme en cuanto me toca. Estoy

tan excitada que necesito muy poco para llegar.

Me baja la ropa interior hasta las rodillas. Vuelve a acariciarme las nalgas, lo que me relaja y me excita. Estoy temblando por la expectación.

De repente, oigo una fuerte bofetada y oigo la fuerte palmada que me ha dado en el culo. Grito, sorprendida, más bien por no esperarlo que por ser un dolor real.

Para, masajea la zona con suavidad y lo vuelve a hacer, dándome un cachete en la nalga derecha con la palma abierta. Veinte palmadas seguidas, cada vez más fuerte. Duele. No es una palmada juguetona y suave.

Pretende hacerme daño.

Olvido que había decidido jugar con él y empiezo a forcejear, asustada. Me retiene con facilidad. Ahora se centra en la otra nalga, golpeándola veinte veces con la misma intensidad.

Cuando para, empiezo a sollozar echada en el colchón, le ruego que se detenga. Me arde el trasero, agonizando.

El sentimiento irracional de traición es incluso peor que el dolor. Para mi horror, me doy cuenta de que había empezado a confiar en mi secuestrador, a sentir como si lo conociera un poco.

Me había hecho daño antes, pero no pensé que fuera a propósito. Pensé que era porque el sexo suponía algo nuevo para mí. Esperaba que mi cuerpo se acostumbrara y que fuera algo placentero en el futuro.

Obviamente, soy una estúpida.

Me tiembla todo el cuerpo y no puedo parar de llorar. Me sujeta y tengo miedo por lo que pueda ocurrir ahora.

Lo que hace a continuación es tan impactante como lo de antes.

Me da la vuelta y me levanta en brazos. Después, se sienta, sujetándome en su regazo, meciéndome, con cariño y dulzura, como si fuera una niña a la que tratara de consolar.

A pesar de todo, escondo la cara en su hombro y lloro: necesito con desesperación esa ilusión de dulzura, anhelo que me consuele el que me ha hecho daño.



DESPUÉS, ME TRANQUILIZO UN POCO; ÉL SE LEVANTA Y ME COLOCA A SUS PIES. Siento debilidad en las piernas, me tiemblan. Me tambaleo un poco mientras me desviste con cuidado.

Espero que me diga algo. Quizá se disculpe o me explique por qué me ha hecho daño. ¿Me estaba castigando? Si es así, quiero saber lo que he hecho para evitarlo en el futuro.

Pero no habla, se limita a quitarme la ropa. Cuando estoy desnuda, se empieza a desvestirse.

Lo observo con una mezcla extraña de angustia y curiosidad. Su cuerpo es aún un misterio para mí porque he tenido los ojos cerrados durante las dos últimas noches. No le he visto el pene aún, aunque lo haya sentido dentro de mí.

Así que me quedo mirándolo con una mezcla extraña de desasosiego y curiosidad. Su figura es imponente, totalmente masculina. Hombros anchos, cintura estrecha, delgado. Muy musculoso, pero no por consumir esteroides como los culturistas. Parece un guerrero. No sé por qué, pero me lo imagino desenvainando la espada para matar al enemigo. Me percaté de que tiene una gran cicatriz en el muslo y otra en el hombro, lo que se suma a su aspecto de guerrero.

Una piel bronceada, con la cantidad perfecta de vello sobre el pecho. En la zona del ombligo, tiene más pelo oscuro que baja hasta el pene. Su color de piel me hace pensar que o siempre va desnudo o es de piel oscura, como yo. Quizá tenga parientes latinos.

También está excitado. Veo que se le levanta el pene. Es largo y grande, similar a los que he visto en películas porno. Con razón me duele. No puedo creer que haya podido meterme eso dentro.

Cuando estamos los dos desnudos, me lleva a la cama.

—Ponte a cuatro patas —me dice en voz baja, empujándome un poco.

El corazón se sobresalta de pánico y me resisto por un momento, girándome para mirarlo.

—¿Vas a...? —trago saliva—. ¿Vas a hacerme daño de nuevo?

—No lo he decidido aún —murmura, levanta la mano para cubrir mis senos. Me masajea el pezón y se pone duro.

—Creo que es suficiente por ahora —añade.

—¿Te gusta el sado?

La pregunta se me escapa sin querer y me quedó paralizada esperando a que me responda.

Me pone su bonita sonrisa de Lucifer.

—Sí, mi gatita —dice con suavidad—. A veces lo soy. Ahora pórtate bien y haz lo que te pida. De lo contrario, puede que no te guste lo que te haga.

Antes de que termine de hablar, lo obedezco poniéndome a cuatro patas en la cama. A pesar del calor de la habitación, estoy tiritando, temblando de pies a cabeza.

Imágenes violentas y espantosas inundan mi mente, por lo que me siento mal. No sé mucho de sadomasoquismo. Cincuenta sombras y un par de libros de ese tipo son lo máximo a lo que llega mi experiencia en el tema, pero ninguna de las historias se parece a mi situación.

Ni en mis fantasías más oscuras y secretas me hubiera imaginado que me hubiera secuestrado un sadomasoquista que incluso lo reconoce.

¿Qué va a hacer? ¿Azotarme? ¿Torturarme? ¿Encadenarme en un calabozo? ¿Hay un calabozo en esta isla? Entonces me imagino una habitación de piedra llena de instrumentos de tortura, como en una película sobre la Inquisición española, y me entran arcadas. Estoy segura de que el sadomasoquismo normal no es como eso, pero no hay nada normal en la situación con Julian. Puede hacerme lo que quiera.

Sube a la cama, se pone detrás de mí y me acaricia la espalda, de manera lenta y suave. Sería relajante si no fuera porque estoy a sus órdenes y espero un golpe en cualquier momento.

Seguramente se da cuenta porque se acerca y me susurra al oído:

—Relájate, Nora. No te haré nada más esta noche.

Por poco me desmayo en la cama del alivio. Las lágrimas recorren mi cara. Esta vez son lágrimas de alivio y gratitud. Estoy muy agradecida de que no me vuelva a hacer daño. Al menos, no esta noche.

Ahora estoy horrorizada. Horrorizada y asqueada porque cuando empieza a besarme en el cuello, mi cuerpo empieza a

responderle como si nada malo hubiera pasado. Como si no hubiera sufrido nada de dolor a sus manos.

A mi estúpido cuerpo no le importa que sea un puñetero depravado. Que me vaya a hacer daño una y otra vez. No, mi cuerpo anhela el placer y no le importa otra cosa.

Me pasa su boca cálida desde el cuello hacia los hombros y luego hacia la espalda. Mi respiración es superficial, errática. A pesar de que me lo haya asegurado, sigo teniéndole miedo, y el miedo hace que esté cada vez más caliente.

Desliza los labios hacia las nalgas, besa la zona que me duele un poco de antes. Presiona en la parte baja de la espalda y me arquea al tocarme, sabiendo que se trata de una orden tácita. Me introduce los dedos entre las piernas y con uno de ellos encuentra la forma de llegar al canal resbaladizo, hasta entrar por completo.

Tuerce el dedo dentro de mí y jadeo cuando presiona en algún punto muy sensible del interior. Hace que me tense y tiemble, pero esta vez no por miedo.

A medida que mete y saca el dedo, siento una presión cada vez más grande dentro de mí. Se me disparan las pulsaciones y de repente estoy caliente, como si ardiera por dentro. Y entonces un potente orgasmo que se origina en la zona principal y se extiende hacia fuera se apodera de mi cuerpo. Es tan fuerte que se me nubla la vista por un momento y casi me desmayo en la cama.

Incluso antes de que se detengan mis pulsaciones, se pone de rodillas detrás de mí y empieza a metérmela.

Estoy húmeda y la penetración es relativamente fácil, aunque se nota que es enorme. Los tejidos de mi interior están sensibles e irritados del uso de anoche y no puedo evitar un jadeo ligero de dolor con la penetración. Me mete el pene presionándolo contra mi ardiente trasero, lo que se suma al dolor.

Sujetándome por la cadera, empieza a sacarlo y a meterlo, despacio, pero con cierto ritmo. A pesar del dolor inicial, parece que a mi cuerpo le gusta sentirlo dentro, le gusta la presión y responde lubricándose aún más. A medida que aumenta el ritmo, se me acelera la respiración y empiezo a gemir indefensa cada vez que lo mete hasta el fondo.

De repente y sin avisar, se me tensan los músculos cuando llego al clímax. La liberación ondea en mi interior, el placer aturcido por la intensidad. Detrás de mí, puedo sentir su pene cuando mi orgasmo provoca el suyo y siento el chorro caliente dentro de mí.

Los dos nos desplomamos en la cama, su cuerpo pesado y resbaladizo por el sudor encima del mío.

CAPÍTULO 9

ME DESPIERTO LENTAMENTE, POR FASES. PRIMERO, SIENTO EL COSQUILLO DEL pelo en la cara, después, el calor del sol en el brazo que tengo destapado. Por un momento, mi mente está flotando en ese limbo suave y cómodo entre el sueño y el insomnio, entre el sueño y la realidad.

Mantengo los ojos cerrados, sin querer despertar del todo, porque la sensación es muy agradable.

Ahora me doy cuenta de que huele a tortitas, olor que proviene de la cocina.

Mis labios se curvan y sonrío. Es fin de semana y mamá quiere darnos de nuevo un capricho. Solo hace tortitas en ocasiones especiales y a veces porque le da por ahí.

El pelo me vuelve a hacer cosquillas y sin ganas muevo el brazo para quitármelo de la cara. Ya estoy más despierta y el calor que sentía se disipa y lo sustituye el miedo constante e intenso.

«No, por favor, que sea un sueño. Por favor, que sea una pesadilla».

Abro los ojos.

No es un sueño. Sigue oliendo a tortitas, pero no puede ser mamá quien las esté haciendo.

Estoy en una isla en mitad del Pacífico, secuestrada por un hombre que obtiene placer haciéndome daño.

Me estiro con cuidado y me examino el cuerpo. Excepto un ligero dolor en el trasero, parece que estoy bien. Anoche solo me

obligó una vez, lo que agradezco.

Me levanto, camino desnuda hacia el espejo y me miro la espalda. Tengo unos moratones apenas visibles en el culo, nada grave. Esa es una de las ventajas de tener la piel dorada, no me hago cardenales con facilidad. Mañana habrán desaparecido por completo.

Después de todo, parece que he sobrevivido a otra noche en la cama de mi secuestrador.

Cuando me lavo los dientes, pienso en anoche. La cena, el estúpido plan de seducirlo, la sensación de traición por lo que hace él...

No puedo creer que haya empezado a confiar en él, aunque solo sea un poco. Los hombres normales no secuestran a las chicas en el parque, ni las drogan ni las traen a una isla privada. Los hombres a los que les gusta el sexo consentido y normal no secuestran a una mujer.

No, Julian no es normal. Es un bicho raro al que le gusta el control sadomasoquista. No puedo olvidarlo nunca. Que aún no me haya hecho demasiado daño no implica nada. Es solo cuestión de tiempo que me haga algo horrible.

Tengo que escapar antes de que ocurra y no tengo tiempo para seducirlo. Es demasiado peligroso e impredecible.

Necesito encontrar una manera de salir de la isla.



DESPUÉS DE DARME UNA DUCHA RÁPIDA Y LAVARME LOS DIENTES, BAJO A desayunar. Beth debe de haber estado en mi habitación porque ha preparado otro conjunto de ropa limpia: un bañador, unas chanclas y un vestidito.

Beth está en la cocina y también las tortillas que olí antes.

Al entrar, me sonrío. Parece que la tensión de ayer se haya olvidado.

—Buenos días —me dice muy animada.

—¿Cómo te sientes?

La miro escéptica. ¿Sabe lo que Julian me hizo?

—Oh, pues bien —digo con sarcasmo.

—Eso es bueno —dice sin haberse dado cuenta de mi tono—. Julian temía que tuvieras molestias esta mañana. Por eso me ha dejado una crema especial para que te la dé por si acaso.

Lo sabe.

—¿Cómo puedes vivir contigo misma? —pregunto, con mucha curiosidad.

¿Cómo puede una mujer mantenerse aparte y ver cómo abusan de otra de este modo? ¿Cómo puede trabajar para un hombre tan cruel?

En vez de responderme, Beth coloca una tortita grande y esponjosa en un plato y me la acerca. También hay rodajas de mango en la mesa, justo al lado de la botella de sirope de arce.

—Come, Nora —me dice sin crueldad.

Le echo una mirada penetrante y le hincó el diente a la tortita, que está riquísima. Creo que le ha añadido plátano a la masa porque se puede saborear ese dulzor. No necesita ni sirope de arce, aunque le añado unas rodajas de mango para darle más sabor.

Beth me sonrío de nuevo y se pone a hacer las distintas tareas de la cocina.

Después del desayuno, salgo de la casa y exploro sola la isla. Beth no me detiene. Aún me sorprende que me dejen vagar a mis anchas de esta forma. Deben estar totalmente seguros de que no se puede salir de la isla.

Bueno, encontraré la manera.

Camino incansable durante horas bajo el ardiente sol hasta que las chanclas me hacen una rozadura. Me quedo cerca de la playa, con la esperanza de encontrar un barco atado en algún sitio, quizá en una cueva o en una laguna.

Pero no encuentro nada.

¿Cómo llegué aquí? ¿En avión o helicóptero? Julian mencionó ayer que había descubierto este sitio mientras volaba en avión. ¿Quizá es así como me trajo aquí, en un avión privado?

Esto no sería bueno. Aunque encontrara el avión en algún sitio, ¿cómo lo pilotaría? Me imagino que, como mínimo, tiene que ser complicado.

Una vez más, si le pongo el suficiente empeño, quizá lo

averigüe. No soy tonta y pilotar un avión no debe ser tan difícil.

Pero tampoco encuentro el avión. Hay una zona cubierta de hierba al otro lado de la isla con una estructura al final de ella, pero no hay nada dentro, está completamente vacía.

Cansada, sedienta y con la rozadura que me molesta cada vez más a cada paso que doy, me dirijo de vuelta a la casa.



—JULIAN SALIÓ HACE UN PAR DE HORAS —ME DICE BETH EN CUANTO ENTRO.

Me quedo mirándola estupefacta.

—¿A qué te refieres? ¿Ya se ha ido?

—Tenía unos asuntos de negocios urgentes de los que ocuparse. Si todo sale bien, volverá dentro de una semana.

Asiento, intentando mantener una expresión neutral, y subo a la habitación.

¡Se ha ido! ¡Mi torturador se ha ido!

Solo quedamos Beth y yo en la isla. Nadie más.

Empiezo a darle vueltas a distintas posibilidades de huida. Puedo robar uno de los cuchillos de la cocina y amenazar a Beth hasta que me muestre una manera de salir de la isla. Quizá haya internet aquí y puede que sea capaz de contactar con el mundo exterior, fuera de esta isla.

Estoy tan emocionada que gritaría.

¿De verdad piensan que soy tan inofensiva? ¿Mi comportamiento dócil los ha hecho relajarse tanto que creen que continuaré siendo una secuestrada amable y obediente?

Pues no podrían estar más equivocados.

Julian me asusta, pero Beth, no. Con los dos en la isla, atacar a Beth no tendría sentido y sería peligroso.

Sin embargo, ahora es jugar limpio.



UNA HORA MÁS TARDE, VOY A HURTADILLAS A LA COCINA. COMO SUPONÍA, BETH no está. Es demasiado pronto para preparar la cena y demasiado tarde para el almuerzo.

No llevo puestos los zapatos para minimizar el ruido. Miro a mi alrededor con cautela, abro uno de los cajones y saco un gran cuchillo carnicero. Le paso el dedo y veo que está afilado.

Un arma. Perfecto.

Como el vestido que llevo puesto tiene un cinturón pequeño, lo utilizo para atarme el cuchillo en la espalda. Es una funda muy rústica, pero sujeta el cuchillo en su sitio. Espero no cortarme el trasero con la hoja, pero si lo hago, valdrá la pena correr ese riesgo.

Un gran jarrón de cerámica es mi siguiente adquisición. Pesa lo suficiente para que apenas pueda levantarlo por encima de la cabeza con los brazos. No hay cráneo humano que pueda aguantar esto.

Una vez que tengo las dos cosas, voy a buscar a Beth.

La encuentro en el porche, con un libro, acurrucada en un cómodo sofá exterior, disfrutando del aire fresco y de las bonitas vistas al océano. No mira cuando saco la cabeza a través de la ventana que está abierta y rápidamente la vuelvo a meter, intentando averiguar qué hacer después.

El plan es sencillo. Tengo que esperar a que Beth baje la guardia y golpearle en la cabeza con el jarrón. Quizá atarla con algo. Después podría usar el cuchillo para amenazarla hasta que me ponga en contacto con el mundo exterior. De este modo, cuando Julian vuelva, podrían haberme rescatado y podría denunciarlo.

Solo debo saber cuál sería el lugar perfecto para mi emboscada.

Al mirar alrededor, veo un recoveco pequeño cerca de la entrada a la cocina. Viniendo desde el porche —como creo que sería el caso de Beth— no se ve nada dentro. No es el mejor lugar para esconderse, pero es mejor que atacarla directamente. Voy allí y me quedo pegada a la pared, con el jarrón en el suelo, justo a mi lado, para poder cogerlo con facilidad.

Respiro profundamente, intento calmar el leve temblor de las manos. No soy una persona violenta, pero aquí estoy, a punto de romper el jarrón en la cabeza de Beth. No quiero pensar en ello, pero no puedo dejar de imaginar su cráneo totalmente partido,

sangre por todos lados, como si fuera una película de terror. La imagen me pone enferma y me digo que no será así, que seguramente acabe con un molesto moratón o una leve conmoción.

La espera parece interminable. Sigue y sigue, cada segundo parece durar una hora. El corazón palpita con fuerza y estoy sudando, aunque la temperatura de la casa sea mucho más fría que el calor que hace fuera.

Finalmente, después de lo que parecen ser varias horas, escucho los pasos de Beth. Cojo el jarrón, lo levanto con cuidado por encima de mi cabeza y contengo la respiración cuando Beth entra por la puerta que viene del porche.

A medida que se acerca, sujeto el jarrón con más firmeza y se lo tiro encima de la cabeza.

No obstante, en algo me equivoco. En el último segundo, Beth debe de haber escuchado que me movía porque el jarrón le golpea en el hombro.

Grita de dolor y se toca el hombro.

—Hija de puta.

Respiro con dificultad, intento levantar el jarrón de nuevo, pero ya es demasiado tarde. Coge el jarrón y lo tira, rompiéndolo en mil pedazos.

Salto hacia atrás y con la mano derecha busco frenéticamente el cuchillo. «Mierda, mierda, mierda». Logro coger el mango y lo saco, pero me agarra el brazo sin darme tiempo a hacer nada, moviéndose tan rápida como una serpiente. Me coge la muñeca derecha como si fuera una correa de acero.

Se sonroja y los ojos le brillan mientras me tuerce el brazo hacia atrás: me duele mucho.

—Tira el cuchillo, Nora —me ordena severamente con un tono lleno de ira.

Estoy en pánico, intento golpearle en la cara con la otra mano, pero también me coge el brazo. Está claro que sabe luchar y que también es más fuerte que yo.

Lloro por el dolor en el brazo izquierdo, pero intento pegarle una patada. No puedo perder esta batalla. Es la mejor forma que tengo de escapar.

Le golpeo las piernas con los pies, pero no llevo puestos los zapatos y me hago más daño yo en los dedos que ella en sus espinillas.

—Tira el cuchillo, Nora, o te romperé el brazo —amenaza.

Sé que dice la verdad. Tengo los hombros a punto de desencajarse y se me nubla la vista, el brazo me duele muchísimo.

Me resisto durante más de un segundo y luego suelto el cuchillo. Cae al suelo con un sonido hueco y alto.

Beth me suelta inmediatamente y se inclina para cogerlo.

Me alejo, respirando con dificultad, me arden en los ojos lágrimas de dolor y frustración. No sé qué me va a hacer ahora, ni quiero saberlo.

Así que echo a correr.



SOY RÁPIDA Y ESTOY EN FORMA. OIGO CÓMO BETH ME PERSIGUE, ME LLAMA, PERO dudo que haya hecho atletismo alguna vez.

Salgo corriendo de la casa y bajo a la playa. Rocas, ramas y grava se me meten en los pies, pero apenas los siento.

No sé a dónde me dirijo, pero no puedo dejar que Beth me atrape. No pueden encerrarme en una habitación o hacerme algo peor.

—¡Nora!

Mierda, también es una buena corredora. Corro mucho más rápido, sin hacerle caso al dolor de pies.

—¡Nora, no seas estúpida! ¡No puedes ir a ninguna parte!

Sé que es verdad, pero ya no puedo ser una víctima pasiva. No puedo sentarme y permanecer sumisa en esa casa, comer lo que Beth me prepare y esperar a que Julian vuelva.

No puedo dejarle que me vuelva a hacer daño y que provoque que mi cuerpo lo ansíe.

Los músculos de las piernas ya no pueden más y los pulmones se esfuerzan por tomar aire. Me olvido de las molestias e imagino que estoy en una carrera con la línea de meta a tan solo unos metros.

Parece que esté corriendo durante mucho tiempo. Cuando giro la cabeza, veo que Beth se está quedando cada vez más atrás.

Reduzco el ritmo un poco. No puedo mantener esa velocidad durante mucho más tiempo. Sin pensarlo demasiado, me dirijo a la zona más rocosa de la isla, donde puedo escalar las rocas y desaparecer en la zona boscosa que hay encima.

Tardo unos diez minutos en llegar allí. Entonces, ya no veo a Beth detrás de mí.

Disminuyo la velocidad y subo por las rocas. Ahora que estoy fuera de peligro inmediato, puedo sentir los cortes y moratones en los pies descalzos.

Es una subida lenta y tortuosa. Las piernas me tiemblan por el esfuerzo tan grande que he hecho y al que no estoy acostumbrada. Siento un bajón de adrenalina. Sin embargo, consigo subir la colina rocosa y llegar al bosque.

Estoy rodeada de vegetación tropical, abundante y espesa, que impide que me vean. Sigo adentrándome entre los matorrales en busca de un buen lugar en que desplomarme por el agotamiento. No es fácil que me encuentren aquí. De lo que puedo recordar de lo que exploré, el bosque abarca una gran parte de este lado de la isla.

Aquí debería estar a salvo por ahora.

A medida que empieza a oscurecer, me cobijo en un gran árbol, apenas impenetrable por la maleza. Limpio una parte pequeña del terreno y compruebo que no hay cerca ni hormigueros ni nada que pueda picarme ni morderme. Después me acuesto, sin hacerle caso al dolor punzante que siento en los pies por los cortes.

No es la primera vez en mi vida que agradezco que mi padre me llevara de acampada cuando era niña. Gracias a su tutela, me siento a gusto con la naturaleza en todo su apogeo. Insectos, serpientes, lagartijas: no me molestan. Tendría que tener cuidado con ciertas especies, pero, por lo general, no les tengo miedo.

Temo más a las lagartijas que me trajeron a esta isla.

Ahora que estoy lejos de Beth, puedo pensar con más claridad.

No tiene un cuerpo esbelto y tonificado por hacer un poquito

de cardio y de yoga en el gimnasio. Es fuerte —puede que como algunos hombres— y, sin duda, mucho más fuerte que yo.

También parece haber recibido algún entrenamiento especial. ¿Quizá artes marciales? Desde luego, cometí el error de intentar apresarla. Debería haberla acuchillado por la espalda cuando no estaba mirando.

Aunque no es demasiado tarde. Puedo regresar a la casa a hurtadillas y sorprenderla. Necesito tener acceso a internet y lo necesito ahora, antes de que Julian vuelva.

No sé qué me haría por haber atacado a Beth, pero tampoco quiero saberlo.

CAPÍTULO 10

A LA MAÑANA SIGUIENTE, ME DESPIERTO CON UNA SENSACIÓN EXTRAÑA. PARECE como si...

—¡Mierda!

Doy un salto e intento quitarme una araña de patas largas que se me acerca poco a poco al brazo. La araña sale volando. Atacada, me sacudo la cara, el pelo y el cuerpo para quitarme cualquier bicho asqueroso que tenga.

Vale, no es que me den miedo las arañas, sino que no me gusta nada tenerlas encima. Desde luego, no es la manera más agradable de despertarse.

Las pulsaciones vuelven a estabilizarse poco a poco y evalúo la situación. Tengo sed y me duele todo el cuerpo por haber dormido en un suelo duro. Me siento sucia y me duelen los pies. Levanto una pierna y me miro la planta del pie. Estoy casi segura de que tengo sangre seca.

Me suenan las tripas porque tengo hambre. Anoche no cené y me muero de hambre.

Lo bueno es que Beth no me ha encontrado aún.

No sé qué voy a hacer ahora. ¿Quizá volver a la casa e intentar tenderle otra emboscada?

Pienso en ello y decido que probablemente sea lo mejor en este punto. Antes o después, Beth o Julian me encontrarán. La isla no es tan grande y no podré esconderme de ellos durante mucho tiempo. No puedo perder el tiempo, no vaya a ser que Julian vuelva antes de lo esperado. En un dos contra uno tengo

poco que hacer.

Cada vez tengo más hambre. Además, suelo marearme si no como a menudo. Puede que encuentre agua fresca, pero comida es más difícil. No sé de dónde saca Beth esos mangos. Si me escondo durante otro par de días, estaré demasiado débil para atacar a cualquiera, y aún menos a una mujer que podría ser una princesa guerrera.

Aunque puede que no me espere aún, cosa que podría aprovechar como factor sorpresa.

Por ello, respiro profundo y empiezo a caminar —o, mejor dicho, a cojear— hacia la casa. Sé que puede que no acabe bien, pero no puedo hacer otra cosa. O lucho ahora o seré una víctima siempre.

Tardo dos horas en regresar. Tengo que pararme y descansar a ratos, cuando mis pies no pueden aguantar el dolor.

Es paradójico que escapara porque tenía miedo al dolor y que haya terminado haciéndome tanto daño. Seguro que a Julian le encantaría verme así. «Puto pervertido».

Finalmente, logro llegar a la casa y me agacho detrás de unos arbustos grandes que hay cerca de la entrada principal. No sé si está cerrada o abierta, pero no creo que pueda entrar por esta puerta. Normalmente, Beth suele estar en el salón.

No, necesito una estrategia mejor.

Unos minutos más tarde, me dirijo con cuidado hacia la parte trasera de la casa, hacia el gran porche en que ayer atacué a Beth.

Para mi alivio, no hay nadie allí.

Con cuidado de no hacer ruido, abro la puerta con tela metálica y entro. Llevo una piedra grande en la mano. Preferiría llevar un cuchillo o una pistola, pero ahora mismo solo tengo una piedra.

Me dirijo a una de las ventanas caminando como un cangrejo. Para mi alegría, miro dentro y me encuentro que el salón está vacío.

Me pongo derecha y camino hacia la puerta de cristal que da al salón, entorno la puerta y entro.

La casa está totalmente en silencio. No hay nadie cocinando ni poniendo la mesa.

El reloj digital del salón marca las 7:12. Espero que Beth esté todavía durmiendo.

Sin soltar la piedra, entro a hurtadillas en la cocina y encuentro otro cuchillo. Con los dos objetos, me dirijo a la planta de arriba.

La habitación de Beth es la primera de la izquierda. Lo sé porque me la mostró cuando me enseñaron la casa.

Contengo la respiración, abro la puerta sin hacer ruido y... me quedo petrificada.

La persona a la que más temo está sentada en la cama: Julian. Ha vuelto antes de tiempo.



—HOLA, NORA.

El tono de su voz es aparentemente suave y su cara perfecta e inexpresiva; y, sin embargo, noto la rabia que le quema por dentro.

Me quedo mirándolo fijamente un segundo, inmóvil por el miedo. Solo puedo oír los latidos de mi corazón. Entonces empiezo a retroceder, aunque sin quitarle los ojos de encima. Tengo las manos levantadas enfrente de mí para defenderme, en una de ellas sostengo firmemente la piedra y en la otra el cuchillo.

En ese momento, unas manos de acero me agarran por los brazos desde atrás y me tuercen las muñecas, lo que me causa mucho dolor. Chillo y me resisto, pero Beth es demasiado fuerte. El cuchillo se gira hacia atrás en la mano y por poco me alcanza el hombro.

En tan solo un instante, Julian está encima de mí y me fuerza las manos para quitarme el cuchillo y la piedra. Beth me suelta y Julian me coge, sujetándome con firmeza mientras grito y me revuelvo en sus brazos.

Cuanto más me resisto, con mayor firmeza me agarra, hasta que me quedo sin fuerzas y casi me desmayo por la falta de aire.

Me recoge y me saca de la habitación de Beth. Para mi asombro, me lleva a la planta de abajo y se detiene enfrente de la

puerta de su despacho. Un panel pequeño se abre en el lateral de la puerta. Veo una luz roja que se mueve en la cara de Julian, como si fuera un láser en la caja de un supermercado.

Entonces se abre la puerta.

Reprimo mi sorpresa. La puerta del despacho se abre mediante un escáner de retina, algo que solo había visto en las películas de espías.

Cuando me mete en el despacho, vuelvo a intentar luchar contra él, pero es en vano. Sus brazos son inamovibles y me sujeta con firmeza.

De nuevo, me encuentro indefensa en sus brazos.

Lágrimas de profunda frustración recorren mi cara. Odio ser tan débil y que me puedan manejar tan fácilmente. No le cuesta ni respirar después de la pelea.

No sé qué me hará, quizá pegarme o forzarme brutalmente.

Sin embargo, cuando entramos en el despacho, me deja de pie.

En cuanto me suelta, doy unos pasos hacia atrás; necesito poner al menos cierta distancia entre los dos.

Me sonrío y veo algo inquietante en la belleza de esa sonrisa.

—Relájate, mi gatita. No te haré daño. Al menos no ahora.

Cuando miro, se acerca a un escritorio grande y abre un cajón, del que saca un mando. Señala hacia la pared de detrás de mí.

Me giro con cautela y me quedo mirando las dos pantallas planas que hay. Son de alta tecnología, nada que ver con las que suelo tener en casa.

La pantalla de la izquierda se enciende. La imagen es extraña porque es algo inesperado.

Parece una habitación bastante normal en la casa de alguien. La cama está sin hacer, las sábanas amontonadas en el colchón. Hay colgados pósteres de distintos jugadores de fútbol americano en la pared y un portátil en una mesa.

—¿La reconoces? —pregunta Julian.

Niego con la cabeza.

—Bien —dice—. Me alegro.

—¿De quién es la habitación? —pregunto, con cierto malestar en el estómago.

—¿No lo adivinas?

Me quedo mirándolo, sintiendo más frío a cada minuto que pasa.

—¿La de Jake?

—Sí, Nora. Es su habitación.

Entonces empiezo a temblar.

—¿Por qué aparece en tu televisión?

—¿Recuerdas cuando te dije que Jake estaría a salvo siempre que te comportaras?

Dejo de respirar por un momento.

—Sí...

Apenas se puede oír mi susurro.

En realidad, me había olvidado de la amenaza inicial a Jake, la experiencia del secuestro me había consumido demasiado. Para empezar, no me tomé la amenaza demasiado en serio, la verdad es que no, después de darme cuenta de que estábamos en una isla a miles de kilómetros de mi ciudad natal. En algún sitio de mi mente, me había convencido de que Julian no podía hacerle daño a Jake. Al menos, no desde la distancia.

—Bien —dijo Julian—. Así entenderás por qué estoy haciendo esto. No quiero encerrarte y que no puedas salir a ningún sitio ni hacer nada. Esta isla es tu nuevo hogar y quiero que seas feliz aquí...

¿Feliz aquí? Estoy más convencida que nunca de que está loco.

—Pero no puede ser si vas a hacer daño a Beth en cada intento inútil de escapar. Tienes que aprender que tus acciones tienen consecuencias.

El malestar se expande por todo el cuerpo.

—¡Perdón! ¡No lo haré nunca más! ¡De verdad, lo prometo! —digo de manera precipitada y confusa.

No sé si podré evitar lo que va a ocurrir, pero tengo que intentarlo.

—No volveré a hacer daño a Beth ni trataré de escapar. Por favor, Julian, he aprendido la lección.

Me mira triste.

—No, Nora. No la has aprendido. He tenido que volver hoy, acortando mi viaje de negocios por lo que has hecho. Beth no

está aquí para ser tu carcelera. No es su función. Está aquí para cuidarte, para asegurarse de que estás cómoda y contenta. No puedes pagar su amabilidad intentando matarla.

—No quería matarla. Solo quería... —Me detengo, no quiero revelarles mi plan.

—¿Pensaste que podías tomarla como rehén? —Julian me mira aún más asombrado—. ¿Para hacer qué? ¿Para conseguir que te sacara de la isla? ¿Para ayudarte a llegar al mundo exterior?

Lo miro, sin negarlo ni afirmarlo.

—Nora, déjame explicarte algo. Aunque te hubiera salido bien, lo que es prácticamente imposible porque Beth es capaz de enfrentarse a mucho más que una chiquilla, no hubiera podido ayudarte. Cuando salgo de la isla, el avión también. No hay ni barco ni ningún otro medio de salir de la isla.

Sus palabras confirman lo que ya sospechaba por las exploraciones que he hecho. Pero aún esperaba que...

—Y soy el único que tiene acceso a mi despacho. No hay ni ordenador ni ningún dispositivo de comunicación en otra parte de la casa. Beth solo puede enviarme un mensaje directo a través de una línea especial que hemos establecido. Así que, como ves, mi gatita, hubiera sido de poca utilidad si la hubieras utilizado como rehén.

Demasiado para mi esperanza. Cada frase me hacía sentir más y más entre la espada y la pared. Si no me está mintiendo, la situación es mucho peor de lo que me temía.

Si Julian no me deja ir, estaré anclada en esta isla para siempre.

Quiero gritar, llorar y tirar cosas, pero no puedo derrumbarme ahora, sino todo lo contrario. Asiento y finjo estar tranquila y ser congruente.

—Lo entiendo. Lo siento, Julian. No sabía nada de todo esto. No intentaré escaparme de nuevo y no haré daño a Beth. Por favor, créeme...

—Me gustaría creerte, Nora —parece que se estuviera arrepintiendo—, pero no puedo. No me conoces aún, no estás segura de si puedes creerme. Necesito demostrarte que soy un

hombre de palabra. Cuanto antes aceptes lo inevitable, más feliz serás.

Tras esto, coge algo similar a un teléfono de su bolsillo. Presiona un botón, espera un par de segundos y después dice de manera brusca:

—Puedes proceder.

Entonces centra su atención en la pantalla.

Yo también miro y siento una punzada de dolor en el estómago.

En la televisión sigue viéndose que no hay nadie en la habitación, pero unos segundos más tarde, la puerta se abre y entra Jake.

Parece aterrorizado. Tiene uno de los ojos cerrado por la inflamación y la nariz descentrada, como si la tuviera rota. Detrás de él, hay una persona grande y enmascarada que lleva una pistola.

Un resoplido de terror se escapa entre mis labios.

—Por favor, no...

No me percaté de que me muevo, pero tengo las manos en el brazo de Julian, tirándole por la desesperación.

—Observa, Nora.

No veo ninguna emoción en la cara de Julian mientras me coloca entre sus brazos, sujetándome para que mire la televisión.

—Quiero que aprendas de una vez que tus acciones tienen consecuencias.

Entonces en la pantalla se ve cómo el secuaz enmascarado coge a Jake...

—¡No!

Y le golpea muy fuerte en la cara con la culata de la pistola. Jake tropieza hacia atrás. Le chorrea sangre de uno de los extremos de la boca.

—Por favor, no.

Sollozo y lucho contra el abrazo férreo de Julian. Pego los ojos a la violenta escena que tiene lugar a miles de kilómetros.

El agresor de Jake es implacable, le pega una y otra vez. Grito, al sentir cada golpe dentro de mi corazón. Cada golpe brutal al cuerpo de Jake está matando algo en mi interior. La esperanza en

un futuro mejor que me mantenía cuerda hasta ahora.

Cuando Jake se cae y se pone de rodillas, el hombre le golpea en las costillas y oigo el llanto de dolor de Jake.

—Por favor, Julian —susurro, derrotada y desplomándome en sus brazos—. Por favor, para...

Sé que le estoy rogando piedad a un hombre que no la tiene. Está matando a Jake enfrente de mí y no puedo hacer nada para evitarlo.

Mi secuestrador permite que la paliza siga durante otro minuto, entonces me suelta y saca su teléfono. Lo miro fijamente, temblando de pies a cabeza. No me atrevo ni a tener esperanza.

Julian escribe un mensaje deprisa. En la pantalla veo que el agresor se para y se mete la mano en el bolsillo.

Entonces se detiene totalmente y sale de la habitación.

Lo deja en el suelo, lleno de sangre. Permanezco pegada a la pantalla, necesito saber que está vivo. Después de un minuto, oigo sus llantos y lo veo levantarse. Cojea hacia el teléfono, se mueve como un anciano en vez de como un joven atleta.

Lo oigo llamar a emergencias.

Me caigo al suelo y me cubro la cara con las manos.

Julian ha ganado.

Sé que mi vida ya no me pertenecerá nunca más.

CAPÍTULO 11

CUANDO ME LEVANTO A LA MAÑANA SIGUIENTE, JULIAN SE HA VUELTO A IR.

En realidad, no recuerdo lo que ocurrió ayer después de desmayarme en su despacho. El resto del día está borroso en mi memoria. Es como si el cerebro se hubiera desconectado, incapaz de procesar la violencia de la que fue testigo. Recuerdo vagamente que Julian me levantó del suelo y me llevó a la ducha. Debí de bañarme y vendarme los pies porque están envueltos con gasas y me duelen mucho menos al caminar.

No sé si anoche follamos. Si fue así, fue muy suave porque no tengo molestias. Recuerdo haber dormido juntos en la cama; me envolvía con todo su cuerpo.

De alguna forma, lo que ocurrió simplifica las cosas. Cuando no queda esperanza ni posibilidad, todo está más claro. Lo cierto es que Julian es quien tiene la sartén por el mango. Soy suya mientras desee tenerme. No tengo escapatoria, no hay manera de salir.

Una vez que lo acepto, mi vida se vuelve más fácil. Sin darme cuenta, ya llevo nueve días en la isla.

Beth me lo dice durante el desayuno.

Ya he empezado a tolerar su presencia. No puedo hacer otra cosa, sin Julian aquí, es mi única fuente de comunicación humana. Me alimenta, me viste y va limpiando detrás de mí. Es como mi niñera, salvo que es joven y a veces malvada. No creo que me haya perdonado del todo por haber intentado golpearle la cabeza. Hirió su orgullo o algo así.

Intento no molestarla mucho. Salgo de la casa durante el día y paso la mayor parte del tiempo en la playa o explorando el bosque. Vuelvo a la casa para las comidas y para coger otro libro para leer. Beth me dijo que Julian traería más libros cuando hubiera terminado con los ciento y pico que tengo en la habitación.

Debería estar deprimida, lo sé. Debería estar amargada y furiosa todo el rato y odiar a Julian y a la isla. A veces lo hago, pero ser constantemente la víctima consume demasiada energía. Cuando tomo el sol, absorbo en un libro, no odio nada. Simplemente, dejo que la imaginación del autor me haga volar.

Intento no pensar en Jake. La culpa es insoportable. Lógicamente, sé que lo hizo Julian, pero no puedo evitar sentirme responsable. Si no hubiera salido con Jake, nunca le habría pasado. Si no me hubiera acercado a él durante esa fiesta, no lo habrían golpeado salvajemente.

Todavía no sé quién es Julian o cómo puede tener tanto poder. Cada vez es más misterioso para mí.

Quizá forma parte de la mafia, lo que explicaría los matones a sueldo que tiene. Por supuesto, también podría ser un mero rico excéntrico con tendencias sociópatas. De verdad que no lo sé.

Por las noches, a veces lloro hasta quedarme dormida. Echo de menos a mi familia y a mis amigos. Echo de menos salir y bailar en un pub. Echo en falta el contacto humano. No soy una persona solitaria por naturaleza. En casa, siempre estaba en contacto con la gente, ya fuera por Facebook o Twitter o salía a dar una vuelta con mis amigos por el centro comercial. Me gusta leer, pero no es suficiente. Necesito más.

La cosa empeora tanto que intento hablarlo con Beth.

—Estoy aburrida —digo durante la cena.

Toca pescado de nuevo. El otro día me enteré de que ella misma lo había capturado cerca de la cala que hay al otro lado de la isla. Esta vez, con salsa de mango. Menos mal que me encanta el pescado porque aquí me ponen mucho.

—¿En serio? —parece que le hace gracia—. ¿Por qué? ¿No tienes suficientes libros que leer?

Pongo los ojos en blanco.

—Sí, todavía me quedan setenta o por ahí, pero no tengo nada más que hacer.

—¿Quieres venir a pescar mañana? —pregunta, con una mirada burlona.

Sabe que no es que le tenga demasiado aprecio y espera que rechace su oferta de inmediato. Sin embargo, no sabe hasta qué punto necesito hablar con alguien.

—De acuerdo —digo, sorprendiéndola.

Nunca he ido a pescar y me imagino que no es una actividad demasiado divertida, sobre todo, si Beth va a estar siendo sarcástica todo el tiempo. Aun así, haría cualquier cosa por romper con la rutina.

—Vale —dice—. La mejor hora para pescar es al amanecer. ¿Seguro que te apetece?

—Sí —contesto.

Normalmente odio levantarme temprano, pero como aquí duermo mucho, estoy segura de que no será tan malo. Duermo casi diez horas todas las noches y a veces también una siesta con el sol de mediodía. Es absurdo en realidad. El cuerpo parece creer que estoy de vacaciones en algún retiro tranquilo. También tiene ventajas no tener internet u otras distracciones; creo que nunca en la vida me he sentido tan descansada.

—Entonces será mejor que te vayas a la cama pronto porque me pasaré por tu habitación temprano —me advierte.

Asiento y termino la cena. Luego, me dirijo a la habitación y lloro hasta que me quedo dormida de nuevo.



—¿CUÁNDO VUELVE JULIAN? —PREGUNTO, MIENTRAS VEO CÓMO PREPARA EL CEBO en el anzuelo.

Lo que está haciendo parece asqueroso, me alegra que no me pida que la ayude.

—No lo sé —dice Beth—. Volverá cuando se haya hecho cargo del negocio.

—¿Qué tipo de negocio? —Ya se lo había preguntado, pero esperaba que me respondiera en algún momento.

Suspira.

—Nora, deja de fisgonear.

—¿Qué más da que lo sepa? —La miro con cara de frustración—. No voy a ir a ningún sitio durante un tiempo. Solo quiero saber quién es, solo eso. ¿No crees que es normal que tenga curiosidad en mi situación?

Vuelve a suspirar y lanza el anzuelo al océano con un movimiento suave y practicado muchas veces.

—Por supuesto que sí. Pero Julian te contará todo si quiere que lo sepas.

Respiro profundamente. Ya veo que no voy a llegar a ningún sitio con este tipo de preguntas.

—Eres muy fiel a él, ¿eh?

—Sí —dice, sentándose a mi lado—. Sí que lo soy.

Porque él le salvó la vida. También tengo curiosidad sobre eso, pero sé que es un asunto delicado.

—¿Cuánto tiempo hace que os conocéis? —pregunto.

—Pues unos diez años —responde.

—¿Desde que tenía diecinueve?

—Sí, así es.

—¿Cómo os conocisteis?

Aprieta la mandíbula.

—No es asunto tuyo.

¡Ajá! Siento que de nuevo me vuelvo a acercarme al tema en cuestión y decido seguir.

—¿Fue cuando te salvó la vida? ¿Fue entonces cuando lo conociste?

Me mira con los ojos casi cerrados.

—Nora, ¿qué te he dicho sobre husmear en asuntos ajenos?

—Vale, está bien.

Que no me responda es una respuesta suficiente para mí. Paso a otro tema de interés.

—¿Por qué me trajo Julian aquí, a esta isla, quiero decir? Si ni siquiera está.

—Volverá pronto. —Me lanza una mirada irónica—. ¿Por qué? ¿Lo echas de menos?

—No, por supuesto que no. —La miro con menosprecio.

Levanta las cejas.

—¿En serio? ¿Ni un poco?

—¿Por qué iba a echar de menos a ese monstruo? —Le suelto, con un enfado incontrolable que emana del fondo del estómago —. ¿Después de lo que me ha hecho? ¿De lo que le ha hecho a Jake?

Se ríe un poco.

—Me parece que la señorita protesta demasiado...

Me pongo de pie, incapaz de soportar ni un segundo más el tono de burla con que me habla. En este momento, la odio tanto que la apuñalaría con un cuchillo si lo tuviera a mano. Nunca he perdido la paciencia, pero Beth hace que saque lo peor de mí.

Por suerte, vuelvo a recuperar el control antes de que estalle y haga el ridículo. Respiro profundamente, finjo que me levanto. Camino hacia el agua, examino la temperatura con el dedo del pie y vuelvo hacia Beth y me siento.

—El agua está muy caliente a este lado de la isla —digo con calma, como si no estuviera ardiendo por el enfado que tengo.

—Sí, parece que a los peces les gusta —me contesta con el mismo tono—. Suelo pescar peces muy bonitos en esta zona.

Asiento y miro hacia el agua. El sonido de las olas es suave y me ayuda a controlarme. No termino de comprender por qué he reaccionado tan mal a su provocación. Tenía que haberle lanzado una mirada despectiva y descartar con frialdad su sugerencia ridícula. Sin embargo, he saltado con su provocación.

¿Habría algo de verdad en sus palabras? ¿Por eso me irritan tanto? ¿Echo de menos a Julian en realidad?

La idea es tan repelente que me dan ganas de vomitar.

Intento pensar en ello de manera lógica por un momento para organizar la mezcla de sentimientos confusos que tengo en el pecho.

Vale, sí, una pequeña parte de mí está molesta por que me haya dejado aquí en la isla, solo con la compañía de Beth. Para alguien que supuestamente me quería lo suficiente como para secuestrarme, Julian no está siendo muy atento.

No es que quiera su atención. Solo quiero que se quede tan lejos de mí como sea posible. Pero al mismo tiempo me ofende

que esté fuera. Es como si no fuera lo bastante atractiva para que él quiera estar aquí.

En cuanto analizo todo de manera racional, veo lo absurdos que son mis sentimientos contradictorios. Todo es absurdo, tengo que quitármelo de la cabeza.

No voy a ser una de esas chicas que se enamora de su secuestrador. Me niego. Sé que estar en esta isla ya está fastidiándome bastante y no voy a dejar que eso pase.

Quizá no sea capaz de escapar de Julian, pero puedo evitar que me afecte.



JULIAN VUELVE A LOS DOS DÍAS.

Me doy cuenta de que ha vuelto cuando me despierta durante la siesta en la playa.

En un primer momento creo que estoy soñando. En el sueño, estoy en mi cama calentita y a salvo. Unas manos suaves me rozan entera, me calman, me acarician. Arqueo la espalda hacia ellas; me encanta sentir su tacto en la piel y me dejo llevar por el placer que me proporcionan.

Y entonces noto unos labios cálidos en la cara, el cuello, la clavícula. Gimo suavemente, las manos se vuelven más exigentes, empiezan a bajarme los tirantes del top del bikini y a deslizarme las braguitas a juego por las piernas...

Mi cerebro medio dormido empieza a reparar en lo que está pasando y me despierto con un grito ahogado; la adrenalina me corre por las venas.

Julian está inclinado sobre mí y me mira con esa sonrisa oscura pero angelical. Ya estoy desnuda, tumbada encima de la gran toalla de playa que Beth me ha prestado esta mañana. Él también está desnudo... y está tremendamente excitado.

Lo miro con el corazón desbocado con una mezcla de excitación y temor.

—Has vuelto —digo, constatando lo evidente.

—Sí —murmura al tiempo que se inclina y me besa el cuello otra vez. Lo tengo encima antes de poder ordenar mis

pensamientos dispersos; con la rodilla me separa los muslos y la erección me roza ya la delicada entrada del sexo.

Cierro los ojos con fuerza mientras empieza a penetrarme. Estoy mojada, pero siento una tirantez incómoda cuando me penetra por completo. Se detiene un segundo, deja que me recoloque, y entonces empieza a moverse despacio primero y acelerando el ritmo después.

Sus embestidas me aprietan contra la toalla y noto cómo la arena se mueve bajo mi espalda. Me aferro a sus fuertes hombros; necesito algo a lo que agarrarme cuando se me despierta una tensión familiar en el vientre. La punta del pene me roza ese punto sensible de mi interior y jadeo, arqueando la espalda para albergarlo mejor. Deseo sentir más esa intensidad, quiero que me lleve al clímax.

—¿Me has echado de menos? —me murmura al oído mientras se mueve algo más despacio, lo justo para que no alcance el orgasmo.

Soy lo suficientemente coherente como para negar con la cabeza.

—Mentirosa —susurra, y sus embestidas se vuelven más fuertes, más violentas. Sin compasión, sigue llevándome al éxtasis hasta que empiezo a gritar y le arañó la espalda en un gesto de frustración porque no logro ese clímax esquivo.

Pero entonces por fin llego y mi cuerpo estalla al tiempo que el orgasmo me recorre entera y me deja débil y jadeante a su paso.

Con un arrebató que me sobresalta, se retira y me tumba boca bajo.

Grito, asustada, pero él se limita a penetrarme de nuevo y a seguir follándome por detrás, con su cuerpo largo y pesado sobre el mío. Me envuelve por completo; tengo el rostro contra la toalla y apenas puedo respirar. Solo lo noto a él: el vaivén de su gruesa polla dentro de mí, el calor que emana de su piel. En esta postura, sigue más y más, más adentro que de costumbre, y no puedo contener los jadeos que se me escapan por la garganta cuando su polla choca contra mi cérvix con cada embestida de sus caderas. Con todo, la incomodidad no evita que vuelva a

notar esa presión en mi interior y vuelva a alcanzar el clímax, con los músculos de mi sexo tensándose alrededor de su miembro.

Él gime con fuerza y entonces noto que él también se corre; le late la polla, que se sacude dentro de mí, y su pelvis se hunde entre mis nalgas. Eso intensifica mi orgasmo y me colma de placer. Es como si estuviéramos entrelazados, porque mis contracciones no se detienen hasta que no terminan las suyas.

Después, se da la vuelta, me suelta y respiro de manera irregular. Con los brazos y piernas débiles y pesados, me levanto y camino a cuatro patas para encontrar el biquini. Me lo pongo mientras me mira, esbozando una sonrisa con sus bonitos labios. No parece tener prisa por vestirse, pero yo no puedo soportar estar desnuda cerca de él, me siento demasiado vulnerable.

No paso por alto lo irónico del asunto. Por supuesto que soy vulnerable, tanto como una mujer puede ser: completamente a merced de un loco despiadado. Un par de prendas no me van a proteger de él.

Nada me protegerá si decide hacerme daño de verdad.

Mejor no pensar en ello.

—¿Dónde has estado? —le pregunto.

La sonrisa de Julian se hace más grande.

—Me has echado de menos después de todo.

Lo miro sarcásticamente e intento hacer como si no viera que está desnudo y tumbado a tan solo unos metros de mí.

—Sí, te he echado de menos.

Se ríe, sin desanimarse por mi actitud sarcástica.

—Lo sabía.

Se levanta y se pone el bañador que estaba en la arena junto a nosotros. Se gira hacia mí, me ofrece la mano y me pregunta:

—¿Un baño?

Me quedo mirándolo fijamente. ¿Está diciéndolo en serio? ¿Espera que me bañe con él como si fuéramos amigos o algo así?

—No, gracias —digo, dando un paso hacia atrás.

Frunce el ceño un poco.

—¿Por qué no, Nora? ¿No sabes nadar?

—Claro que sí —digo indignada—. Es solo que no quiero nadar contigo.

Eleva las cejas.

—¿Por qué no?

—Quizá porque... ¿te odio?

No sé porque estoy tan valiente hoy, pero parece que el tiempo me ha hecho temerlo menos o quizá sea que hoy parece tener un humor más suave y alegre y, por eso, me asusta menos.

Me sonrío de nuevo.

—No sabes qué es odiar, mi gatita. Puede que no te guste lo que hago, pero no me odias. No puedes. No está en tu forma de ser.

—¿Qué sabes tú de mi forma de ser?

No sé por qué, pero sus palabras me ofenden. ¿Cómo se atreve a decir que no puedo odiar a mi secuestrador? ¿Quién se cree que es para decirme lo que puedo o no puedo sentir?

Me mira, con los labios aún curvados y sonriendo.

—Sé que has recibido una educación normal, Nora —dice con suavidad—. Sé que te criaste en el seno de una familia cariñosa, que tenías buenos amigos y novios decentes. ¿Cómo puedes saber realmente qué es odiar?

Me quedo mirándolo fijamente.

—¿Y tú? ¿Tú lo sabes?

Su expresión se enfría.

—Desafortunadamente, sí —dice, con un tono que indica que dice la verdad.

Una sensación de malestar me llena el estómago.

—¿Me odias a mí? —susurro—. ¿Por eso me haces esto?

Para mi gran alivio, parece sorprenderse.

—¿Odiarte? No, claro que no te odio, mi gatita.

—¿Entonces por qué? —vuelvo a preguntar, decidida a conseguir algunas respuestas—. ¿Por qué me secuestraste y me trajiste aquí?

Me mira, con unos ojos increíblemente azules que contrastan con su piel morena.

—Porque te quería, Nora. Ya te lo dije; y porque no soy un hombre demasiado amable. Pero de eso ya te habrás dado cuenta, ¿no?

Trago saliva y miro hacia la arena. Ni siquiera se avergüenza

un poco de sus acciones. Julian sabe que lo que hace está mal, pero no le importa nada.

—¿Eres un psicópata?

No sé lo que me lleva a preguntarle eso. No quiero que se enfade, pero no puedo evitar querer entender algo. Contengo la respiración y levanto la vista para mirarlo de nuevo.

Por suerte, no parece que la pregunta lo haya ofendido. Más bien, está pensativo. Se sienta a mi lado en la toalla.

—Quizá —dice tras unos segundos—. El médico pensaba que podía estar al límite de ser un psicópata. No marqué todas las opciones, así que no hay un diagnóstico definitivo.

—¿Has ido al médico?

No sé por qué me extraña. Quizá porque no parece un tipo que vaya al loquero.

Me sonrío.

—Sí, durante un tiempo.

—¿Por qué?

Se encoge de hombros.

—Porque pensé que ayudaría.

—¿Que te ayudaría a ser menos psicópata?

—No, Nora. —Me mira de manera irónica—. Si fuera un psicópata de verdad, nada podría remediarlo.

—¿Entonces para qué?

Sé que estoy indagando en asuntos demasiado personales, pero es como si me debiera algunas respuestas. Además, si no puedes conocer más a alguien tras follar con él en la playa, ¿entonces cuándo?

—Eres una gatita curiosa, ¿verdad? —dice con suavidad mientras me pone la mano en el muslo—. ¿Estás segura de que lo quieres saber, mi gatita?

Asiento y procuro obviar que tiene los dedos a tan solo un par de centímetros de la línea del biquini. El contacto es excitante y molesto, lo que me desconcierta un poco.

—Fui a un terapeuta después de matar a los hombres que asesinaron a mi familia —dice con un tono tranquilo mientras me mira—. Pensaba que me ayudaría a vivir con ello.

Me quedo mirándolo perpleja.

—¿A vivir superando que los mataste?

—No —dice—. A vivir con que quería matar a más personas.

Se me revuelve el estómago y se me eriza la piel de la zona que toca Julian. Acaba de admitir algo tan horrible que no sé ni cómo actuar.

Como si fuera en la distancia, oigo a mi propia voz preguntarle.

—¿Te ayudó a vivir con ello? —digo con tranquilidad, como si estuviéramos hablando del tiempo.

Se ríe.

—No, mi gatita, no me ayudó. Los médicos son inútiles.

—¿Has matado a más?

El aturdimiento que me cubre se disipa y siento que empiezo a temblar.

—Sí —dice con una oscura sonrisa en los labios—. ¿Contenta ahora de haber preguntado?

Mi sangre se congela. Sé que debería dejar de hablar, pero no lo puedo evitar.

—¿Me vas a matar?

—No, Nora —dice exasperado por un momento—. Ya te lo dije.

Me humedezco los labios secos.

—Sí. Me vas a hacer daño cuando quieras.

No lo niega. Se levanta y me mira.

—Voy a darme un baño. Puedes venir si quieres.

—No, gracias —digo lentamente—. Ahora no me apetece.

—Como gustes —dice.

Después, da varias zancadas hasta llegar al agua.

Todavía consternada, veo su gran figura de hombros anchos adentrarse cada vez más en el océano. Su pelo brilla con el sol.

El demonio lleva puesta una máscara preciosa.

CAPÍTULO 12

DESPUÉS DE LO QUE ME HA DESVELADO JULIAN EN LA PLAYA, NO ME APETECE preguntarle nada más durante un tiempo. Ya sabía que me había secuestrado un monstruo y de lo que me he enterado hoy solo lo confirma aún más. No sé por qué se ha abierto tanto conmigo y me asusta.

Durante la cena, permanezco bastante callada, solo respondo a las preguntas que me hacen directamente. Hoy Beth cena con nosotros; ellos mantienen una conversación animada, sobre todo, acerca de la isla y de cómo pasábamos el tiempo Beth y yo.

—¿Estás aburrida, entonces? —me pregunta Julian después de que Beth le hable de que no tengo ganas de estar leyendo todo el rato.

Me encojo de hombros, sin querer darle más importancia. Después de lo de hoy, prefiero el aburrimiento a la compañía de Julian.

Sonríe.

—De acuerdo. Tendré que ponerle remedio a eso. Te traeré una televisión y un montón de películas la próxima vez que viaje.

—Gracias —digo inmediatamente mientras miro el plato.

Me siento tan triste que quiero llorar, pero tengo demasiado orgullo para hacerlo delante de ellos.

—¿Qué ocurre? —pregunta Beth, que se ha percatado de un comportamiento nada propio de mí—. ¿Estás bien?

—No, en realidad no —digo aferrándome a la excusa que me dio—. Creo que he tomado demasiado el sol.

Beth suspira.

—Te dije que no te quedaras dormida en la playa al mediodía. Afuera hace más de 35 °C.

Es verdad, ya me había advertido de ello, pero la pena de hoy no tiene nada que ver con el calor; tiene todo que ver con el hombre que está sentado al otro lado de la mesa. Sé que cuando se acabe la cena, me subirá a la habitación y volverá a follarme. Quizá me haga daño.

Le responderé, como siempre lo hago.

Lo peor es esto último. Golpeó a Jake y lo vi con mis propios ojos. Admitió que era un psicópata asesino. Debería estar asqueada, solo debería mirarlo con miedo y desprecio. Más repugnante es que sienta algo de deseo por él.

Es totalmente retorcido.

Estoy sentada aquí, picoteando algo, con cierta pesadez en el estómago. Me levantaría y me iría a la habitación, pero me temo que solo acelerará lo inevitable.

Por fin, se termina la cena. Julian me coge la mano y me lleva a la planta de arriba. Siento que voy a mi ejecución, aunque parezca demasiado dramático. Me dijo que no me mataría.

Ya en el dormitorio, se sienta en la cama y me pone entre sus piernas. Quiero resistirme, al menos pelear un poco, pero parece que el cerebro y el cuerpo no coinciden. Me quedo de pie sin decir nada, temblando de pies a cabeza, mientras me mira. Me recorre la cara con los ojos, prologándose hasta la boca, luego baja al escote, en el que se transparentan los pezones a través del fino tejido del vestido. Están erguidos, como si estuvieran excitados, pero creo que es porque estoy helada. Beth debe haber encendido el aire acondicionado por la noche.

—Muy bonita —dice al final, mientras levanta la mano y me acaricia un lado de la mandíbula con los dedos—. Qué piel tan suave y dorada.

Cierro los ojos, no quiero ni ver al monstruo que tengo delante de mí. «Quiero matar más... Quiero matar más». Sus palabras se repiten constantemente en mi mente, como si fuera una canción en modo repetición. No sé cómo apagarla, cómo retroceder en el tiempo y borrar los recuerdos de esta tarde de mi

mente. ¿Por qué insistí en saberlo? ¿Por qué investigué e indagué hasta que obtuve estas respuestas? Ahora solo puedo pensar en que el hombre que me está acariciando es un asesino despiadado.

Se inclina hacia mí, puedo sentir su aliento cálido en el cuello.

—¿Te arrepientes de haberme preguntando hoy? —me susurra al oído—. ¿Te arrepientes?

Me encojo, tengo los ojos abiertos de par en par. ¿También me lee la mente?

Se aparta y sonrío tras mi reacción. Hay algo en esa mirada que hace que la temperatura baje mucho. No sé lo que le pasa esta noche, pero sea lo que sea, me asusta más que nada de lo que haya hecho.

—Me tienes miedo, ¿verdad, mi gatita? —me dice con un tono suave, manteniéndome prisionera entre sus piernas—. Estás temblando como un flan.

Quiero negarlo, ser valiente, pero no puedo. Estoy asustada y estoy temblando.

—Por favor —susurro, sin saber ni siquiera lo que le estoy pidiendo, ya que aún no me ha hecho nada.

Me da un ligero empujón, liberándome. Retrocedo un par de pasos, contenta de poner algo de distancia entre nosotros.

Se levanta de la cama y sale de la habitación.

Me quedo mirándolo fijamente, incapaz de creer que me haya dejado sola. ¿Puede ser que ahora no quiera acostarse conmigo? Ya lo ha hecho en la playa.

Cuando estoy a punto de respirar por el alivio, Julian vuelve, con una bolsa negra de gimnasio en las manos.

Mi cara se queda helada. Pienso cosas horripilantes. ¿Qué tiene ahí: cuchillos, pistolas, algún instrumento de tortura?

Cuando saca una venda y un pequeño consolador, casi me muestro agradecida. «Juguetes eróticos». Tiene algunos juguetes eróticos en la bolsa. Así no me importa disfrutar del sexo cualquier día de la semana.

Por supuesto, con Julian puedes combinar sexo y tortura a la vez, como he sabido esta noche.

—Desnúdate, Nora —dice, mientras camina para volver a sentarse en la cama.

Coloca la venda y el consolador encima del colchón y me dice:
—Quítate la ropa poco a poco.

Me quedo helada. ¿Quiere que me quite la ropa mientras mira? Por un momento, pienso en negarme, pero luego comienzo a desvestirme torpemente con los dedos. Ya me ha visto desnuda hoy. ¿Qué consigue siendo ahora tan recatado? Además, aún siento un extraño aire que proviene de él. Los ojos le brillan de la emoción, una emoción que va más allá del simple deseo.

Es una emoción que hace que se me hiele la sangre.

Observa cómo se me cae el vestido por el cuerpo y cómo me quito las zapatillas. Mis movimientos son acartonados, rígidos y con miedo. Dudo que un hombre normal encuentre este striptease excitante, pero a él lo pone. Debajo del vestido, solo llevo puestas unas bragas de encaje de color crema. El aire frío me invade y los pezones se endurecen aún más.

—Ahora la ropa interior —dice.

Trago saliva y me bajo las bragas, que caen al suelo, doy un paso para dejarlas aparte.

—Buena chica —dice como aprobación—. Ahora acércate.

En esta ocasión, soy incapaz de obedecerlo. El instinto de supervivencia me grita a voces que tengo que huir, pero no hay lugar al que ir. Julian me atraparía si intentara salir y tampoco puedo escapar de esta isla.

Así que me limito a quedarme, desnuda y tiritando, helada en el sitio.

Julian se levanta. Contra todo pronóstico, no parece enfadado; de hecho, parece... contento.

—Creo que está bien empezar a entrenarte hoy —me dice a medida que se acerca a mí—. He sido demasiado blando contigo por tu falta de experiencia. No quiero romperte ni causarte daños irreparables.

El temblor se intensifica mientras da vueltas a mi alrededor como si fuera un tiburón.

—Pero necesito empezar a formarte en lo que quiero que seas, Nora. Estás muy cerca de la perfección, pero a veces hay ciertos fallos.

Me recorre el cuerpo hacia abajo con los dedos, me encojo

cuando me toca, pero no se inmuta.

—Por favor —susurro— por favor, Julian, lo siento.

No sé lo que siento, pero diría cualquier cosa ahora mismo con tal de evitar el entrenamiento, fuera lo que fuera.

Me sonrío.

—No es un castigo, mi gatita. Es solo que tengo ciertas necesidades, solo eso y quiero que tú las satisfagas.

—¿Qué necesidades?

Mis palabras apenas se pueden oír. No quiero saberlo, de verdad que no, pero no puedo parar de preguntar.

—Ya las verás —dice, rodeando sus dedos en mi brazo y llevándome hacia la cama.

Ya en la cama, coge la venda y la ata para cubrirme los ojos. Intento cogerle la cara, pero me retiene las manos tirándolas hacia abajo, de modo que me cuelgan por los lados.

Oigo ruidos de crujido, como si estuviera buscando algo más en la bolsa. El miedo me desgarras de nuevo y hago un movimiento convulsivo para quitarme la venda, pero me coge las muñecas y me las ata a la espalda.

Entonces empiezo a llorar, no hago ruido, pero siento cómo la venda se humedece por las lágrimas. Sé que ya estaba indefensa, incluso sin tener la venda o sin haberme atado las manos, pero el sentido de vulnerabilidad es mil veces peor ahora. Sé que hay mujeres a las que les va esto, que juegan a estos juegos con sus parejas, pero Julian no es mi pareja. He leído suficientes libros para saberme las reglas y sé que no las sigue. No hay nada de seguro, sensato o consentido en lo que está ocurriendo aquí.

Sin embargo, cuando Julian se me aproxima al interior de las piernas y me acaricia, me horrorizo al notar que estoy húmeda.

Esto le agrada. No dice nada, pero puedo sentir su satisfacción cuando comienza a jugar con el clítoris, metiendo en alguna ocasión la punta del dedo para controlar mi respuesta a su estimulación. Hace movimientos seguros, sin dudar. Sabe exactamente qué hacer para excitarme, cómo tocarme para llegar al orgasmo.

Odio la pericia que tiene para darme placer. ¿A cuántas mujeres les habrá hecho esto? Hay que tener práctica para que se

le dé tan bien excitar a una mujer, aunque esta tenga miedo o se muestre reticente.

Por supuesto, a mi cuerpo no le interesa nada de esto. Cada vez que me acaricia con los dedos, la tensión interior aumenta y se intensifica, la presión insidiosa empieza a acumularse debajo del estómago. Gimo, empujo las caderas hacia él de manera involuntaria mientras continúa jugando. Solo me toca ahí, solo ahí, pero parece suficiente para volverme loca.

—Oh, sí —murmura, agachándose para besarme en el cuello—. Ten un orgasmo para mí, mi gatita.

Como si fuera a obedecer su orden, se me contraen los músculos interiores... y, de repente, el clímax irrumpe con la fuerza de un tren de mercancías. Olvido mi miedo hacia él, olvido todo en ese momento, solo me acuerdo del placer que estalla en mis terminaciones nerviosas.

Sin tiempo para recuperarme, me empuja en la cama, bocabajo. Lo oigo moverse, hacer algo y después me levanta y me pone encima de un montón de almohadas, elevando mis caderas. Estoy colocada sobre la barriga, el trasero sobresale y con las manos atadas por detrás: más expuesta y vulnerable que nunca. Giro la cabeza a los lados para no asfixiarme.

Las lágrimas, que prácticamente habían parado, comienzan de nuevo. Tengo la terrible sospecha de que sé lo que me va a hacer ahora.

Cuando siento algo frío y húmedo entre las nalgas, mi sospecha se confirma. Me echa lubricante, preparándose para lo que tiene que venir.

—No, por favor.

Es como si me arrancara las palabras. Sé que rogarle es en vano. Sé que no tiene piedad, que lo pone verme así, pero no puedo evitarlo. No puedo aceptar esta violación adicional. No puedo.

—Por favor.

—Cállate, cariño —murmura mientras acaricia la curva de las nalgas con la palma—. Te enseñaré a disfrutar de esto.

Oigo más ruido y luego siento algo que empuja hacia mi interior, en la otra abertura. Me tensó, contraigo los músculos

con todas mis fuerzas, pero la presión es demasiado grande como para resistir y empieza a penetrarme.

—Para —gimo mientras empiezo a sentir un dolor que escuece.

Julian me escucha en esta ocasión y para un momento.

—Relájate, mi gatita —dice con suavidad, acariciándome la pierna con una mano—. Irá mejor si te relajas.

—Sácalo —le ruego—. Por favor, sácalo.

—Nora —dice, con un tono muy seco de repente—. Te he dicho que te relajes. Es tan solo un juguete pequeño. No te hará daño si te relajas.

—¿Hacerme daño no es el objetivo? —pregunto con rencor—. ¿No es eso lo que hace que te corras?

—¿Quieres que te haga daño? —pregunta con un tono suave, casi hipnótico—. Hará que tenga un orgasmo, sí... ¿Eso quieres, mi gatita? ¿Que te haga daño?

No, para nada quiero eso. Niego con la cabeza de forma casi imperceptible y hago lo que puedo para relajarme. No creo que lo consiga. La sensación de tener algo ahí empujando desde fuera es demasiado molesta.

No obstante, mis esfuerzos parecen complacerlo.

—Bien —tararea—. ¡Buena chica! Allá vamos...

Aplica una presión constante y el objeto ahonda más, pasa la resistencia del esfínter, centímetro a centímetro. Cuando ya está totalmente dentro, se detiene para que pueda acostumbrarme a la sensación.

Todavía siento el dolor ardiente, al igual que las náuseas por la sensación de saciedad. Me concentro en respirar tomando poco aire y sin moverme. Pasado un minuto, el dolor parece sosegarse y me deja desorientada al desconocer el objeto que tengo dentro.

Julian deja el objeto en mi interior y empieza a acariciarme el cuerpo entero de manera muy cariñosa. Empieza por los pies, los masajea, encuentra todos los nudos y los intenta quitar frotándolos. Luego sube a las pantorrillas y los muslos, que casi vibran por la tensión. Sabe cómo utilizar las manos con seguridad sobre mi cuerpo; lo que está haciendo es mejor que cualquier masaje que me hayan dado en la vida. A pesar de todo,

me derrito con cada caricia, los músculos parecen estrujarse bajo sus dedos. Cuando llega al cuello y los hombros, estoy tan relajada como no lo he estado desde que pisé esta isla. Si no hubiera tenido los ojos tapados y las manos atadas y si no hubiera estado sodomizada, habría pensado que estaba en un spa.

Cuando saca el juguete unos veinte minutos después, sale directamente, sin molestias. Vuelve a meterlo y el dolor es mínimo; si acaso, es... interesante... sobre todo, cuando alcanza el clítoris con los dedos y vuelve a estimularlo.

No puedo resistir el placer que me dan esos dedos. ¿Para qué? Prefiero el placer al dolor cualquier día de la semana. Julian me va a hacer lo que quiera y puede que hasta disfrute en algunos momentos.

Alejo de mi mente lo incorrecto de todo esto y dejo que vague libre. No puedo ver nada con la venda, tampoco puedo aguantar mucha guerra con las manos atadas detrás de la espalda. Estoy totalmente indefensa, pero hay algo liberador en ello. No tiene sentido preocuparse ni pensar. Me dejo llevar en la oscuridad, con gran concentración de endorfinas por el masaje.

Me hace el amor con el juguete, metiéndolo y sacándolo, mientras presiona con los dedos sobre el clítoris. Sus movimientos son rítmicos y coordinados. Gimo a medida que mi vagina empieza a vibrar y la presión interior aumenta con cada empujón. De golpe, la tensión sube demasiado y hay un impulso intenso de placer, que empieza en el núcleo de todo e irradia hacia fuera. Mis músculos frenan el juguete y esa sensación inusual intensifica el orgasmo. Soy incapaz de controlarme, gimo, frotándome con los dedos de Julian. Quiero que el éxtasis dure para siempre.

No obstante, todo acaba demasiado deprisa y a continuación me quedo muy débil y temblando. Por supuesto, Julian no ha terminado, ni mucho menos. Justo cuando empiezo a recuperarme, me saca el juguete y mete un objeto diferente más grande. Me doy cuenta de que es su pene; tenso de nuevo a medida que empieza a empujar.

—Nora.

Hay cierto deje de advertencia en su voz y sé lo que quiere, pero no sé si podré hacerlo. No sé si puedo relajarme lo suficiente para dejarlo que me penetre. Su pene es demasiado grande, ancho y largo. No entiendo cómo algo tan grande puede entrar sin hacerme daño.

Pero persiste y siento cómo los músculos ceden poco a poco, incapaces de resistir la presión que hay. El glande empuja y pasa el anillo del esfínter y grito por la sensación de quemazón y estiramiento.

—Silencio —dice con suavidad, acariciándome en la espalda a medida que lo va metiendo poco a poco.

—Shhh... todo está bien...

Cuando ya está dentro, estoy temblando y sudando. Sí, hay dolor, pero también es novedoso tener algo tan grande que me penetra de una manera tan extraña y poco natural. Sé que la gente lo hace —y que les da placer— pero no puedo imaginarme hacerlo voluntariamente.

Se detiene y me deja que me adapte a la sensación y gimo suavemente: deseo con todas mis fuerzas que acabe. Es paciente, me acaricia con sus manos fuertes, intenta relajarme, hasta que me sosiego y dejo de llorar y de sentir que me voy a desmayar.

Siento que las molestias parecen disminuir y empieza a moverse dentro de mí, lenta y cuidadosamente. Puedo oír su respiración fuerte y sé que está controlándose, que quizá me quiere penetrar de forma más brusca, pero está tratando de «no causarme daños irreparables». Sin embargo, sus movimientos hacen que se me revuelvan las tripas, lo que me lleva a gritar con cada penetración.

Y justo cuando creo que ya no lo puedo soportar más, me pasa una mano por debajo de las caderas y alcanza el clítoris inflamado. Sus dedos son delicados; me roza con la suavidad de la seda y empiezo a sentir un calor familiar en el vientre, mi cuerpo le responde a pesar de la violación. Lo que me hace no suprime el dolor, pero al menos me distrae y me permite centrarme en el placer. Nunca me había imaginado que el placer y el dolor pudieran coexistir de este modo, pero hay algo adictivo en la combinación, algo oscuro y prohibido que resuena en una

parte que no sabía que existía.

Acelera el ritmo y, de algún modo, lo mejora. Puede que algunas terminaciones nerviosas se hayan desensibilizado —o quizá que me esté acostumbrando a tenerlo dentro— el caso es que el dolor disminuye, casi desaparece. Me quedan un montón de sensaciones extrañas y desconocidas que me intrigan a su manera. Eso, unido al placer de sus dedos al jugar con mi clítoris, me excita hasta que gimo por una razón diferente, hasta que ruego a Julian que lo haga, que me transporte a otro planeta.

Y lo hace. Se me tensa y explota el cuerpo entero, se estremece con la fuerza de mi liberación. Gime cuando mis músculos le oprimen el pene y siento un calor húmedo que emana del pene, impregnándome; su salinidad hace que me escueza.

—Buena chica —me susurra al oído, mientras su pene se tranquiliza dentro de mí. Me besa en el lóbulo de la oreja y ese gesto tan dulce contrasta mucho con lo que me acaba de hacer, tanto que me deja desconcertada. ¿Así se comporta un secuestrador? Cuando saca el pene, me siento vacía y fría, casi como si echara de menos el calor que emana la presión de su cuerpo.

Pero no me deja sola por mucho tiempo. Me desata las manos primero y las masajea ligeramente, luego me quita la venda. Parpadeo para dejar que los ojos se puedan adaptar a la suave luz de la habitación. Muevo los brazos, abrazándome por los codos.

—Ven —me dice con dulzura, rodeándome el brazo con los dedos—. Tienes que ducharte.

Lo dejo que tire de mí y me lleve al baño. Me tiemblan las piernas, menos mal que me sujeta. No sé si podría llegar allí por mí misma.

Abre la ducha, espera que salga el agua caliente y nos metemos. Entonces empieza a lavarme el cuerpo, enjuagando todos los restos de lubricante y semen. Me echa champú y acondicionador en el pelo y me masajea la cabeza con los dedos, lo que me relaja de nuevo. Cuando termina, me siento limpia y cuidada.

—Ahora es tu turno —me dice, girándome la palma de la

mano y echando un poco de gel.

—¿Quieres que te lave? —pregunto incrédula.

Asiente y esboza una leve sonrisa. Cuando el agua le corre por el cuerpo tan musculoso, es incluso más increíble de lo habitual, como una especie de dios del mar.

Un monstruo del mar, mejor dicho. Un bonito monstruo del mar.

Continúa observándome con expectación, espera a ver si hago lo que me pide y mentalmente me encojo de hombros y me digo: ¿por qué no lavarlo? Al menos no me hará daño. Además, aunque lo odie, no puedo negar que tengo curiosidad por su cuerpo y tocarlo me parece emocionante.

Así que me froto las manos y con ellas le recorro el pecho, extendiendo el jabón por su piel bronceada. Levanta los brazos, le lavo las axilas y los costados y después la espalda.

Su piel es muy lisa, rugosa en algunas partes por el oscuro vello masculino. Siento los fuertes músculos contraerse bajo mis dedos. Me agrada la experiencia. En ese momento, casi puedo fingir que quiero estar aquí, que esta criatura impresionante es mi amante en vez de mi secuestrador.

Lo lavo meticulosamente, como me lavó él, le paso las manos llenas de jabón por las piernas y pies. Cuando llego al pene, empieza a endurecerse y me quedo helada al darme cuenta de que mis cuidados lo han excitado sin quererlo.

Interpreta bien mi reacción como si tuviera miedo.

—Tranquila, mi gatita —murmura, con un tono lleno de diversión—. Solo soy un hombre, ya lo sabes. Con lo excitante que eres, te puedes imaginar que necesito un rato para recuperarme del todo.

Trago saliva y me doy la vuelta, enjuagándome las manos con el chorro de agua. ¿Qué coño estoy haciendo? No me ha obligado a tocarlo. Lo he hecho por mi propia voluntad. Me lo ha pedido, pero estoy casi segura de que podría haber rechazado su petición y de que no habría pasado nada. El trasfondo oscuro que sentí esta tarde ya no sigue ahí; de hecho, Julian parece estar de mejor humor, su actitud es casi juguetona.

Quiero salir de la ducha, por lo que hago un movimiento para

que me deje. Me detiene y me bloquea el paso con su brazo.

—Espera —dice con un tono suave al tiempo que me inclina la barbilla hacia arriba con los dedos.

Inclina la cabeza y me besa con sus labios suaves y delicados en los míos. Una respuesta ahora familiar calienta mi cuerpo, con el deseo de frotarme contra él, como una gatita. Aunque no deja que vaya tan lejos. Pasado un minuto, levanta la cabeza y me sonrío, con unos ojos azules que brillan de satisfacción.

—Ahora puedes salir.

Confusa, salgo de la ducha, me seco y salgo de la habitación tan rápido como puedo.

CAPÍTULO 13

ESA NOCHE DESCUBRÍ LAS PESADILLAS DE JULIAN.

Después de ducharse, viene a mi cama. Su cuerpo musculoso me abraza por la espalda mientras me rodea el torso con su poderoso brazo. Al principio me pongo tensa, sin saber qué esperar, pero se limita a dormir pegado a mí. Está tan cerca que lo escucho respirar; contemplo la oscuridad y, poco a poco, me quedo dormida también.

Me despierta un ruido extraño que me sobresalta, abro los ojos de repente, y un subidón de adrenalina hace que el corazón me lata a mil por hora.

«¿Qué ha sido eso?».

Durante un rato ni siquiera me atrevo a respirar, pero entonces me doy cuenta de que el ruido procede del otro lado de la cama, del hombre que duerme junto a mí.

Me siento y lo miro. Parece que se ha ido a la otra punta de la cama durante la noche, y se ha llevado consigo todas las sábanas. Estoy completamente desnuda y destapada, de hecho, siento frío con el aire acondicionado a tope.

Los sonidos que salen de su boca se atenúan, pero hay algo en ellos que me pone la carne de gallina. Me recuerdan a los de un animal dolorido. Respira con dificultad, como si le faltara el aire.

—¿Julian? —digo titubeante.

No tengo ni idea de qué hacer en una situación así. ¿Debería despertarlo? Está claro que está teniendo un sueño desagradable. Lo recuerdo hablándome de su familia, todos ellos asesinados, y

no puedo evitar sentir lástima por este bello y extraño hombre.

Grita con voz baja y ronca y al ponerse boca arriba golpea la almohada con un brazo, a tan solo unos centímetros de mí.

—Eh, ¿Julian?

Me acerco con cuidado y le toco la mano. Murmura y gira la cabeza, profundamente dormido. Si estuviéramos en otro lugar que no fuera esta isla, sería el momento perfecto para escapar. Sin embargo, dada la situación, no puedo ir a ningún sitio, así que me quedo mirando a Julian con recelo y me pregunto si se despertará solo o si yo debería intentarlo con más ahínco.

Por un momento parece que se calma, se le suaviza un poco la respiración. De repente, grita de nuevo.

Esta vez es un nombre.

—María —dice con voz ronca—. María...

Sorprendida, durante un segundo siento una especie de ataque de celos. María... Está soñando con otra mujer. Entonces, mi parte racional se impone de nuevo. María podría ser su madre o su hermana y, si no lo fuera, ¿por qué debería preocuparme de que sueñe con ella? No es mi novio.

Así que trago saliva, me acerco a él de nuevo y reprimo los celos.

—¿Julian?

En cuanto le rozo el brazo, me agarra. Los movimientos son tan rápidos e inesperados que solo se me escapa un leve resuello, mientras tira de mí hacia él. Me rodea con los brazos y me resulta imposible escapar, el abrazo es casi asfixiante y puedo sentir cómo tiembla mientras me sujeta con fuerza contra él, con la cabeza pegada a su hombro. Tiene la piel fría y húmeda por el sudor y oigo cómo el corazón está a punto de salirse del pecho.

—María —murmura en mi pelo, mientras me clava los dedos en la espalda con tal fuerza que estoy segura de que mañana tendré moratones. Aunque, la verdad es que no me importa porque sé que no lo está haciendo conscientemente. Está en medio de una pesadilla y busca consuelo, y claro, yo soy la única persona que puede dárselo ahora mismo.

Al cabo de un rato, oigo como se le calma la respiración. Los brazos se relajan un poco, deja de apretarme con desesperación y

el corazón comienza a desacelerarse.

—María —susurra otra vez—. Aunque, ahora, pronuncia su nombre con menos dolor, como si estuviera reviviendo los buenos momentos que pasó con ella.

Dejo que me abrace, sin moverme, por temor a despertarlo de su, ahora, tranquilo descanso. No es el único que recibe consuelo aquí. A pesar de lo que me ha hecho, no puedo negar que a una parte de mí le gusta este sentimiento de cercanía, de seguridad. Pero, al mismo tiempo, él es lo único a lo que temer; lo sé. Aunque no me importa, porque siento que está luchando contra la oscuridad, que me protege de otros monstruos que puedan estar al acecho.

Del mismo modo que yo lo protejo de sus pesadillas.



A LA MAÑANA SIGUIENTE, CUANDO ME DESPIERTO, JULIAN SE HA VUELTO A IR.

—¿Dónde está? —pregunto a Beth en el desayuno, mientras la veo trocear un mango para mí. Todavía siento algunas molestias cuando me muevo, un recuerdo de las inclinaciones más exóticas de mi captor.

—Una emergencia en el trabajo —responde Beth, mientras mueve las manos con tal habilidad que no puedo más que admirarla—. Debería estar de vuelta en un par de días.

—¿Qué tipo de emergencia?

Beth se encoge de hombros.

—No tengo ni idea. Pregúntale a Julian cuando vuelva.

La miro, intentando entender lo que motiva a Julian y a ella a...

—Dices que soy la primera chica a la que trae aquí, a esta isla —digo como sin darle importancia—. ¿Y qué hizo con las demás?

—No ha habido otras. —Acaba de preparar el mango, me pone el plato delante y se sienta a desayunar.

—¿Y por qué me está haciendo esto? Sé que tiene gustos peculiares, pero seguro que hay más mujeres que le gustan.

Beth me sonrío.

—Por supuesto. Pero te quiere a ti.

—¿Por qué? ¿Qué tengo yo de especial?

—Eso se lo tienes que preguntar a él.

Otra vez sin respuesta. Tantas evasivas me dan ganas de gritar. Pincho un trozo de mango con el tenedor y me lo como despacio, pensando.

—¿Es por María? —No estoy segura de lo que me hace preguntar esto, salvo que no puedo quitarme ese nombre de la cabeza.

Parece que he hecho la pregunta correcta porque Beth deja de eludir las respuestas.

—¿Te ha hablado Julian de María? —pregunta sorprendida.

—La mencionó. —Lo que no es del todo mentira. Surgió, aunque Julian ni siquiera lo sabe—. ¿Por qué te sorprende?

Se vuelve a encoger de hombros, ya no parece tan sorprendida.

—Nada, ahora que lo pienso. Si se lo va a contar a alguien, probablemente sea a ti.

¿A mí? ¿Por qué? Me mata la curiosidad, aunque intento mantener una actitud indiferente, como si nada de esto fuera nuevo para mí.

—Por supuesto —digo tranquilamente mientras me como el mango.

—Conque lo entiendes, Nora —me dice mirándome—. Tienes que entenderlo, aunque sea un poco. Tu parecido con ella es asombroso. Vi la foto y podría haber sido tu hermana pequeña.

—¿Tanto? —digo intentando que no se me note la sorpresa en mi voz. El corazón se me sale del pecho. Es más de lo que esperaba y Beth me acaba de servir esta información en bandeja de plata.

Beth frunce el ceño.

—¿No te lo dijo?

—No —contesto—. No me contó mucho, la verdad. Solo su nombre, pronunciado en medio de una pesadilla.

Beth abre los ojos como si se diera cuenta de que, quizás, había desvelado más información de la que debiera. Durante un rato parece molesta, pero después suaviza la expresión.

—Ah, muy bien —dice—. Supongo que sabrás que tendré que

decírselo a Julian, claro.

Trago saliva y el trozo de mango me baja por la garganta como si fuera una piedra. No quiero que se lo cuente a Julian. No quiero imaginar lo que me hará si se entera de que sé que María existe, y que lo oí hablar de ella en un momento de vulnerabilidad.

Todo por culpa de mi curiosidad estúpida.

—¿Por qué? —pregunto intentando no mostrarme muy nerviosa—. Se va a enfadar contigo, no conmigo.

—Yo no estaría tan segura, Nora —dice Beth, mostrándome una leve sonrisa maliciosa.

—Y, además, no hace falta que yo guarde los secretos de Julian. Ya los guarda bien él y nunca se los cuenta a nadie.

Beth se levanta y comienza a lavar los platos.



ME PASO LOS DOS DÍAS SIGUIENTES ESPECULANDO SOBRE MARÍA Y PREOCUPADA POR el regreso de Julian.

¿Quién es? Por lo visto alguien que se parece mucho a mí. Tan parecida que podría ser mi hermana pequeña, según dijo Beth. ¿Qué edad tiene esta chica? ¿Qué tipo de relación tiene con Julian? Las preguntas me corroen, incluso me quitan el sueño. Entonces me escogió por mi parecido con ella, eso es evidente. Pero ¿por qué? ¿Qué le ocurrió? ¿Por qué aparece en sus pesadillas?

Quiero saber, entender y temo la reacción de Julian cuando vuelva y descubra que me he inmiscuido en su vida personal. Podría intentar explicarle que me enteré accidentalmente, que no quería invadir su intimidad; sin embargo, sospecho que mi captor no es comprensivo.

Beth no me cuenta nada más sobre María. En realidad, no habla mucho conmigo. Es una de esas personas raras que parecen felices estando solas. Si yo fuera ella, me volvería loca estando aislada en este lugar, no haciendo otra cosa más que cocinar, limpiar y cuidar del juguete sexual de Julian, pero parece que le gusta.

Yo, por el contrario, no estoy nada bien. No hago más que

pensar en mi vida anterior y echar de menos a mi familia y amigos. A estas alturas seguramente creerán que estoy muerta. Imagino que se habrá desplegado un amplio dispositivo para buscarme, pero dudo que haya dado resultado.

También pienso en Jake y me pregunto si se habrá recuperado de la paliza. Fue tan brutal lo que el matón de Julian le hizo... ¿Sabe Jake que es culpa mía? ¿Que es por mí por lo que le atacaron en su casa?

Respiro profundamente y me digo que no importa si lo sabe o no. Lo que hubiera podido haber entre nosotros ya es imposible. Ahora pertenezco a Julian, y no hay ninguna posibilidad de pensar en otro hombre.

De algún modo soy afortunada. Lo sé. Estoy segura de que muchas chicas acaban en peores circunstancias que yo. Una vez vi un documental sobre la esclavitud sexual y las imágenes de esas mujeres ojerosas me obsesionaron durante días. Parecían rotas, totalmente machacadas por lo que les habían hecho y que las rescataran no parecía acabar con el sufrimiento que reflejaban sus rostros.

Mi cautiverio es distinto. Es mucho más agradable y cómodo. Julian no está intentando destrozarme, y estoy agradecida. Puede que sea su esclava sexual, pero al menos es mi único amo.

Está claro que las cosas podrían ser peores.

O eso me digo mientras espero a que vuelva Julian, con la esperanza de que su reacción a mi intromisión no sea tan mala como me temo.

CAPÍTULO 14

JULIAN REGRESA EN MITAD DE LA NOCHE. CREO QUE NO ME HE DORMIDO profundamente porque me despierto con el leve murmullo de la conversación en la planta de abajo. El tono más grave de mi captor se intercala con el tono más femenino de Beth y tengo la firme sospecha de que sé de lo que están hablando.

Me siento en la cama, el corazón me va a mil por hora. Me levanto, me visto de prisa con la ropa del día anterior y corro al baño para refrescarme. La verdad es que no sé por qué me lavo los dientes ahora, pero lo hago. Quiero estar lo más despierta y preparada posible para lo que Julian decida hacerme, así que me siento en la cama y espero.

Al fin, Julian abre la puerta. Parece más cansado de lo habitual, está ojeroso y tiene barba de dos días, aunque suele estar bien afeitado. Estas imperfecciones no reducen su belleza, sino que lo humanizan un poco y, de alguna manera, realzan su atractivo.

—Estás despierta —dice con sorpresa.

—He oído voces —explico y lo miro con recelo.

—Y has decidido saludarme. Qué amable por tu parte, mi gatita.

Sé que se está burlando de mí, por eso, no digo nada, solo lo miro. Me sudan las manos, pero intento parecer calmada.

Se sienta a mi lado en la cama y levanta la mano para tocarme el pelo.

—Mi dulce niña —murmura mientras coge un mechón de

pelo y me hace cosquillas en la mejilla—. Qué gatita tan curiosa...

Trago saliva, se me acelera el pulso. ¿Qué me va a hacer?

Se levanta y comienza a desnudarme mientras lo miro, paralizada por una mezcla de miedo y un presentimiento extraño. Al quitarse la ropa deja al descubierto un cuerpo terriblemente masculino y me recorre entera una ola de deseo que me eleva la temperatura.

Lo deseo. A pesar de lo ocurrido, lo deseo y eso es lo peor de todo.

Seguro que me hará algo horrible y, aun así, lo deseo más de lo que nunca hubiera podido imaginar que se podía desear a alguien.

De perdidos al río.

—¿Le hiciste esto a María? —pregunto discretamente—. ¿La retuviste como tu juguete?

Me mira con sus ojos azules y misteriosos como el océano.

—¿Estás segura de que quieres saberlo, Nora? —Su voz es suave y en apariencia, calmada.

Lo miro fijamente y sorprendentemente atrevida.

—¿Por qué me lo preguntas, Julian? Sí, quiero saberlo. —Mi voz tiene un tono de ironía amarga y me doy cuenta de que mi osadía no es más que una consecuencia de los celos; odio que María sea especial para Julian. Pero ni siquiera por conocer el motivo puedo frenarme.

—¿Quién es? ¿Otra chica de la que abusaste?

Su expresión se ensombrece y mantengo la respiración a la espera de ver lo que hará. Por un lado, quiero provocarlo. Quiero que me castigue, que me haga daño. Y lo quiero porque necesito que no sea más que un monstruo, necesito odiarlo por el bien de mi salud mental.

Camina por la habitación y se sienta junto a mí en la cama. Lucho contra el impulso de resistirme cuando me coge y me rodea el cuello con las manos. Mientras me agarra, se inclina y roza su mejilla con la mía, adelante y atrás, como si disfrutara del tacto suave de mi piel al tocar su barba áspera. No aprieta las manos, sin embargo, la amenaza está presente y siento cómo

tiemblo, cómo se me acelera el pulso durante mi aterrorizada espera.

Se ríe entre dientes y siento el soplo de aire en mi oreja. A pesar de su apariencia cansada, su aliento es fresco y dulce, como si hubiera estado mascando chicle. Cierro los ojos e intento convencerme de que Julian no sería capaz de matarme y que solo está jugando conmigo.

Me besa la oreja y me mordisquea con suavidad el lóbulo. La sensación en esa parte tan sensible me estremece, mi respiración se torna más lenta y profunda, y me excito. Huelo el cálido aroma de su piel y mis pezones se endurecen al sentirlo próximo a mí. El deseo aumenta entre mis muslos y me revuelvo para intentar aliviar la presión que crece dentro de mí.

—Me deseas, ¿verdad? —me susurra al oído mientras pasa la mano debajo de la falda y me acaricia con suavidad. Sé que nota la humedad y reprimo un gemido cuando me introduce un dedo y lo mueve dentro de mi vagina húmeda.

—¿Verdad que sí, Nora?

—Sí —jadeo mientras me toca una zona especialmente sensible.

—Sí, ¿qué? —Su voz es dura y exigente. Quiere que me entregue por completo.

—Sí, te deseo —admito en un susurro entrecortado. No puedo negarlo más. Deseo a Julian. Deseo al hombre que me secuestró y me hizo daño. Lo deseo y me odio por ello.

Saca el dedo y me suelta el cuello. Sorprendida, abro los ojos y nuestras miradas se encuentran. Me pone la mano en la cara y presiona el dedo contra mis labios. Es el mismo dedo que estaba dentro de mí hace un momento.

—Chúpalo —me ordena, y dócilmente abro la boca y lo hago. Es mi propio sabor, el sabor de mi deseo, lo que me excita aún más.

Cuando considera que el dedo está suficientemente limpio me lo saca de la boca, me coge de la barbilla y me obliga a mirarlo. Contemplo fascinada los pliegues azules oscuro de sus iris. Mi cuerpo, con una palpitante necesidad, ansía que me posea. Deseo que me tome y llene este vacío doloroso.

Sin embargo, se limita a mirarme con una media sonrisa sarcástica y atractiva.

—¿Crees que te voy a castigar esta noche, Nora? —pregunta con suavidad. ¿Eso esperas que te haga?

Pestañeo sorprendida por la pregunta. Por supuesto que espero que lo haga. He hecho algo que lo molesta y no tiene problema en hacerme daño hasta cuando me porto bien.

Sonríe ampliamente como si me leyera la respuesta en la cara.

—Bueno, siento decepcionarte, mi gatita, pero estoy demasiado cansado como para darte tu merecido esta noche. Ahora solo quiero tu boca.

Tras este comentario, me agarra el pelo con la mano y me empuja hacia abajo de tal modo que me quedo de rodillas entre sus piernas con su pene erecto a la altura de los ojos.

—Chúpamela —murmura mirándome—, igual que hiciste con el dedo.

No soy nueva en esto de las mamadas, a mi exnovio le hice unas cuantas, así que sé cómo hacerlas. Cierro los labios alrededor del miembro duro y muevo la lengua alrededor de la punta. Tiene un sabor un poco salado y a almizcle. Miro hacia arriba y le veo la cara al tiempo que le cojo los huevos y los aprieto con suavidad. Gime, cierra los ojos y me aprieta el pelo y sigo chupándosela arriba y abajo, cada vez más profundamente.

No sé por qué, pero no me importa darle placer de esta manera. De hecho, lo encuentro extrañamente agradable. A pesar de que es solo una ilusión, siento como si en este momento estuviera a mi merced, como si fuera la única que tiene el mando. Me encanta escuchar los gemidos desesperados que se le escapan mientras lo toco con las manos, los labios y la lengua y lo llevo hasta el orgasmo antes de relajarse. Me encanta la expresión agónica de su cara cuando me meto sus pelotas en la boca y las chupo, a la vez que siento como se contraen. Me encanta cómo se estremece cuando le rasco con las uñas en la parte inferior de los huevos y, cuando finalmente llega al clímax, cómo me agarra la cabeza durante unos segundos mientras la polla palpita en mi boca.

Cuando me suelta, me lamo los labios para quitarme los

restos de semen sin retirar la mirada.

Me mira fijamente todavía con la respiración acelerada.

—Ha estado muy bien, Nora. —Su voz es suave y ronca—. Muy bien. ¿Quién te ha enseñado a hacerlo?

Me encojo de hombros.

—No es que fuera precisamente una monja antes de conocerte —digo sin pensar.

Se le entrecierran los ojos: he cometido un error. Este hombre es de los que disfrutan pensando que era mi primera vez, a los que les gusta la idea de que le pertenezco y solo a él. Los comentarios sobre exnovios mejor me los guardo para mí.

Me alivia que tampoco parezca dispuesto a castigarme por ello. En cambio, me levanta del suelo y me lleva de vuelta a la cama. Acto seguido me desnuda, apaga la luz y se queda dormido abrazado a mí.



EL CASTIGO NO LLEGA HASTA LA NOCHE SIGUIENTE. JULIAN PASA DE NUEVO EL DÍA en la oficina y no lo veo hasta la hora de la cena.

No sé por qué no estoy tan asustada como antes. El pequeño descanso de anoche y dormir después en los brazos de Julian han calmado mi ansiedad y me hacen pensar que el castigo no será tan horrible como pensaba en un principio. No parece muy molesto porque haya descubierto a María, lo que es un gran alivio. Espero que se olvide del todo del castigo, sobre todo si me esfuerzo para portarme bien durante todo el día.

Cenamos los tres juntos y escucho a Julian y a Beth hablar sobre los últimos acontecimientos en Oriente Medio. Me sorprende lo bien informados que están los dos sobre este asunto. Antes de mi secuestro solía estar al día sobre las últimas noticias, sin embargo, nunca había oído casi ningún nombre de los políticos que mencionan. Pero, claro, si Julian dirige una empresa de importación y exportación internacional, tiene sentido que esté al tanto de la política mundial.

De nuevo, me puede la curiosidad y pregunto si la empresa de Julian tiene mucho negocio en Oriente Medio.

Me sonrío mientras pincha una gamba con el tenedor.

—Sí, mi gatita, sí que lo tiene.

—¿Fue allí donde estuviste de viaje?

—No —dice, y se come la gamba—. Esta vez estuve en Hong Kong.

Caí en la cuenta. Hong Kong debe de estar lo suficientemente cerca de la isla para que pueda volar allí, dirigir su negocio y volar de vuelta, todo en dos días. Recuerdo el mapa del Pacífico. La geografía nunca ha sido mi punto fuerte, así que es un poco impreciso, pero creo que esta isla no debe de estar muy lejos de las Islas Filipinas.

Beth me ofrece patatas al curry para acompañar a las gambas, las cojo y le doy las gracias con una sonrisa. Diría que comemos más variado desde que Julian ha vuelto del viaje. Imagino que trae provisiones cada vez que va.

Beth me devuelve la sonrisa y veo que está de buen humor. Por lo general, parece más contenta cuando Julian está aquí, como más alegre. No debe ser muy divertido lidiar conmigo constantemente. Uno casi se podría sentir mal por ella, y digo «casi» intencionadamente.

—No he estado nunca en Asia —digo a Julian—. ¿Es Hong Kong tal y como aparece en las películas?

Julian me sonrío.

—La verdad es que sí. Es increíble. Probablemente una de mis ciudades favoritas. La arquitectura es fascinante y la comida... —Lo demuestra lamiéndose los labios—. La comida es increíble—. Se frota la barriga y me río encantada, muy a mi pesar.

El resto de la cena es igual de agradable. Julian me cuenta historias divertidas sobre los distintos lugares de Asia donde ha estado, y lo escucho con fascinación, suspiro de vez en cuando y me río de algunas de las más graciosas. De vez en cuando Beth participa en la conversación, sin embargo, la mayor parte del tiempo hablamos Julian y yo, como si estuviéramos pasándolo bien en una cita.

Igual que cuando cené con él a solas, es evidente que sucumbo al atractivo de Julian. Es más que encantador, me hipnotiza. Su atractivo va más allá de su aspecto, aunque no puedo negar la

atracción física que existe entre ambos. Cuando se ríe o me regala una de sus sonrisas de verdad, siento un resplandor cálido, como si él fuera el sol y me deslumbrara su brillo. Me atrae de arriba abajo: el modo en que habla, sus gestos para enfatizar un aspecto en concreto o las arrugas en el contorno de los ojos cuando me sonrío. Además, es un excelente contador de historias y tres horas se pasan volando cuando me habla de sus aventuras en Japón, donde vivió cuando era adolescente.

No quiero que acabe la cena, así que la alargo todo lo que puedo y me sirvo una segunda, tercera y cuarta ración de la fruta que Beth ha preparado de postre. Estoy segura de que Julian sabe lo que estoy haciendo, pero no parece importarle.

Finalmente, acabamos todo lo que había de cena y Beth se levanta para lavar los platos. Julian me sonrío por primera vez en toda la noche y siento un poco de miedo. Vuelvo a ver la oscuridad que se esconde tras esa sonrisa y me doy cuenta de que ha estado presente durante todo el tiempo, siempre acompaña a Julian. El hombre encantador con el que acabo de pasar tres horas es producto de mi imaginación.

Con la sonrisa todavía en la boca, me tiende la mano. Es un gesto muy cortés, pero no puedo evitar el escalofrío que me corre por la espada cuando veo un brillo en sus ojos azules que me resulta familiar. Vuelve a parecer un ángel oscuro con una belleza sublime que se tiñe de una leve sombra de maldad.

Trago saliva para aliviar el nudo en la garganta, le doy la mano y me lleva arriba. Es mejor así, de forma civilizada. Me permite fingir por un momento que puedo albergar la ilusión de que puedo elegir.

Cuando entramos en la habitación me desnuda y me tumba en la cama, boca abajo. Después, me ata de nuevo las muñecas fuertemente a la espalda. Me coloca una venda en los ojos y almohadas bajo las caderas. Es exactamente la misma posición en que me puso la última vez, y no puedo evitar ponerme nerviosa cuando recuerdo la agonía que pasé y el éxtasis cuando me poseyó.

¿Me va a hacer eso? ¿Sexo anal otra vez? Si es así, tampoco está tan mal. Sobreviví la última vez y estoy segura de que lo

volveré a hacer.

Cuando siento el frescor del lubricante entre mis nalgas intento relajarme para dejarle que haga lo que quiera. Me mete suavemente un consolador y lo deja dentro mientras me da un masaje para relajarme; me excita cuando me toca. Me besa detrás del cuello, me mordisquea un punto sensible cerca del hombro y baja la boca por mi columna mientras me besa cada una de las vértebras. Al mismo tiempo, me introduce un dedo en la vagina, lo que le añade tensión a la espiral que me recorre el vientre.

Cuando me suelta, la sensación de liberación es tan fuerte que doy un respingo sobre el colchón, tiemblo y convulsiono. Mientras me recupero de la conmoción, Julian saca el dedo y siento el aire fresco en la espalda cuando se aparta de mí durante un segundo.

El golpe de fuego que siento entre los glúteos es tan fuerte como repentino.

Asustada, grito e intento girarme, pero no lo consigo; el segundo golpe es más doloroso si cabe que el primero, que se dirige a mis muslos. Noto que me está azotando con algo. No sé lo que es, pero puedo oír el silbido del aire cuando lo deja caer en mi trasero indefenso, una y otra vez mientras sollozo e intento apartarme.

Parece cansado de perseguirme por toda la cama, me desata las manos y esta vez me las ata por encima de la cabeza al cabecero de madera de la cama.

—¡Julian, por favor, lo siento! —suplico desesperada para que pare—. Por favor, siento haberme entrometido. Por favor, no lo volveré a hacer, no lo haré.

—Por supuesto que lo harás, mi gatita —me susurra en el oído y siento su cálido aliento en mi cuello—. Eres tan curiosa como un gatito. Sin embargo, algunas veces deberías dejar las cosas. Por tu propio bien, ¿entiendes?

—¡Sí! Sí, lo entiendo. Por favor, Julian.

—Shhh —dice calmado, mientras me besa el cuello otra vez—. Tienes que aceptar el castigo como una buena chica.

Y tras decir esto, se retira nuevamente y deja mi espalda y glúteos a su merced. Intento retirarme, pero me coge las piernas

y los tobillos juntos con la otra mano. Es fuerte, más de lo que hubiera imaginado, porque es capaz de cogerme las piernas en movimiento con solo un brazo mientras me azota con la otra.

Oigo el ruido que hace su juguete sexual y no puedo evitar los gritos que me salen cada vez que me lo introduce en el culo. Tengo los glúteos y los muslos ardiendo y la venda de los ojos está empapada de lágrimas. Quiero que pare, le ruego que pare, pero Julian es inmune a mis súplicas.

Es como si no fuera a acabar hasta que me resulte casi imposible gritar y esté demasiado cansada para resistirme. Ni siquiera puedo reunir suficiente energía para mantener los músculos tensos, lo cual puede que me ayude a aliviar el dolor. Cuando me relajo más y dejo el cuerpo flácido el dolor se vuelve más soportable. Los azotes parecen más un mordisco que un golpe.

Mientras continúan los azotes, mi mundo parece empequeñecerse hasta que todo deja de existir. No pienso, tan solo siento, solo estoy aquí. Hay algo surrealista, incluso increíblemente adictivo en esta experiencia. Cada sacudida me genera una fuerte sensación que me lleva a un estado más profundo, que me hace sentir que estoy flotando.

El dolor ha dejado de ser insoportable y, de algún modo perverso, es reconfortante. Me castiga y me da lo que necesito en ese momento. Un fulgor cálido me recorre entera y todos mis temores desaparecen. Nunca había experimentado algo así.

Cuando Julian finalmente para y me desata, me agarro a él temblando. Sin la venda en los ojos y las ataduras, me siento perdida, abrumada. Como si supiera lo que necesito me siento en su regazo, me mece en sus brazos y deja que lllore en su hombro hasta que dejo de sentir que voy a derrumbarme.

Después de un rato, soy consciente del tamaño de la erección que me presionaba las nalgas, ahora doloridas y palpitantes por la flagelación. El juguete sexual que me metió en el culo todavía está ahí, dentro de mí, y siento que ese fulgor cálido en mi interior es ahora diferente, sexual.

Aparentemente consciente de mi cambio de humor, Julian me levanta con cuidado y me coloca a horcajadas frente a él. Le

pongo las manos en los hombros y siento el movimiento de sus músculos. Con los muslos abiertos de par en par, me presiona con la punta de la polla, que me penetra con suavidad entre los labios de la vagina y me toca el clítoris, lo que intensifica mi excitación. Gimo, arqueo la cabeza hacia atrás y poco a poco me penetra. Con el consolador todavía en mi trasero, su polla parece más grande de lo normal y jadeo cuando la mete más adentro.

Esto está bien, increíblemente bien, y gimo de nuevo y tenso los músculos internos alrededor de su miembro. Jadea, cierra los ojos y hago lo mismo, quiero más.

Abre los ojos y me mira fijamente con la cara ardiente de deseo y los ojos brillantes. Le mantengo la mirada, fascinada por el ansia feroz que le veo en los ojos. Somos esclavos el uno del otro y percatarme de eso me excita aún más.

Levanta la mano, me toca la mejilla y me seca los restos de lágrimas con el dedo pulgar. Inclina la cabeza y me besa de la forma más tierna que me han besado nunca. Disfruto del beso. Su afecto me resulta como una droga, lo necesito con tanta desesperación que no acabo de entenderlo.

Cierro los ojos y le paso las manos por los hombros hasta el pelo. Es espeso y suave al tacto, como el satén negro. Me pego más a él, froto mis pechos desnudos contra su poderoso pecho y gozo con la sensación del roce del pelo áspero de su pecho con los pezones. Sus labios firmes y cálidos están sobre los míos y su polla en mi interior está increíblemente dura: me penetra hasta el fondo.

Mientras sigue besándome empieza a moverse adelante y atrás, haciendo que su miembro se mueva con suavidad dentro de mí y me provoque oleadas de calor por todo el cuerpo. Aunque cada movimiento es un recordatorio de la paliza que me ha dado hace un rato y se me escapa un gemido de dolor cuando me roza con los muslos las nalgas, doloridas. Se traga mi gemido mientras me come la boca con un deseo desenfrenado.

Me introduce la mano en el pelo y lo agarra con fuerza a la vez que me devora con su beso. Mueve las caderas con más fuerza, lo que incrementa la presión y la excitación que siento. Con su otra mano me empuja el cuerpo hacia abajo para, después, presionar

el consolador, empujándolo más profundamente en mi trasero.

Me corro y tengo un orgasmo tan intenso que casi no puedo emitir un sonido. Durante unos segundos increíbles estoy completamente inundada de placer, de un éxtasis tan intenso que es casi agonizante. Tiemblo y me muevo sobre Julian y estos movimientos desencadenan su orgasmo.

Cuando ha acabado todo, me agarra y me acaricia el pelo húmedo. Siento cómo su miembro se ablanda dentro de mí y me retira suavemente el consolador.

Después, me levanta y me lleva a la ducha.

CAPÍTULO 15

JULIAN CUIDA DE MÍ TAMBIÉN EN LA DUCHA, ME LAVA Y SU CONTACTO ME reconforta. Es especialmente cuidadoso con la zona sensible de los muslos y los glúteos y se asegura de no incomodarme. Para mi consuelo, creo que no tengo heridas. Tengo el culo un poco colorado y estoy segura de que me saldrán moratones, pero no hay señal de sangre.

Cuando estoy limpia y seca, me lleva de vuelta a la cama. Permanecemos en silencio. No acabo de salir de ese peculiar estado en que me encontraba hace un momento. Es como si mi mente estuviera en parte desconectada del cuerpo. Lo único que me mantiene entera es Julian y su tacto extrañamente cariñoso.

Nos tumbamos, Julian apaga las luces y nos envuelve la oscuridad. Me tumbo boca abajo porque cualquier otra posición me resulta demasiado dolorosa. Me acerca a él de forma que apoyo la cabeza en su pecho y le rodeo el tórax con el brazo; cierro los ojos con el único deseo de quedarme dormida.

—Mi padre fue uno de los traficantes de droga más poderosos de Colombia. —Apenas puedo oír la voz de Julian, su respiración me eriza el pelo de la frente. Me estaba quedando dormida, pero me despierto de golpe con el corazón latiendo a mil por hora.

—Me empezó a preparar para sucederlo cuando tenía cuatro años. Con seis ya llevé un arma por primera vez. —Julian hace una pausa mientras me acaricia el pelo con suavidad—. Con ocho años maté por primera vez a un hombre.

Estoy tan horrorizada que me quedo tumbada, paralizada por

la conmoción.

—María era la hija de uno de los hombres de la organización de mi padre. —Continúa Julian en voz baja y sin ningún atisbo de emoción. —La conocí cuando tenía trece años y ella tenía doce. Era todo lo que yo no era: guapa, dulce... inocente. A diferencia de lo que hizo mi padre, los suyos la mantuvieron al margen de las vidas que llevaban. Querían que creciera como una niña normal y sin conocer nada de lo horrible de ese mundo.

—Era inteligente, como tú. Y curiosa, muy muy curiosa. —Su voz parece irse apagando durante un momento, como si estuviera perdido en sus recuerdos. Entonces, parece volver en sí y retoma la historia—. Un día siguió a su padre escondida en la parte trasera del coche para averiguar a qué se dedicaba. La encontré allí porque mi trabajo era vigilar para proteger nuestro lugar de encuentro.

Casi no puedo respirar, me resulta increíble que Julian me esté contando todo esto. ¿Por qué ahora? ¿Por qué esta noche?

—Se lo podría haber dicho a su padre, lo que le habría causado problemas, pero me suplicó de una forma tan bonita, me miró con tanta dulzura con sus grandes ojos marrones que no pude hacerlo. Pedí a uno de los escoltas de mi padre que la llevara a casa.

»Tras este episodio, vino a verme a propósito. Me dijo que quería conocerme mejor, que fuéramos amigos. —La voz de Julian tiene un punto de incredulidad al recordar, como si a nadie en su sano juicio se le hubiera podido ocurrir algo semejante.

Trago saliva, es absurdo, pero tengo el corazón partido por el chico que una vez fue. ¿Tuvo amigos alguna vez? ¿O también le robó esa oportunidad su padre, como lo hizo con su infancia?

—Intenté decirle que no era una buena idea, que no debería juntarse con gente así, pero no me escuchó. Me buscaba casi todas las semanas, hasta que no me quedó otra y empecé a quedar con ella. Íbamos a pescar juntos y me enseñó a dibujar. —Se detiene un momento, mientras me sigue acariciándome el pelo—. Dibujaba muy bien.

—¿Qué le ocurrió? —pregunto cuando deja de hablar. Mi voz es extrañamente ronca. Me aclaro la garganta y lo intento de

nuevo—. ¿Qué le pasó a María?

—Uno de los enemigos de mi padre descubrió que nos veíamos. Acabábamos de robar en su almacén y estaba cabreado, así que decidió darle una lección a mi padre, utilizándome a mí.

Tengo el vello de punta y siento un escalofrío que me pone la carne de gallina. Intuyo hacia dónde va la historia y quiero decirle a Julian que pare, que no continúe, pero no puedo hablar porque tengo un nudo en la garganta.

—Encontraron su cuerpo en un callejón cerca de uno de los edificios de mi padre. —Su voz es firme, aunque puedo sentir la agonía que esconde—. La habían violado y mutilado. Se suponía que era un mensaje para mí y para mi padre que decía: «Quitaos del medio de una puta vez».

Aprieto los ojos para contener las lágrimas, pero el esfuerzo es inútil. Sé que puede que Julian las sienta en el pecho.

—¿Un mensaje? ¿Para un chico de trece años?

—En ese momento ya tenía catorce. —No llego a ver la sonrisa amarga de Julian, sin embargo, la percibo—. La edad no importaba. No para mi padre... y, desde luego, tampoco para su enemigo.

—Lo siento. —No sé qué más puedo decir. Quiero llorar: por él, por María, por ese chaval que perdió a su mejor amiga de una forma tan salvaje. Y quiero llorar por mí, porque ahora entiendo mejor a mi captor y me percató de que la oscuridad de su alma es mucho peor de lo que imaginaba.

Julian se coloca debajo de mí, y me doy cuenta de que tengo la mano en su hombro y le estoy clavando las uñas. Me obligo a aflojar los dedos y respiro profundamente. Tengo que resistirme para no romper a llorar.

—Maté a esos hombres. —Ahora su tono es normal, casi de conversación, aunque siento la tensión de su cuerpo—. A los que la violaron. Los seguí y los maté, uno a uno. Eran siete. Después, mi padre me mandó lejos, primero a Estados Unidos, luego a Asia y a Europa. Temía que esos asesinatos perjudicaran el negocio. No volví hasta pasados varios años, cuando mi padre y mi madre murieron a manos de otro de sus enemigos.

Me centro en controlar la respiración y las ganas de vomitar.

—¿Por eso no tienes acento español? —pregunto cambiando totalmente de tema; ni siquiera sé qué me lleva a preguntar algo tan trivial en un momento así.

No obstante, parece que ha venido bien porque Julian se relaja un poco y libera parte de su tensión muscular.

—Sí, en parte ese es el motivo, mi gatita, además, mi madre era estadounidense y me enseñó inglés cuando era pequeño.

—¿Estadounidense?

—Sí. Fue modelo de joven, una modelo muy guapa, rubia y alta. Mis padres se conocieron en Nueva York. Mi padre estaba en un viaje de negocios. La engatusó y se casaron antes de que él le contara a qué se dedicaba.

—¿Y qué hizo cuando se enteró? —Puede que me esté centrando en los detalles equivocados, pero necesito apartar las imágenes horribles que tengo en la cabeza, imágenes de una chica muerta que es una versión más joven de mí.

— No podía hacer nada —afirma Julian—. Ya estaban casados y viviendo en Colombia.

No entra en más detalles, pero no hace falta. Me queda claro que su madre fue una prisionera como lo soy yo, con la diferencia de que ella eligió su cautiverio, al menos al principio.

Durante unos minutos permanecemos tumbados en silencio. No tengo sueño, de hecho, no sé si podré dormir esta noche. El dolor físico no es nada comparado con el abatimiento de mi corazón.

—¿Y te dedicas a eso ahora? ¿Al tráfico de drogas? —pregunto interrumpiendo el silencio. No se aleja mucho de mi suposición inicial de que formaba parte de la mafia o de alguna otra organización criminal.

—No —dice para mi sorpresa—. Esa parte de mi vida acabó cuando mataron a mis padres. Reorienté el negocio familiar hacia otra dirección.

—¿Cuál? —Recuerdo que me dijo algo de una organización de importación y exportación, aunque no me imagino a Julian haciendo algo tan inofensivo como vender aparatos electrónicos. Y menos después de lo que sé sobre cómo creció.

Se ríe, como si le divirtiera mi insistencia.

—Armas —dice—. Soy traficante de armas, Nora.

Pestaño sorprendida. Sé algo, o al menos creo que lo sé, sobre tráfico de drogas, gracias a los programas de televisión. En cambio, el tráfico de armas es un misterio para mí. Sospecho que Julian no se refiere a unas cuantas armas aquí o allá.

Tengo miles de preguntas sobre su trabajo, sin embargo, hay algo que quiero saber antes y aprovechar que Julian siga teniendo esta actitud de compartir conmigo.

—¿Por qué me capturaste? ¿Porque te recuerdo a María?

—Sí —dice con suavidad. Su voz me envuelve como un suave pañuelo de cachemir—. Cuando te vi por primera vez en aquel club, tu parecido con ella me resultó sorprendente, la única diferencia es que tú eras más mayor y más bonita. Y te deseaba. Te necesitaba. Por primera vez en años tenía un sentimiento real. Por supuesto, los sentimientos que me provocaste no se parecían en nada a lo que sentía por María. Ella era mi amiga, pero tú... —Respira profundamente y siento el movimiento debajo de mi cabeza.

»Necesitaba que fueras mía, Nora. Cuando te toqué aquel día, cuando sentí tu piel sedosa, deseaba con locura llevarte conmigo, quitarte esa ropa ajustada que llevabas y follarte con locura allí mismo, en aquel momento, en el suelo del bar. Y deseaba hacerte daño... del mismo modo que algunas veces hago daño a las mujeres, del modo que me piden que les haga daño... quería oírte gritar de dolor y de placer.

Continúa jugando con mi pelo y ese delicado contacto me permite estar calmada y escucharlo. En la oscuridad nada de esto es real. Solo están Julian y su voz contándome cosas que una persona en su sano juicio encontraría aterradoras, cosas que, en cambio, a mí me excitan.

—Te traje aquí, a mi isla, porque es el lugar más seguro para ti. Mis socios de negocios siempre están buscando mi punto débil y tú, mi querida niña, eres mi debilidad. Nunca he sentido esto por otra mujer. Nunca he estado así. —Hace una pausa, como si buscara la palabra adecuada—. Joder, estoy obsesionado. Solo pensar que otro hombre pueda tocarte o besarte me vuelve loco. Intenté mantenerme alejado, sacarte de la cabeza, pero me fue

imposible no ir a tu graduación a verte otra vez. Cuando te vi allí, supe que sentías lo mismo que yo, esa conexión entre nosotros, y entonces supe que era inevitable... que te capturaría y así serías mía para siempre.

Sus palabras me invaden como una ola de calidez a la vez que me provocan inquietud y una excitación enfermiza. Una parte retorcida de mí disfruta por ser especial para Julian y de que se sienta tan desesperadamente atraído por mí como yo por él.

Por alguna extraña razón, me siento obligada a devolverle esa sinceridad.

—Te tenía miedo —digo con tranquilidad—. En la discoteca y, después, cuando te vi en mi graduación, tenía miedo.

—¿Solo sentías miedo? —Su voz suena como si le hiciera gracia y no acabara de crearme.

—Miedo y atracción. —Lo admito. Parece ser la noche de las confesiones. Además, ya sabe la verdad: a pesar del miedo, lo deseo. Lo he deseado desde el principio y nada de lo que haga lo va a cambiar.

—Bien. —Baja la mano por mi espalda—. Eso está muy bien, mi gatita. Haré que las cosas sean más fáciles para los dos.

¿Más fáciles? Pienso en la afirmación que acaba de hacer. Desde luego, fácil para él. Pero ¿para mí? No estoy segura.

—¿Has tenido algún contacto con mi familia? —pregunto mientras pienso en su promesa de hace días—. ¿Saben que estoy viva?

—Sí. —Detiene la mano al final de la espalda—. Lo saben.

Me pregunto qué les habrá dicho y cómo habrán reaccionado. Y si los habrá hecho estar mejor o peor.

—¿Me dejarás irme algún día? —Ya conozco la respuesta, sin embargo, necesito oírse lo decir.

—No, Nora —responde, y puedo sentir su sonrisa en la oscuridad—. Nunca.

Y me acerca más a él, me abraza hasta que, por fin, nos quedamos dormidos.

CAPÍTULO 16

DURANTE LOS SIGUIENTES MESES, MI VIDA EN LA ISLA CAE EN UNA ESPECIE DE rutina. Cuando Julian está, mi mundo gira en torno a él. Su estado de ánimo, necesidades y deseos determinan mis días y mis noches.

Es un amante imprevisible, un día es amable y al siguiente, cruel. Y algunas veces es una mezcla de los dos, una combinación que me resulta especialmente abrumadora. Entiendo lo que hace conmigo, sin embargo, que lo entienda no lo hace menos real. Me está enseñando a asociar el dolor con el placer, a disfrutar de cualquier cosa que quiera hacerme, sin importar lo impactante o pervertido que sea. Y, al final, siempre esa ternura desconcertante. Me pone del revés y me destroza para después recomponerme de nuevo, todo en el transcurso de una noche.

Y sus enseñanzas funcionan. Ahora, caigo en sus brazos por voluntad propia, con el deseo del subidón que experimento cuando una sesión es especialmente salvaje. Julian me dice que soy una sumisa innata con tendencias masoquistas. No sé si creerlo, desde luego sé que no «quiero» creerlo, aunque no puedo negar que su peculiar estilo de hacer el amor siempre me impacta de un modo u otro. Usa juguetes sexuales, látigos, varas y siempre es placentero.

Por supuesto, no siempre es sádico. Algunas veces es dulce, me masajea el cuerpo, me besa hasta que me derribo para después hacerme el amor cuando ardo de deseo. En esos días no quiero irme de la isla, solo deseo que Julian me abrace, me

acaricie y me ame, sea como sea.

Puede que desear que mi captor me ame sea lo más perturbador de todo. Ni siquiera sé si le resulta posible sentir amor, pero no puedo evitar necesitar que lo sienta. Me desea, lo sé, pero no es suficiente. En algún momento durante este tiempo he dejado de odiarlo, y no sé ni cómo ni cuándo ha ocurrido. Todavía me enfada mi cautiverio, en cambio, he conseguido separar ese sentimiento de lo que siento por Julian.

Ahora, en lugar de tener miedo cuando viene a la isla, lo espero ansiosa. Sus negocios lo mantienen fuera más de lo que me gustaría y empiezo a entender cómo se sienten las mascotas cuando esperan a que su dueño regrese del trabajo.

—¿Por qué no puedes trabajar más desde aquí? —pregunto un día, después de levantarnos juntos por la mañana. Ahora duerme siempre conmigo. Le gusta abrazarme por la noche, lo ayuda a llevar mejor sus pesadillas.

—Trabajo de forma remota todo lo que puedo. ¿Por qué me quieres aquí, mi gatita? —Su mirada es sarcástica cuando gira la cabeza para mirarme. No le gusta que le pregunte por su trabajo. Es una parte de su vida que parece querer mantener separada del resto.

Tengo la impresión de que, por lo general, quiere protegernos tanto a Beth como a mí de la parte más desagradable de su mundo. Beth sabe perfectamente a lo que se dedica Julian, pero no sé si sabe mucho más que yo sobre el tráfico de armas.

—Sí —le contesto abiertamente—. Quiero que estés aquí.

No tiene sentido fingir lo contrario. Julian sabe perfectamente cómo me siento. Se le da muy bien descifrarme... y manipularme. Sin duda, disfruta viendo el creciente apego que siento por él y que hace lo posible para propiciarlo.

Como era de esperar, tras mi rendición, se le dibuja una sensual sonrisa.

—Muy bien, nena —dice con ternura—. Intentaré pasar más tiempo aquí.

Me acerca hacia él para darme un beso y me derribo en sus brazos.



CADA DÍA QUE PASA MI VIDA ANTERIOR PARECE MÁS Y MÁS LEJANA Y SE DESVANECE en ese tiempo nebuloso llamado pasado. Cuando Julian se marcha, dedico el tiempo a leer, nadar, hacer senderismo por la isla y, de vez en cuando, salir a pescar con Beth. Julian nos trajo una televisión enorme con un DVD y cientos de películas para que en los días lluviosos tengamos algo que hacer.

No es que seamos amigas, pero Beth y yo nos llevamos mejor. En parte, creo que a ella le gusta ver que ya no intento escaparme. Después de mi intento fallido de golpearle la cabeza y el terrible incidente con Jake de después, me he convertido en una prisionera modelo.

Desde luego, sería insensata si no fuera así. Incluso cuando Julian está aquí, su avión se queda guardado bajo llave en el hangar que descubrí al otro lado de la isla. Estoy casi segura de que Julian guarda la llave del hangar en su despacho, a la que únicamente tiene acceso él. Y aun en el caso de que las llaves cayeran en mi poder, dudo que hubiera un manual en el avión que me indicara cómo pilotarlo.

Mi captor sabía perfectamente lo que hacía cuando me trajo a esta isla. Es la prisión más segura que se pueda imaginar.

A medida que pasan los días, las semanas y los meses, intento buscar más actividades para ocupar mi tiempo libre y para evitar echar de menos a Julian cuando no está.

Lo primero que he hecho es empezar a correr de nuevo.

Al principio, comencé con distancias cortas para asegurarme de no forzar la rodilla, pero, poco a poco, fui incrementando la velocidad y la distancia. Corro por la mañana o por la noche, que es cuando hace más fresco, y estoy en una forma física parecida a la que tenía cuando estaba en el equipo de atletismo. Hago cinco kilómetros en menos de diecisiete minutos, un logro que me hace absurdamente feliz.

También pinto. No porque piense en lo que me contó Julian sobre que María lo hacía muy bien, sino porque me resulta entretenido y relajante. En el colegio me gustaban las clases de plástica, aunque siempre estaba muy ocupada con mis amigos o

con otras cosas para prestarle atención a la pintura. En cambio, ahora tengo todo el tiempo del mundo, por lo que he comenzado a aprender a dibujar y a pintar. Julian me trae material y vídeos didácticos, conque de repente me veo absorta intentando plasmar la belleza de la isla en un lienzo.

—¿Sabes? Se te da muy bien esto —me dice Beth pensativa, un día que se acerca al porche en lo que yo termino una pintura de una puesta de sol sobre el océano. Has plasmado muy bien los colores, ese naranja brillante sombreado con ese rosa intenso.

Me giro y le sonrío abiertamente.

—¿Tú crees?

—Sí —responde Beth, seria—. Lo estás haciendo bien, Nora.

Tengo la impresión de que me habla de algo más que de pintura.

—Gracias —contesto con indiferencia—. ¿Debería añadir a mi lista de logros llevar bien mi cautiverio?

Me responde con una sonrisa y, por primera vez, creo que nos entendemos de verdad.

—De nada.

Se dirige al sofá del porche, se recuesta y saca su libro. La observo unos segundos y vuelvo a la pintura e intento plasmar el resplandor multidimensional del agua a la vez que pienso en lo misteriosa que es Beth.

A estas alturas todavía no me ha contado mucho sobre su pasado, sin embargo, tengo la sensación de que esta isla es para ella como un refugio, un santuario. Considera a Julian su salvador y al mundo exterior un lugar desagradable y hostil.

—¿No echas de menos ir a un centro comercial? —le pregunté una vez—. ¿Cenar con amigos? ¿Ir a bailar? No estás prisionera, podrías marcharte en cualquier momento. ¿Por qué no pides a Julian que te lleve con él en uno de sus viajes y haces algo divertido antes de volver aquí?

Su respuesta fue reírse de mí.

—¿Baile? ¿Diversión? Y permitir que los hombres me pongan las manos encima... ¿Se supone que eso es divertido? —Su voz se vuelve sarcástica.

—Entonces, ¿también tendría que comprar ropa sexy y

maquillaje para parecerles guapa? ¿Y qué me dices de la contaminación, los tiroteos y los atracos? ¿También me los perdería? —Vuelve a reírse mientras sacude la cabeza—. No, gracias. Estoy muy bien aquí. —Y eso es todo lo que tiene que decir al respecto.

No sé lo que le ocurrió para tener esa amargura, aunque sospecho que Beth no ha debido tener una vida fácil. Cuando vimos *Pretty Woman* no hizo más que hacer comentarios sarcásticos sobre lo poco que se parece la prostitución al cuento de hadas que se muestra en la película. No le pregunté sobre ello, pero, desde entonces, siento curiosidad. ¿Quizás fue prostituta en el pasado?

Bajo el pincel, me giro y miro a Beth.

—¿Puedo pintarte? —Me mira sorprendida por encima del libro.

—¿Quieres pintarme?

—Sí. —Sería una buena oportunidad de cambiar de tercio y dejar todos esos paisajes en que me he centrado últimamente, además de que me daría la oportunidad de conocerla mejor.

Me mira fijamente durante unos segundos y se encoge de hombros.

—De acuerdo. —Parece insegura, pero le sonrío para animarla.

—No tienes que hacer nada, tan solo sentarte así, con tu libro. Es una pose bonita.

Y es cierto. Los rayos de la puesta de sol hacen que sus rizos rojizos parezcan una llama ardiendo y con la pierna doblada por debajo parece joven y vulnerable. Mucho más cercana de lo habitual.

Aparto la pintura en que estaba trabajando y pongo un lienzo en blanco. Después, hago un esbozo e intento plasmar los ángulos simétricos de su cara y las delgadas líneas y curvas de su cuerpo. Es un trabajo fascinante y no paro hasta que oscurece y casi no puedo ver.

—¿Has terminado por hoy? —me pregunta Beth y me doy cuenta de que ha permanecido sentada en la misma postura durante la última hora.

—Sí, claro —contesto—. Gracias por ser una modelo tan estupenda.

—De nada. —Me regala una sonrisa auténtica y se levanta. ¿Cenamos?



DURANTE LOS TRES DÍAS SIGUIENTES TRABAJÓ EN EL RETRATO DE BETH. POSA pacientemente para mí y estoy tan ocupada que casi no pienso en Julian. Tan solo lo echo de menos por la noche, cuando siento el frío vacío en mi enorme cama y me tumbo. Anhele sus abrazos. Me ha hecho tan adicta que una semana sin él parece un castigo cruel, mucho peor que cualquier tortura sexual que me haya infligido hasta ahora.

—¿Dijo Julian cuándo volvería? —pregunto a Beth al tiempo que doy los últimos toques a la pintura—. Ya lleva fuera siete días.

Beth niega con la cabeza.

—No, pero seguro que volverá en cuanto pueda. No puede estar lejos de ti, Nora, ya lo sabes.

—¿En serio? ¿Te lo ha dicho? —Percibo la ansiedad de mi voz y me fustigo mentalmente. ¡Qué patética puede llegar a ser una persona! También podría ponerme un sello en la frente que dijera: «Otra estúpida que se ha colado por su secuestrador». Es cierto que dudo que haya muchos secuestradores que tengan el atractivo letal de Julian, así que a lo mejor debería ser más indulgente conmigo.

Menos mal que Beth no se burla de mi deseo evidente.

—No hace falta que lo diga —explica—. Es obvio.

Bajo el pincel un momento.

—¿Obvio? —Esta conversación está satisfaciendo una necesidad que ni siquiera sabía que tenía: una sesión de charla de chicas para hablar de los hombres y sus sentimientos incomprensibles.

—¡Por favor! —Beth empieza a ponerse de los nervios—. Sabes que Julian está loco por ti. Siempre que hablo con él es para: «Nora esto, Nora lo otro... ¿Nora necesita algo? ¿Ha

comido bien?».

Baja la voz de forma cómica para imitar los tonos más profundos de la voz de Julian.

Le sonrío.

—¿En serio? No lo sabía. —Y de verdad que no lo sabía, es decir, sabía que Julian está como loco por follarme y que ha admitido que está obsesionado conmigo porque le recuerdo a María, pero lo que no sabía es que estoy en su mente también fuera del dormitorio.

Beth pone los ojos en blanco.

—Sí, claro. No eres tan ingenua como finges ser. He visto cómo le haces ojitos y miras a Julian cuando cenamos para intentar atraparlo en tus redes.

Miro a Beth con la mirada más inocente posible.

—¿Qué? ¡No!

—¡Ya, ya! —Beth no parece creérselo.

Tiene toda la razón, flirteo con Julian. Ahora que ya no le tengo tanto miedo hago lo posible por caerle en gracia. En algún lugar de mi mente albergo la esperanza de que, si confía en mí lo suficiente y si le importo lo suficiente, quizás me saque de la isla.

Cuando se me ocurrió esta idea, en aquellos terribles primeros días de mi cautiverio, estuve actuando. En cuanto me viera fuera de la isla, haría lo posible por escaparme, sin importar las promesas que hubiera hecho. Sin embargo, ahora ni siquiera sé qué haría si Julian me llevara con él. ¿Intentaría dejarlo? ¿«Quiero» dejarlo? Sinceramente, no tengo ni idea.

—¿Has estado enamorada alguna vez? —pregunto a Beth mientras cojo de nuevo el pincel.

Para mi sorpresa, veo una sombra oscura en su cara.

—No —dice con brusquedad—. Nunca.

—Pero has querido alguna vez a alguien, ¿verdad?

No sé qué me lleva a preguntar eso, pero parece que he tocado su fibra sensible porque Beth se tensa de arriba abajo, como si le hubieran dado un golpe. Sin embargo, para mi sorpresa, en lugar de enfadarse conmigo, solo asiente con la cabeza.

—Sí —dice con tranquilidad—. Sí, Nora, alguna vez he amado a alguien.

Sus ojos tienen un brillo extraño, como si estuviera conteniendo las lágrimas.

Percibo que está sufriendo, que aquello que le ocurrió le ha dejado huella, marcas imborrables en su mente. Su apariencia dura solo es un escudo, una manera de protegerse del dolor. Y ahora, por la razón que sea, el escudo ha desaparecido dejando al descubierto la verdadera mujer que es.

—¿Qué le pasó a esa persona? —pregunto con voz suave y cariñosa—. ¿Qué le pasó a esa persona que amabas?

—Murió. —El tono de voz de Beth es inexpresivo, aunque percibo el terrible pozo sin fondo de agonía que hay en esa palabra—. Mi hija murió cuando tenía dos años.

Tomo aire.

—Lo siento Beth. Madre mía, lo siento. —Dejo el pincel otra vez, me acerco para sentarme junto a ella y la abrazo.

Al principio, permanece tensa, rígida, como si no estuviera acostumbrada al contacto humano, pero no me aparta. Es lo que necesita en este momento. Sé mejor que nadie lo reconfortante que puede resultar un abrazo cálido cuando los sentimientos están a flor de piel. A Julian le encanta cuando me derrumbo, porque se convierte en el único que puede consolarme y recomponerme.

—Lo siento —repito suavemente mientras le acaricio la espalda—. Lo siento.

Poco a poco desaparece la tensión del cuerpo de Beth. Se va relajando con mi contacto. Después de un rato parece recobrar la compostura y la dejo. No quiero que se sienta incómoda por el abrazo.

Echándose hacia atrás ligeramente, me regala una pequeña y avergonzada sonrisa.

—Lo siento, Nora. No quería...

—No te preocupes —interrumpo—. Siento haberme entrometido. No sabía...

Nos miramos como si pudiéramos estar disculpándonos infinitamente; no cambiaría nada.

Beth cierra los ojos por un momento y cuando los abre vuelve a ponerse el caparazón. Es de nuevo mi carcelera, tan

independiente y reservada como siempre.

—¿Cenamos? —pregunta mientras se levanta.

—Estaría genial comer algo de lo que hemos pescado esta mañana digo como quien no quiere la cosa al tiempo que guardo mis útiles de pintura.

Y seguimos, como si no hubiera pasado nada.

CAPÍTULO 17

TRAS ESE DÍA, MI RELACIÓN CON BETH EXPERIMENTA UN CAMBIO, PEQUEÑO PERO evidente. Ya no está tan empeñada en mantener las distancias y, poco a poco, voy conociendo a la persona que se esconde detrás de esa fría fachada.

—Sé que piensas que has recibido un trato injusto —dice un día que salimos a pescar juntas—, sin embargo, créeme, Nora, Julian se preocupa por ti, de verdad. Eres muy afortunada de tener a alguien como él.

—¿Afortunada? ¿Por qué?

—Porque independientemente de lo que haga no es un monstruo —dice Beth, seria—. No siempre actúa de un modo aceptable por la sociedad, pero no es malo.

—¿No? Entonces, ¿qué es ser malo para ti? —Tengo curiosidad por saber cómo lo define ella. Desde mi punto de vista, las acciones de Julian son el ejemplo de lo que un hombre malo haría, a pesar de mis absurdos sentimientos hacia él.

—Malo es alguien capaz de matar a un niño —dice Beth con la mirada fija en el agua azul resplandeciente.

—Malo es alguien que vende a su hija de trece años a un burdel mexicano. —Hace una pausa y añade—: Julian no es malo, créeme.

No sé qué decir, tan solo miro cómo rompen las olas en la orilla. Siento presión en el pecho.

—¿Te salvó Julian de alguien malvado? —pregunto tras un momento, cuando estoy segura de que puedo mantener la voz

relativamente estable.

Gira la cabeza y me mira.

—Sí —dice tranquilamente—. Lo hizo. Y destruyó aquello que me hacía daño. Me dio un arma para que pudiera usarla contra esos hombres, los que mataron a mi niña. Sí, Nora, le devolvió la vida a una prostituta callejera acabada y rota.

Mantengo la mirada en Beth y siento como me derrumbo por dentro. Tengo el estómago revuelto y náuseas. Tiene toda la razón, no tenía ni idea del verdadero significado de lo que es sufrir. No puedo ni imaginarme por todo lo que habrá pasado.

Me sonrío como si disfrutara de verme callada por el asombro.

—La vida no es más que una mierda de ruleta —dice con suavidad—, que no deja de dar vueltas y en la que salen sin parar los números equivocados. Te puedes lamentar todo lo que quieras, pero la realidad es que salgan tus números es tan probable como llevar un décimo de lotería premiado.

Trago saliva para deshacer el nudo que tengo en la garganta.

—No es verdad digo con voz algo ronca—. No siempre es así. Existe otra realidad ahí fuera, el mundo donde vive la gente normal, donde nadie intenta hacerte daño.

—No —dice Beth con dureza—. Estás soñando. Ese mundo es tan real como un cuento de hadas de Disney. Quizás tú hayas vivido como una princesa, pero la mayoría de la gente no. La gente normal sufre. Sufren, mueren y pierden a sus seres queridos. Y se hacen daño los unos a los otros. Se tiran al cuello de los otros como depredadores. No hay luz sin oscuridad, Nora. Al final, la noche siempre nos atrapa.

—No. —No lo creo. No quiero creerlo. Esta isla, Beth, Julian, todo esto no es normal, no es como son las cosas—. No, no lo es.

—Es así —dice Beth—. Puede que no te des cuenta, pero es cierto. Necesitas a Julian tanto como él a ti. Puede protegerte, Nora. Mantenerte a salvo.

Está totalmente convencida.



—BUENOS DÍAS, MI GATITA —ME SUSURRA EN EL OÍDO UNA VOZ FAMILIAR QUE ME

despierta; abro los ojos y veo a Julian sentado, inclinado sobre mí. Debe de haber venido directo de alguna reunión de trabajo porque lleva una camisa de traje en lugar de su habitual atuendo informal. Me invade la felicidad. Sonrío, levanto los brazos, le rodeo el cuello y lo acerco hacia mí.

Me acaricia el cuello, el peso de su cuerpo me aprieta contra el colchón, lo envuelvo con el mío y siento su deseo excitante. Se me endurecen los pezones y por dentro me invade una humedad incontrolable; mi cuerpo se derrite al tenerlo tan cerca.

—Te he echado de menos —me susurra al oído y me estremezco de placer, casi reprimiendo un gemido, al tiempo que baja su prodigiosa boca por el cuello y me mordisquea una zona delicada cerca de la clavícula—. Me encanta cuando estás así —murmura y me besa con delicadeza por la parte superior del pecho y los hombros—. Caliente, suave, medio dormida... y mía.

Gimo, ahora sí, cuando su boca se aproxima a mi pezón derecho y lo chupa con intensidad, pero aplicando la presión adecuada. Mete la mano por debajo de la sábana entre mis muslos y mi gemido se intensifica cuando me toca y me acaricia el clítoris con el dedo.

—Ven a por mí, Nora. —Me ordena con suavidad a la vez que me presiona el clítoris; me derrito, mi cuerpo se tensa y alcanzo el orgasmo, como si cumpliera sus órdenes—. Buena chica —me susurra y continúa jugando con mi sexo y prolongando el orgasmo—. Mi dulce niña, buena chica.

Cuando dejo de tener espasmos, se echa hacia atrás y se desviste. Lo miro hambrienta de deseo y no puedo apartar la mirada. Es más que guapo y lo deseo ferozmente. Primero se quita la camisa, lo que le deja los hombros y los abdominales marcados al descubierto; no puedo contenerme. Me siento y agarro la cremallera del pantalón de su traje; me tiemblan las manos de impaciencia.

Julian suspira cuando le roza la polla dura. Cuando consigo sacarla, la agarro con los dedos, agacho la cabeza y me la meto en la boca.

—¡Joder, Nora! —Gime, me agarra la cabeza y aprieta las caderas contra mí. ¡Joder, nena! Esto está muy bien.

Me introduce los dedos en el pelo enredado a la vez que se la chupo más profundamente, con suavidad y abro la boca para metérmela lo máximo posible.

—¡Oh, madre mía! ¡Dios!

Me encanta su voz ronca y le aprieto los testículos con delicadeza, sintiendo su peso en la palma de la mano. La polla se pone más dura y veo que está a punto de correrse, sin embargo, para mi sorpresa, se aparta y se echa hacia atrás.

Respira hondo, los ojos le brillan como los diamantes azules, pero se controla lo suficiente para quitarse el resto de la ropa que llevaba puesta antes de ponerse encima de mí. Me agarra las muñecas con fuerza y me las pone por encima de la cabeza; coloca las caderas entre mis muslos y me mete el miembro erecto. Lo miro con una mezcla de temor y excitación. Está espectacular y salvaje, con su pelo oscuro alborotado y su preciosa cara reflejo de la lujuria. Auguro que hoy no va a ser especialmente dulce, lo sé.

Y estoy en lo cierto. Me penetra con un fuerte empujón: la mete tan adentro que jadeo con la sensación de que me va a partir en dos. Sin embargo, mi cuerpo le responde generando más flujo, haciéndoselo más fácil. Me folla salvajemente, sin piedad, pero mis gritos son de placer, la tensión que siento me hace perder el control una vez más antes de que se corra.



EN EL DESAYUNO, AUNQUE ESTOY UN POCO DOLORIDA, ESTOY FELIZ. JULIAN ESTÁ aquí y eso hace que todo esté bien. Parece estar también de buen humor; se burla de mí por haber visto una temporada completa de Friends en una semana y me pregunta por los tiempos que hago cuando salgo a correr. Le encanta que esté en forma, de hecho, le gusta el resultado.

Desde el punto de vista físico, me encuentro en plena forma, mejor de lo que he estado nunca, y se nota. Mi cuerpo está estilizado y tonificado y soy un ejemplo andante de los beneficios de una dieta sana, de tomar el aire y hacer ejercicio con regularidad. Me está creciendo el pelo sin puntas abiertas y tengo

la piel suave y bronceada. No recuerdo la última vez que me salió una espinilla.

—Mi última carrera fue de casi cinco kilómetros en dieciséis minutos y veinte segundos —le digo a Julian sin falsa modestia—. No creo que haya muchos tíos que puedan superarlo.

—Es cierto —asiente Julian partiéndose de risa—. Yo, probablemente, no podría.

¿En serio? Me encanta la idea de ganar a Julian en algo.

—¿Quieres intentarlo? Estaría encantada de competir contigo.

—No lo hagas Julian —dice Beth riéndose—. Es rápida, lo era antes, pero ahora corre como un gamo.

—¿Ah, sí? —Me mira levantando una ceja—. Conque como un gamo, ¿eh?

—Eso es. —Le lanzo una mirada retadora—. ¿Quieres competir o eres un poco gallina?

Beth empieza a cacarear y Julian le hace una mueca y le tira un trozo de pan.

—¡Calla, traidora!

Me río de las tonterías que están haciendo y tiro un trozo de pan a Julian; Beth nos regaña a los dos.

—Soy yo la que tiene que limpiar todo este desastre —refunfuña, y Julian promete ayudarla con las migas de pan y suaviza su genio con una de sus supersonrisas.

Cuando está así, su encanto es como un ente vivo que me atrae y me hace olvidar mi verdadera situación. En el fondo, sé que esto no es real y que esta sensación de conexión con ellos, esta camaradería no es más que un espejismo, aunque con cada día que pasa me importa cada vez menos. De una forma extraña, me siento como si fuera dos personas en una: la mujer que está enamorada del asesino guapo y cruel sentado en la mesa y la que observa todo con una sensación de horror y desconfianza.

Tras el desayuno, me pongo la ropa de correr: unos pantalones cortos y un top deportivo y me voy a leer al porche para hacer la digestión antes de correr. Julian, como de costumbre, se va a su despacho. Sus negocios no esperan aunque esté en la isla; un imperio de armas ilegales requiere una atención permanente.

Como Julian rara vez habla de su trabajo, me las he ingeniado para averiguar algunas cosas durante estos últimos meses. Por lo que parece, mi captor es el cabecilla de una organización internacional especializada en la fabricación y distribución de armas de última generación y cierto tipo de dispositivos electrónicos. Sus clientes son empresas e individuos que no pueden conseguir las armas de forma legal.

—Tiene que lidiar con algunos cabrones realmente peligrosos —me dijo Beth en una ocasión—. Muchos de ellos son psicópatas. No me fiaría de ellos ni un pelo.

—Y, entonces, ¿por qué se dedica a esto? —le pregunto—. Es muy rico, estoy segura de que no necesita el dinero.

—No se trata del dinero —explica Beth—. Es por pura diversión, por el reto que supone. Los hombres como Julian funcionan así.

Algunas veces me pregunto si eso es precisamente lo que a Julian le gusta de mí, el desafío de doblegarme, de moldearme para convertirme en lo que sea que necesite. ¿Le resultará emocionante que sea su cautiva y pueda hacer lo que quiera conmigo? ¿Lo excita todo lo que no sea legal?

—¿Lista?

La voz de Julian interrumpe mis pensamientos; levanto la mirada y lo veo de pie, vestido únicamente con unos pantalones cortos negros y unas zapatillas de deporte. Su torso desnudo se dibuja fuerte y musculado y su piel dorada brilla a la luz del sol, lo que hace que desee tocarlo entero.

—Mmm, sí.

Me levanto, dejo el libro y comienzo a hacer estiramientos. Por el rabillo del ojo veo que Julian hace lo mismo. Tiene un cuerpo increíble y me pregunto qué hará para mantenerlo en forma. Nunca lo he visto entrenarse aquí en la isla.

—¿Haces algo de ejercicio cuando viajas? —pregunto mientras miro descaradamente cómo se agacha y se toca los dedos de los pies con una flexibilidad sorprendente—. ¿Qué haces para mantenerte tan bien?

Se incorpora y sonríe.

—Me entreno con mis hombres cuando puedo. Imagino que

tú lo llamarías hacer ejercicio.

—¿Tus hombres?

Inmediatamente pienso en el matón que propinó la paliza a Jake. Recordarlo me pone enferma y dejo de pensarlo; no quiero darle vueltas a temas tan terribles ahora. Algunas veces tengo que separar mi nueva vida en secciones, mantener apartados los buenos de los malos momentos. Es mi propio mecanismo de defensa.

—Mis guardaespaldas y otros empleados —explica Julian mientras nos dirigimos a la playa andando rápido para calentar—. Algunos pertenecieron a las Fuerzas de Operaciones Especiales de la Marina de EE. UU. Entrenar con ellos no es fácil, créeme.

—¿Te entrenas con militares? —Paro y lanzo a Julian una mirada dura—. Lo de antes era coña, ¿verdad? Cuando me decías que no puedes ganarme.

En su boca se refleja una sonrisa maliciosa y seductora.

—Pues no sé, mi gatita —dice con suavidad—. ¿Tú qué crees? ¿Por qué no echamos una carrera y lo vemos?

—Vale —respondo, dispuesta a darlo todo—. Vamos.



EMPEZAMOS LA CARRERA EN UN ÁRBOL QUE YA MARQUÉ EN SU DÍA CON ESTE propósito. En la otra punta de la isla hay otro árbol que servirá de línea de meta. Si corremos por la arena, por la orilla, son 4,8 km de carrera.

Julian cuenta hasta cinco, pongo el cronómetro y empezamos; vamos a un ritmo razonablemente rápido, pero que no es la velocidad máxima que podemos alcanzar. Mientras corro, siento cómo los músculos se adaptan fácilmente al movimiento, voy aumentando el ritmo y aprieto más de lo que suelo hacer a estas alturas de la carrera. Julian corre a mi lado y sus zancadas amplias le permiten seguirme sin ninguna dificultad.

Corremos en silencio y, de vez en cuando, miro de reojo a Julian. Estamos en la mitad de la carrera, sudo y respiro intensamente, pero mi atractivo captor parece no tener que estar

haciendo mucho esfuerzo. Está en plena forma, sus músculos tersos brillan con las gotas de sudor, flexionándose y extendiéndose con cada movimiento. Corre con suavidad, se apoya en la planta de los pies; siento envidia por esas zancadas tan naturales y me encantaría tener la mitad de su fuerza y resistencia.

Cuando entramos en los últimos ochocientos metros aumento la velocidad, decidida a intentar ganarle a pesar de lo inútil del esfuerzo. Ni siquiera jadea todavía y yo, en cambio, ya estoy sin aliento. Él también incrementa la velocidad, sin embargo, por mucho que me esfuerzo no puedo adelantarlo. Está prácticamente pegado a mí.

Cuando estamos a unos cien metros del árbol, estoy empapada de sudor y todos mis músculos suplican oxígeno. Estoy a punto de desplomarme y soy consciente de ello, en cambio, hago un último intento y esprinto hasta la meta.

Justo cuando me dispongo a tocar el árbol con la mano y ya casi he ganado, la mano de Julian toca el tronco, justo un segundo antes que yo.

¡Qué frustración! Me giro y apoyo la espalda en el árbol y Julian se inclina sobre mí.

—¡Te pillé! —dice con ojos brillantes y veo que respira casi con total normalidad.

Mi respiración es entrecortada y lo empujo, pero no retrocede, sino todo lo contrario, se acerca y mete la rodilla entre mis muslos. Al mismo tiempo, me agarra por las corvas y me levanta contra él. Abro los muslos a la vez que me presiona la pelvis con su miembro erecto. Nuestra carrera parece haberlo excitado.

Jadeo, lo miro fijamente y le agarro los hombros. Yo apenas puedo mantenerme de pie y ¿él quiere follar?

Obviamente, la respuesta es sí, porque me baja al suelo un segundo, me baja los pantalones y la ropa interior y se quita su ropa. Me balanceo, las piernas me tiemblan por el esfuerzo. No me puedo creer lo que está pasando. ¿Quién quiere follar después de una carrera? Si solo quiero tumbarme y beberme un litro de agua.

Sin embargo, Julian tiene otra idea.

—Arrodíllate —me ordena con la voz ronca y me empuja antes siquiera de que pueda obedecer.

Me arrodillo despacio y me preparo para lo que viene. Esta postura me ayuda, en cierto modo, a recuperar el aliento e inspiro. La cabeza me da vueltas debido al calor y a la dura carrera y espero no desmayarme.

Noto como me pone el brazo musculoso debajo de las caderas para sostenerme y, a continuación, siento la presión de la polla contra los glúteos. Mareada y temblorosa, aguardo al empujón que nos una, con mi sexo traicionero, húmedo y palpitante. La respuesta de mi cuerpo a Julian es de locos, teniendo en cuenta mi estado físico general.

Me retira el pelo sudado de la espalda, se inclina para besarme el cuello y me cubre con su pesado cuerpo.

—¿Sabes? —susurra—. Estás preciosa cuando corres. Llevo queriendo hacer esto desde el primer kilómetro.

Y con este comentario me penetra hasta el fondo.

Lloro, me aferro a la tierra con las manos cuando empieza a penetrarme y me agarra las caderas. Se me nublan los sentidos y me centro únicamente en esto, en los movimientos rítmicos de sus caderas y en el placer y dolor de esta posesión brusca. Siento como si estuviera ardiendo y muriendo por dentro, fruto del calor y la lujuria. La presión que siento es tan grande, tan insoportable, que echo la cabeza hacia atrás y doy un grito mientras mi cuerpo entero explota; el orgasmo es tan fuerte que me desmayo.

Cuando recupero la consciencia, estoy en el regazo de Julian y me está meciendo. Tiene la espalda apoyada en el árbol de la meta y me da sorbos de agua con cuidado para que no me atragante.

—¿Estás bien, cielo? —pregunta y me mira. Su preciosa cara refleja una preocupación real.

—Mmm, sí. —Todavía tengo la garganta seca, pero me encuentro mejor y un poco avergonzada por el desmayo.

—No sabía que estuvieras tan deshidratada —dice frunciendo el ceño—. ¿Por qué has querido llegar tan lejos?

—Porque quería ganar —admito; cierro los ojos y respiro el

aroma de su piel.

Huele a sexo y sudor, una combinación extrañamente seductora.

—Toma, bebe más agua— dice y abro los ojos de nuevo.

Obedezco y bebo cuando me acerca la botella a la boca. La botella de agua estaba en una nevera que escondí en este lado de la isla para poder hidratarme después de correr.

Tras unos minutos y una botella de agua me siento suficientemente bien como para andar de vuelta, pero Julian no me deja caminar. Cuando me pongo de pie se agacha y me coge en brazos sin ningún tipo de esfuerzo, como si fuera una muñeca.

—Agárrate a mi cuello —me pide. Lo rodeo con los brazos y dejo que me lleve a casa.

CAPÍTULO 18

A LA MAÑANA SIGUIENTE, ME LEVANTO CON LA MAGNÍFICA SENSACIÓN DE QUE ME están masajeando los pies. Durante unos segundos me siento tan bien que me parece estar soñando e intento evitar despertarme. Sin embargo, sentir que unos dedos fuertes me masajean el pie es tan real que suspiro de felicidad cuando me frotan cada dedo con la presión adecuada.

Abro los ojos y veo a Julian sentado en la cama, espléndido en su desnudez y sosteniendo una botella de aceite para masajes. Se echa un poco en la mano, se inclina hacia mí y me empieza a masajear los tobillos y después las pantorrillas.

—Buenos días —susurra mientras me mira.

Lo observo callada y con sorpresa. Julian ya me ha masajeado antes, pero normalmente para relajarme antes de hacerme algo que me va a hacer gritar. Nunca antes me había despertado de esta forma tan placentera.

Tiene una media sonrisa sensual y no puedo evitar mis nervios.

—Mmm, Julian —digo con inseguridad—. ¿Qué... qué estás haciendo?

—Darte un masaje —dice divertido con los ojos brillantes—. ¿Por qué no te relajas y disfrutas?

Parpadeo y contemplo cómo mueve las manos despacio por mis pantorrillas. Tiene las manos largas, fuertes y masculinas. Mis piernas parecen esbeltas y femeninas a su lado, a pesar de que tengo los músculos bien definidos de correr. Siento las

callosidades de las palmas de sus manos que me rascan suavemente la piel; trago saliva cuando pienso que esas manos son las de un asesino que se ha metido en mi mente.

—Date la vuelta —dice tirándome de las piernas y me dejo caer sobre la tripa, todavía nerviosa. ¿Qué pretende? No me gustan las sorpresas cuando se trata de Julian.

Empieza a masajearme la parte trasera de las piernas, concretamente las zonas más doloridas por la carrera de ayer; gimo levemente y siento cómo los músculos tensos empiezan a relajarse con el masaje de sus habilidosos dedos. Aun así, no puedo relajarme del todo. Julian es demasiado imprevisible como para estar tranquila.

Por lo que veo, se percata de mi inquietud, así que se inclina sobre mí y me susurra al oído:

—Solo es un masaje, mi gatita. No te preocupes.

Algo más tranquila, me relajo y me acomodo en el colchón. Las manos de Julian son fabulosas. Alguna vez me han dado masajes profesionales y, ni de lejos, eran tan buenos. Está en total armonía conmigo, presta atención al más pequeño cambio en mi respiración, a la más mínima variación en mis músculos. Tras unos minutos así, dejo de preocuparme por la conducta extraña de Julian y me dejo llevar por esta experiencia maravillosa.

Una vez que me ha masajeadado todo el cuerpo y estoy tumbada, relajada y feliz, me coge y me lleva a la ducha. Después, va bajando por mi cuerpo, complaciéndome con la boca hasta que alcanzo un orgasmo increíble.

En el desayuno canturreo de alegría. Es la mejor mañana desde hace meses, quizás hace años. Por alguna extraña coincidencia, Beth me prepara mi comida favorita: huevos benedictinos con pastel de cangrejo. No he comido nada tan exquisito desde que llegué a la isla. Lo que Beth nos prepara está bien, suele ser comida saludable. Nuestra dieta se compone de frutas, verduras y pescado. No recuerdo la última vez que tomé algo tan rico como la salsa holandesa que ha hecho Beth hoy.

—Mmm, qué rico —murmuro cuando doy un bocado—. Beth, esto está buenísimo. Probablemente sean los mejores huevos

que he comido.

Me sonrío.

—Me han salido buenos, ¿verdad? No estaba segura de si había seguido bien la receta, pero parece que sí.

—Sí, sí —afirmo antes de servirme otra ración—. Esto está delicioso.

Julian sonrío y los ojos le brillan de alegría.

—¿Tienes hambre, mi gatita?

Él ya se ha comido un buen plato, pero yo voy camino de alcanzarlo.

—Estoy muerta de hambre —digo a la vez que me llevo otro trozo a la boca. Imagino que ayer quemé muchas calorías.

Estoy seguro dice con una amplia sonrisa y cuenta a Beth cómo casi gané la carrera, sin mencionar nada del polvo que echamos y mi desmayo posterior.

Cuando acabamos de desayunar, estoy tan llena que no me cabe nada más. Doy las gracias a Beth, me levanto y cuando me dispongo a coger un libro para leer un rato tranquila en el porche, Julian me coge de la muñeca.

—Espera, Nora —dice con suavidad, volviendo a sentarme en mi sitio.

—Beth ha preparado algo más hoy. —Echa a Beth una mirada misteriosa y, en ese momento, Beth se levanta y va a la cocina.

—Ah, vale.

Estoy desconcertada. ¿Había preparado algo y no lo ha sacado en el desayuno?

En ese instante, Beth vuelve a la mesa con una tarta de chocolate en una bandeja, una tarta con un montón de velas encendidas.

—Feliz cumpleaños, Nora —dice Julian con una sonrisa, a la vez que Beth coloca la tarta delante de mí—. Ahora, pide un deseo y sopla las velas.



SOPLO LAS VELAS DE FORMA AUTOMÁTICA, CASI SIN DARME CUENTA DE QUE ES EL tercer intento que hago. Beth aplaude, lo celebra y oigo el ruido a

lo lejos. La cabeza me da vueltas, estoy extrañamente atontada, como ajena a todo. Solo pienso en que es mi cumpleaños.

«Mi cumpleaños. Es mi cumpleaños. Hoy cumpla diecinueve años».

Al caer en la cuenta quiero gritar.

Conocí a Julian poco antes de mi último cumpleaños y me trajo a esta isla poco después. Si hoy es mi cumpleaños, significa que ha pasado cerca de un año desde mi secuestro, desde que estoy aquí, a merced de Julian y completamente aislada del resto del mundo.

He pasado un año de mi vida en cautiverio.

Me siento como si me faltara el aire, pero sé que solo es mi imaginación. Hay oxígeno de sobra, pero parece que no puedo respirar.

—¿Nora? —El zumbido de la voz de Beth me penetra en los oídos.

—¿Estás bien, Nora?

Hago lo posible para respirar y miro la tarta. Beth me observa fijamente con el ceño fruncido y Julian deja de sonreír. Vuelve a parecer un extraño peligroso, con la mirada oscura e inquietante.

Hago un esfuerzo sobrehumano para mantener el tipo y trato de sonreír.

—Claro. Gracias por la tarta, Beth.

—Queríamos darte una sorpresa —dice, y su gesto se suaviza cuando contesto.

—Espero que todavía te quede hueco para el postre. La tarta de chocolate es tu favorita, ¿verdad?

El zumbido se intensifica en mis oídos.

—Mmm, sí. —A pesar de mis intentos, parece que no puedo hablar—. Y vaya si me habéis sorprendido.

—Déjanos, Beth —dice Julian de forma brusca—. Nora y yo necesitamos estar a solas.

Beth pestañea, sorprendida por el tono de voz de Julian. Nunca lo había oído hablar así. No obstante, obedece inmediatamente y sube corriendo a su habitación.

Hacía tiempo que no veía a Julian tan enfadado y sé que debería estar aterrada, pero en este momento no soy capaz ni de

preocuparme por lo que pasará. Me tiemblan todos los músculos del cuerpo debido al esfuerzo que estoy haciendo para contener el terrible torbellino que se está formando dentro de mí; es un alivio que Beth se haya ido.

«Un año. Ha pasado un puto año».

Siento una rabia que jamás había experimentado. Es como si se hubiera abierto una presa y fuera imposible contenerla. Una neblina roja me invade y me impide ver bien y el zumbido en los oídos es cada vez más fuerte, como si mis sentimientos estuvieran incontrolados.

En cuanto Beth se va, exploto. Ya no soy racional o razonable, soy la ira personificada. Cojo lo primero que tengo a mi alcance, la tarta de chocolate, y la tiro por la habitación; hay trozos de chocolate por todas partes. Después tiro el plato y la copa contra la pared y los rompo en mil pedazos y, mientras tanto, oigo un grito que se acerca a mí desde la distancia. Una parte de mi cerebro, todavía cuerda, se da cuenta de que soy yo misma, son mis propios gritos e insultos lo que estoy escuchando, sin embargo, no puedo parar. Toda la rabia, miedo y frustración del último año han brotado a la superficie, han entrado en erupción y escupen una lava de rabia feroz.

No sé cuánto tiempo estoy en este estado hasta que unos brazos duros como el acero me agarran por detrás y me sujetan de una forma que me resulta familiar. Doy patadas y grito hasta quedarme ronca, pero me esfuerzo en vano. Julian es mucho más fuerte que yo y ahora utiliza esa fuerza para aplacarme, para agarrarme hasta que quedo exhausta y rendida; empiezo a llorar.

—¿Has acabado? —me susurra en el oído y noto ese tono oscuro y conocido en su voz. Como de costumbre, lo encuentro siniestro y excitante, mi cuerpo desea el dolor y el éxtasis demoledor que lo acompaña.

Muevo la cabeza como respuesta a la pregunta que me hace Julian, pero sé que se me ha pasado, que lo que quiera que me haya ocurrido ya ha terminado y me ha dejado agotada y vacía.

Julian me gira y me coloca frente a él. Lo miro con ojos vidriosos, con impotencia y atraída por la perfecta simetría de sus rasgos. La parte superior de sus pómulos está algo sonrojada

y hay algo inquietante en la forma en que me observa, como si quisiera devorarme, arrancarme el alma y tragársela. Nuestras miradas se cruzan y sé que, en estos momentos, estoy al borde de un precipicio, como si el suelo se abriera bajo mis pies.

Justo entonces veo las cosas con claridad.

No estoy enfadada por llevar un año recluida en la isla. No, mi rabia va más allá, es más profunda. Lo que me quema por dentro no es haber estado cautiva todo este tiempo, sino que me ha empezado a gustar mi cautiverio.

Durante los últimos meses, de algún modo, he llegado a asumir mi nueva vida. He llegado a disfrutar de la tranquilidad, del ritmo relajado de la isla. El océano, la arena, el sol, es lo más cercano al paraíso que haya imaginado. La libertad y lo que implica son tan solo un sueño vago e imposible. Casi no recuerdo las caras de las personas que he dejado atrás; son imágenes borrosas en mi mente. Solo me importa el hombre que me tiene en sus brazos.

Julian, mi captor, mi amante.

—¿Por qué, Nora? —me pregunta casi sin hablar. Me agarra fuerte con los brazos y me clava los dedos en la espalda. Cuando no contesto su expresión se oscurece aún más—. ¿Por qué?

Sigo callada, sin querer dar el último e irremediable paso. No soporto ver a Julian así. No puedo. ¡Me ha robado tanto! No puedo dejarle que también se quede con esto.

—Dime —me ordena mientras me mete una mano y la enrolla en mi pelo, me empuja el cuello y me obliga a echarme hacia atrás—. Dímelo.

—Te odio —digo soltando un graznido y reuniendo lo últimos retazos de rebeldía que me quedan. Mi voz es áspera y ronca de los gritos—. Te odio.

Sus ojos desprenden un fuego azul.

—¿De verdad? —susurra, inclinándose sobre mí a la vez que me mantiene pegada a él con la cabeza hacia atrás—. ¿Me odias, mi gatita?

Lo miro sin pestañear. De perdidos al río.

—Sí —siseo—. ¡Te odio!

Quiero que me crea porque la alternativa es inadmisibile. No

puede saber la verdad. No puede saberlo.

El rostro de Julian se endurece y se queda helado. Aparta rápidamente los platos que quedan encima de la mesa, los tira al suelo, me empuja encima de la mesa y me obliga a inclinarme hacia adelante con la cara mirando a la superficie de madera. Intento darle una patada, pero es inútil. Me ha agarrado la parte posterior del cuello con una mano y, a continuación, oigo el sonido amenazador del cinturón desabrochándose.

Continúo dándole patadas y consigo tocarle la pierna. Por supuesto, no logro nada con ello. No puedo huir. Nunca podré escapar de Julian.

Se inclina sobre mí, me presiona contra la mesa y continúa apretándome con fuerza la parte trasera del cuello.

—Eres mía, Nora —dice con dureza. Su cuerpo me domina y me excita—. Me perteneces, ¿lo entiendes? Cada parte de ti es mía. —Su erección me presiona los glúteos y su dureza es a la vez una amenaza y un presagio.

Se echa para atrás sin soltarme la mano detrás del cuello y oigo el ruido sibilante de las trabillas del cinturón. Después, me levanta el vestido y me deja desnuda de cintura para abajo. Aprieto los ojos y me preparo para lo que viene.

¡Zas, zas! El cinturón aterriza en mi trasero una y otra vez; con cada golpe me arden los muslos y los glúteos. Oigo mis propios gritos, siento cómo mi cuerpo se tensa con cada golpe y me lleva a ese estado extraño donde todo se pone del revés, donde el dolor y el placer se chocan, resulta difícil distinguirlos y mi verdugo es el único consuelo. Mi cuerpo se relaja y se funde. Cada azote del cinturón es más como una caricia y sé que es justo lo que necesito ahora: que Julian haya accedido a esa oscuridad, a esa parte íntima de mí que no es más que un reflejo de sus propios deseos perversos. Es una parte de mí que desea perder el control por completo para solo ser suya.

Cuando Julian se detiene y me gira, ya ni me resisto. El subidón de endorfinas es más poderoso que cualquier otra sensación que haya experimentado antes; me aferro a él en una búsqueda desesperada de consuelo, de sexo, de lo más parecido al amor y al cariño. Le rodeo el cuello con los brazos y lo empujo

contra mí hacia la mesa, disfruto de su sabor, de los besos desesperados con que me devora la boca. Siento que me arde el trasero, pero eso no disminuye mi deseo, si acaso, lo intensifica. Julian me ha enseñado muy bien. Mi cuerpo está a la espera del placer que viene después.

Se baja la cremallera, se quita los pantalones y me penetra con un empujón fuerte. Me estremezco del éxtasis, que casi roza la agonía, y le rodeo la cintura con las piernas. Dejo que me penetre más profundamente, necesito que me folle, que me reclame de la forma más primitiva posible.

—Dime, nena —me susurra en el oído. Me roza la sien con los labios y me introduce la mano derecha en el pelo para inmovilizarme—. Dime cuánto me odias. —Y lleva la otra mano a la zona donde estamos unidos, me toca y después baja unos cinco centímetros, hasta mi otro orificio. Dime...

Jadeo cuando me mete el dedo en el ano y mis sentidos se desbordan por las sensaciones contradictorias que estoy sintiendo. Abro los ojos y miro a Julian, aturdida y con la visión de mi propia oscuridad reflejada en su cara. Quiere poseerme, romperme para volver a recomponerme y no voy a seguir resistiéndome.

—No te odio —digo despacio y con voz rasposa; tengo la garganta seca y trago saliva para suavizarla—. No te odio, Julian.

Se le refleja el triunfo en la cara. Empuja y me introduce el miembro más profundamente; reprimo un gemido y continuo contemplándolo.

—Dímelo —me ordena de nuevo con una voz más profunda. Le arden los ojos de deseo y no puedo resistirme a la petición que veo. Me quiere entera, no me queda otra más que entregarme a él.

—Te quiero. —Mi voz es casi inaudible, cada palabra que pronuncio es como si me la arrancaran del alma—. No te odio, Julian. No puedo... porque te quiero.

Veo cómo se le dilatan las pupilas y se le oscurecen los ojos. La polla se le agranda dentro de mí, se pone más dura; la saca y la vuelve a meter, lo que me hace jadear, fruto de esta posesión salvaje.

—Dímelo otra vez —gime y lo repito; las palabras salen con más facilidad esta segunda vez. No hay necesidad de esconder la verdad más tiempo, no hay razón para mentir. Me he enamorado perdidamente de mi sádico captor y nada puede cambiarlo.

—Te quiero —susurro mientras muevo la mano y le acaricio la mejilla—. Te quiero, Julian.

Se le oscurecen más los ojos e inclina la cabeza para darme un beso voraz.

Ahora soy completamente suya y lo sabe.

CAPÍTULO 19

LOS TRES MESES SIGUIENTES PASARON VOLANDO.

Después de ese día —al que llamo el del «incidente del cumpleaños»— mi relación con Julian ha cambiado de manera evidente, se ha vuelto más... romántica, a falta de una palabra que lo refleje mejor.

Es una aventura sexual, eso lo sé. Puede que sea adicta a Julian, pero no se me ha ido tanto la cabeza como para no percatarme de lo perjudicial que es todo esto. Me he enamorado de mi secuestrador, del hombre que me tiene aquí prisionera.

El hombre que parece necesitar mi amor y mi cuerpo.

No sé si me corresponde, ni tan siquiera si es capaz de enamorarse. ¿Cómo amar a una persona a la que has privado de libertad sin dudarlo? Aun así, siento que tiene la obligación de cuidarme, de que esa obsesión por mí no es solo sexual. Está presente en la forma en que a veces me mira, en el modo en que intenta anticiparse a mis necesidades.

Siempre me trae mi comida favorita y los libros y la música que más me gustan. Si comento que necesito una crema para las manos, me la compra en el siguiente viaje. Me consiente casi como a una niña. Se enorgullece de mis cumplidos y halaga mis obras de arte, tanto que se lleva varias con él para colgarlas en la oficina de Hong Kong.

También me echa de menos cuando no estamos juntos. Lo sé porque me lo dice y porque cuando vuelve, se abalanza sobre mí como un hombre hambriento que acaba de salir de la cárcel. Más

que nada, eso me da esperanzas para que lo que siente por mí vaya más allá de ser un simple objeto de su posesión.

—¿Te ves con otras mujeres? ¿Fuera, en el mundo real? —pregunto durante el desayuno, después de una noche en la que me ha hecho el amor tres veces seguidas.

La pregunta me ha estado reconcomiendo durante meses y ya no puedo aguantarme más. Mi secuestrador es maravilloso, tiene ese encanto peligroso a la vez que magnético que hace que decenas de mujeres se rindan a sus pies. Me lo puedo imaginar durmiendo cada noche junto a una preciosidad; cuando lo pienso me entran ganas de apuñalar a alguien. Aunque tienda al sadomasoquismo, no tendría ningún problema en encontrar una compañera de cama; hay miles de mujeres que, al igual que yo, encuentran placer en el dolor erótico.

Me sonrío con cierta diversión oscura, no muestra ni una mínima gota de desconcierto por mi despliegue de celos.

—No, mi gatita —dice con suavidad.

Alarga el brazo y me toma la mano, acariciándome la muñeca con el pulgar.

—¿Por qué querría follar con otra persona si ya te tengo a ti? No he estado con otra desde que te conocí.

—¿En serio?

No sé cómo encajarlo. Me sorprende. ¿Julian me ha sido fiel todo este tiempo?

Me mira, curva los labios y me sonrío de una manera irresistible y pecaminosa.

—Sí, cielo —responde.

En este momento, soy la mujer más feliz del mundo.

Me encanta cuando me dice «cielo». Es una palabra muy común, lo sé, pero de algún modo, cuando sale de su boca, suena diferente, como si me acariciara con esa palabra. Prefiero que me diga «cielo» a «mi gatita».

Aunque sé lo que soy para él: su mascota, su posesión. Le gusta pensar que le pertenezco, que es el único hombre que me toca y me mira. Le gusta vestirme con las prendas que me da, alimentarme con la comida que me trae. Dependo totalmente de él, estoy a su merced; creo que algo de eso me atrae, aunque

intento apaciguar los demonios que suelen estar al acecho bajo la superficie.

En realidad, no me importa que me posea. Darse cuenta de ello es alarmante, pero parece que ese tipo de dinámica le atrae a algo dentro de mí. Me siento protegida y cuidada, aunque la lógica me diga que ni por asomo debo sentirme a salvo con un hombre que emplea las armas para ganarse la vida: un hombre que admitió haber matado sin ninguna compasión. Las manos que me tocan por la noche son aquellas que han llevado a la muerte a otras personas, pero hay cierta chispa en ello. De alguna forma, hace que todo sea más intenso, me ayuda a sentirme más viva.

Además, a pesar de la necesidad que tiene de hacerme daño, no me lo ha hecho en realidad, al menos, no físicamente. Cuando está en plan sadomasoquista, suelo terminar llena de marcas y moratones en la piel, pero desaparecen con facilidad. Nunca me ha herido, aunque soy consciente de que mi sangre y las lágrimas —mis lágrimas— lo excitan y lo ponen.

Cuando comparto algunos de mis sentimientos con Beth, no la sorprenden en absoluto.

—Sé que estáis hechos el uno para el otro desde el primer momento en que os vi juntos —dice mientras me mira con una sonrisa burlona—. Cuando estáis juntos en la misma habitación, es como si saltaran chispas. Nunca había visto tanta química entre dos personas. Lo que tenéis es extraño y especial. No luches contra él, Nora. Julian es tu destino, y tú, el suyo.

Parece estar totalmente convencida de ello.



POR LA NOCHE, MI VIDA CAMBIA DE MANERA IRREVOCABLE, TODO EMPIEZA COMO algo normal.

Julian está en la isla. Cenamos un menú delicioso antes de que me suba arriba para una larga sesión de sexo. Es una de esas ocasiones en las que es amable; me entrega su cuerpo como si fuera una diosa. Me quedo dormida, relajada y satisfecha, mientras me sujeta entre los brazos con firmeza.

Me despierto en mitad de la noche para ir al cuarto de baño y siento un dolor ligero cerca del ombligo. Trato de aliviar el dolor, me lavo las manos, me meto en la cama sin hacer ruido y me echo al lado de Julian. También tengo algunas náuseas y me planteo si se trata de un corte de digestión. ¿Puede que me haya sentado mal la cena?

Intento quedarme dormida, pero el dolor empeora a cada minuto que pasa. Desciende hacia la parte derecha inferior del abdomen y es cada vez más intenso y agonizante. No quiero despertar a Julian, pero no puedo soportarlo más. Necesito un analgésico.

—Julian —le susurro al oído, acercándome a él—. Julian, creo que estoy enferma.

Se despierta inmediatamente, se incorpora y enciende la lámpara de la mesita. No tiene cara de asombro, está tan atento como si fuera mediodía en vez de las tres de la madrugada.

—¿Qué pasa?

Me encojo como una pelota pequeña a medida que el dolor se intensifica.

—No lo sé —logro decirle—. Me duele el estómago.

Encaja las cejas.

—¿Dónde te duele, cielo? —dice con suavidad, sujetándome por la espalda.

—A... abajo —añado, con dificultad para respirar y empiezo a llorar por el dolor.

—¿Aquí? —pregunta mientras presiona un lado.

Niego.

—¿Aquí?

—¡Sí!

De algún modo, encuentra la zona exacta del dolor.

Inmediatamente, se levanta y empieza a vestirse.

—¡Beth! —chilla—. Beth, ven aquí ahora mismo.

Entra deprisa en la habitación unos treinta segundos después, poniéndose una bata encima del pijama.

—¿Qué pasa?

Parece alarmada, al igual que yo. Nunca había visto a Julian así. Parece casi... asustado.

—Prepárate —dice con firmeza—. La voy a llevar a la clínica, te vienes con nosotros. Puede que sea apendicitis.

¡Apendicitis! Ahora que lo dice, eso lo explicaría todo, aunque sigue asustándome. No soy médico, pero sé que si el apéndice explota antes de que lo corten, estoy jodida. Estaría aterrada si estuviera a una hora de la clínica, pero estoy en una isla privada en medio del Pacífico. ¿Qué pasa si no llego al hospital a tiempo?

Julian debe estar pensando lo mismo porque su expresión es desalentadora cuando me pone una bata y me coge mientras me saca de la habitación.

—Puedo caminar —protesto con cierta debilidad y el estómago se agita cuando Julian baja las escaleras.

—No te lo crees ni tú.

Lo dice con un tono muy brusco, pero no me ofende. Sé que está preocupado por mí e incluso, aunque me duela, siento su cariño.

Cuando llegamos al hangar, Beth abre las puertas para que entremos y se queda atrás esperando en la parte trasera del avión. Julian me pone el cinturón en el asiento del pasajero y me doy cuenta de que mi mayor deseo está a punto de cumplirse.

Voy a salir de la isla.

El estómago me da tumbos y cojo la bolsa de papel marrón que tengo delante de mí. De repente tengo náuseas en la garganta. Vomito; estoy sudando y temblando.

Lo oigo decir palabrotas cuando el avión empieza a despegar. Estoy tan avergonzada que me quiero morir.

—Lo siento —susurro, mientras los ojos me arden.

En la vida me había sentido tan miserable.

—No pasa nada —dice con brusquedad—. No te preocupes por eso ahora.

—Ten —Beth me da una toallita húmeda por detrás—. Hará que te sientas mejor.

Pero no lo logra. De hecho, mientras el avión sigue subiendo, me entran ganas de vomitar de nuevo. Me quejo, me aprieto el estómago, se intensifica el dolor en el costado derecho.

—Mierda —murmura Julian—. ¡Joder!

Tiene los nudillos blancos donde sujeta los mandos.

Vuelvo a vomitar.

—¿Cuánto queda para llegar? —pregunta Beth con un tono mucho más agudo de lo normal.

—Dos horas —responde Julian con seriedad—. Si el viento está de nuestro lado.

Esas dos horas se me hacen eternas, las más eternas de mi vida. Cuando el avión empieza a bajar, ya he vomitado cinco veces, ya he sobrepasado con creces el límite de la vergüenza. El dolor del estómago se ha transformado en agonía y solo soy consciente de la profunda miseria que me inunda.

Me cogen unas manos fuertes, que me sacan del avión. Apenas observo que Julian me lleva a algún sitio, sosteniéndome contra su pecho. Hay barullo de voces que hablan una mezcla de inglés y de otras lenguas. Después, me colocan en una camilla que recorre un largo pasillo hasta llegar a una sala blanca esterilizada.

Muchas personas con batas blancas se mueven a mi alrededor. Un hombre les grita y da órdenes en esa misma mezcla de lenguas. Siento un pinchazo brusco en el brazo, me ponen una vía intravenosa en la muñeca. Aturdida, miro hacia arriba para ver a Julian, de pie en la esquina, con una cara extremadamente pálida y con un brillo en los ojos... Entonces me inunda la oscuridad de nuevo.

CAPÍTULO 20

CUANDO RECUPERO LA CONSCIENCIA, SOLO SIENTO UNA LIGERA MEJORÍA. TENGO LA cabeza como un bombo y el dolor persistente en el costado no desaparece, aunque es diferente, menos intenso, parece más una molestia. Por un momento, creo que me he quedado durmiendo sintiéndome mareada y que he soñado todo esto, pero el olor me dice otra cosa. Sin duda, huele a antiséptico, algo que solo se encuentra en consultas y hospitales.

Ese olor implica que estoy viva... y fuera de la isla.

Al pensarlo, se me empieza a acelerar el corazón.

—Se ha despertado —dice una voz femenina para nada familiar con acento inglés que parece dirigirse a alguien más en la habitación.

Oigo pasos y alguien se sienta a mi lado en la cama. Unos dedos cálidos me tocan y me acarician en la mejilla.

—¿Cómo te encuentras, cielo?

Abro los ojos haciendo un esfuerzo, contemplo los rasgos bonitos de Julian.

—Como si me hubieran abierto y cosido después —digo a duras penas.

Tengo la garganta tan seca y molesta que me duele al hablar. Siento un dolor leve y palpitante en el costado derecho.

—Aquí tienes.

Julian me alarga una taza con una pajita.

—Debes estar seca.

Me lo acerca a la cara y obedientemente cierro los labios

alrededor de la pajita para absorber un poco de agua. Tengo la mente un poco difusa y, por un momento, el muro que separa los buenos y los malos recuerdos se desmorona. Me acuerdo del primer día en la isla, cuando Julian me ofreció una botella de agua y un escalofrío me recorre la espalda. En ese momento, Julian no es el hombre al que amo; vuelve a ser mi enemigo, el que me secuestró, el que me raptó.

—¿Tienes frío? —pregunta, mientras retira la taza.

Después me echa una manta por los hombros.

—Esto... sí, un poco.

«He salido de la isla. Dios, he salido de la isla».

Me da vueltas la cabeza. Me siento como dividida, como si fuera dos personas diferentes: la chica aterrada que insiste en que esta es la oportunidad para escapar y la mujer que ansía que Julian la toque.

—Te han quitado el apéndice —dice Julian, mientras me aparta un mechón de la frente—. La operación ha ido como la seda y no debería haber ninguna complicación. ¿No es así, Angela?

Entonces mira a su izquierda.

—Sí, señor Esguerra.

¿Esguerra? ¿Es ese su apellido? Es la misma voz de antes, giro la cabeza para ver a una mujer joven y bajita con una bata blanca. Tiene una piel de color marrón claro, con pelo y ojos oscuros, tirando a negros. Me parece que es de Filipinas o Tailandia, aunque no pretendo dármelas de experta en reconocer nacionalidades.

Lo que sí sé es que es la primera persona que he visto en estos quince meses, aparte de Beth y Julian.

«He salido de la isla. Dios, he salido de la isla». Por primera vez desde que me secuestraron, cabe la posibilidad real de escapar.

—¿Dónde estoy? —pregunto, sin quitar los ojos de encima de la enfermera.

No puedo creer que Julian permita que otra persona me vea, a mí, a la chica que secuestró.

—Estás en una clínica privada de Filipinas —contesta

mientras la mujer se limita a sonreírme—. Angela es la auxiliar que te cuidará.

En ese momento, se abre la puerta y entra Beth.

—Anda, mira quién está despierta —exclama mientras se acerca a la cama—. ¿Cómo te encuentras?

—Creo que bien —digo con cautela.

«Joder, por fin he salido de la puñetera isla».

—Según parece, Julian te trajo justo a tiempo —dice Beth, mientras coge una silla para sentarse a mi lado—. El apéndice estaba a punto de romperse. Lo cortaron y lo cosieron, así que deberías estar como una rosa.

Suelto una pequeña sonrisa... e inmediatamente me quejo por el movimiento, que tira de las grapas del costado.

—¿Te duele? —Julian me mira preocupado.

Se gira hacia Angela y le ordena:

—Dale un analgésico.

—Estoy bien, un poco molesta —digo para tranquilizarlo—. De verdad, que no necesito ningún medicamento.

Lo último que quiero ahora es estar atontada. He salido de la isla, necesito averiguar qué voy a hacer. Hago lo que puedo para mantener la calma, pero me está costando la vida no chillar o cometer una estupidez. Estoy tan cerca de la libertad que casi puedo saborearla.

—Por supuesto, señor Esguerra.

Angela no hace caso a mi desaprobación y se acerca a la cama para toquetear la bolsa de la vía intravenosa.

Julian se inclina en la cama y me besa en los labios.

—Necesitas descansar —me dice con suavidad—. Quiero que estés bien. ¿De acuerdo?

Asiento. Me empiezan a pesar las pestañas a medida que el medicamento comienza a hacer efecto. Por un momento, siento que estoy flotando, que todo el dolor ha desaparecido y que no soy consciente de nada más.



CUANDO ME VUELVO A DESPERTAR, ESTOY SOLA EN LA HABITACIÓN. LA LUZ DEL SOL

brilla a través de las grandes ventanas. Las plantas florecen con alegría en el alféizar. El ambiente es bastante acogedor. Si no fuera por el olor a hospital, las máquinas y los monitores, pensaría que estoy en la habitación de otra persona. Sea lo que sea esta clínica privada, es bastante lujosa, de lo que no me había percatado en realidad.

Se abre la puerta y entra Angela. Me sonrío y me dice con alegría:

—¿Cómo te sientes, Nora?

—Bien —contesto con cautela—. ¿Dónde está Julian?

Hay algo en esta mujer que no me gusta, pero no sé lo que es. Seguramente sea la mejor oportunidad para escapar, pero no sé si puedo confiar en ella. De hecho, podría trabajar para Julian, como Beth.

—El señor Esguerra ha tenido que salir durante un par de horas —dice, sin perder la sonrisa—. No obstante, Beth está aquí. Acaba de irse al baño.

—Ah, vale —la miro fijamente, intentando reunir la valentía necesaria.

Tengo que decirle que me han secuestrado. Tengo que hacerlo. Es la única oportunidad que tengo de escapar. Puede que sea fiel a Julian, pero aun así tengo que intentarlo porque quizá no tenga otra posibilidad de ser libre.

Angela se aproxima a la cama y me acerca la taza con la pajita.

—Aquí tienes —dice con el mismo tono de alegría—. Te traeré algo de comer dentro de un rato.

Levanto el brazo y cojo la taza, aunque hago un gesto de dolor porque el movimiento me tira de las grapas.

—Gracias —digo con entusiasmo, bebiéndome toda el agua.

Tengo que decirle que llame a la policía o como se llame la fuerza del orden público aquí, no sé por qué, pero no lo hago. De hecho, me bebo el agua y veo cómo sale de la habitación, dejándome sola de nuevo.

Me quejo mentalmente. ¿Qué pasa conmigo? Por primera vez en casi un año, la libertad es una posibilidad real y aquí estoy, dando rodeos y posponiéndolo. Me digo que es porque estoy siendo cauta, porque no quiero arriesgarme a que le hagan daño a

nadie más, ni a Angela ni a nadie más en casa, pero por dentro, sé la verdad.

Aunque la libertad me atraiga, también me asusta. Me han secuestrado durante tanto tiempo que ya hasta echo de menos la comodidad de mi cueva. Estar en esta extraña habitación hace que me estrese, que esté ansiosa, y hay una parte de mí que quiere volver a la isla, a la rutina diaria. No obstante, lo más importante es que la libertad implica dejar a Julian y no puedo hacerlo.

No quiero dejar al hombre que me secuestró.

Debería estar celebrando la idea de que la policía venga a arrestarlo, pero, en cambio, me horroriza. No quiero que Julian esté entre rejas. No quiero separarme de él, ni un segundo.

Cierro los ojos, me digo que soy una estúpida, que me han lavado el cerebro, pero no importa.

Mientras estoy en la cama del hospital, acepto que ya no me secuestran contra mi voluntad. Soy una mujer que pertenece a Julian, tal y como me pertenece él a mí ahora.



DURANTE LA SEMANA SIGUIENTE, ME RECUPERO EN LA CLÍNICA. JULIAN VIENE A verme todos los días y pasa varias horas a mi lado, al igual que Beth. Angela me cuida la mayoría del tiempo, aunque también se han pasado un par de médicos para comprobar el expediente médico y ajustar la dosis de analgésicos.

Todavía no le he dicho a nadie que me han secuestrado, tampoco me planteo hacerlo. Por un lado, tengo la impresión de que se le paga al equipo sanitario para que sea discreto. Nadie parece tener curiosidad por saber qué hace una chica estadounidense en Filipinas, pero tampoco creo que vayan a preguntarme. A Angela solo le interesa si me duele, si tengo sed o hambre y si necesito ir al baño. Estoy segura de que, si le pido que llame a la policía, se va a limitar a sonreírme y administrarme más analgésicos.

He visto un par de guardias en el pasillo que hay fuera de la habitación. Los veo cuando abren la puerta. Están armados hasta

los dientes y parecen unos hijos de puta, me recuerdan al que golpeó a Jake.

Cuando pregunto a Julian por ellos, admite que son empleados suyos.

—Están aquí para protegerte —explica, mientras se sienta en la cama—. Ya te dije que tengo enemigos, ¿verdad?

Sí me lo había dicho, pero no me había percatado de la magnitud del peligro. Según Beth, hay un pequeño ejército de guardaespaldas en la clínica y en los alrededores, protegiéndonos de cualquier amenaza que suponga una preocupación para Julian.

—¿Quiénes? —pregunto con curiosidad, mirándolo—. ¿Quién va a por ti?

Me sonrío.

—Eso no es asunto tuyo, mi gatita —dice con amabilidad, aunque con un matiz frío y oculto tras la calidez de su sonrisa.

—Me ocuparé de ellos pronto.

Me estremezco un poco, aunque espero que Julian no se dé cuenta. En algunas ocasiones, mi amante me asusta demasiado.

—Mañana volvemos a casa —dice, cambiando de tema—. Los médicos dicen que tendrás que estar en reposo durante unas semanas, pero que no es preciso que te quedes aquí. Puedes recuperarte en casa.

Asiento. El estómago se endurece por la mezcla de miedo y expectación. Casa... Mi casa en la isla. Esta extraña pausa en la clínica —tan próxima a la libertad— está a punto de acabar.

Mañana empieza de nuevo mi vida real.

CAPÍTULO 21

<<¡PUM, PUM!>>. EL SONIDO DE LA EXPLOSIÓN DE UN COCHE ME SACA DEL SUEÑO profundo. El corazón me martillea, me doblo como si estuviera sentada, luego me agarro las grapas del costado con un pitido de dolor.

<<¡Pum, pum, pum!>>. Sigue el ruido y me quedo helada. Un coche no explota de esa forma.

Se escuchan tiros. Tiros y algunos chillidos.

Está oscuro, la única luz es la que proviene de los monitores a los que estoy conectada. Estoy en la cama en mitad de la habitación, lo primero que vería cualquiera que abriera la puerta. Se me ocurre que también puedo sentarme con una diana pintada en la frente.

Trato de controlar la respiración irregular, me quito la vía del brazo y me pongo de pie. Aún me duele al andar, pero me da igual. Estoy segura de que las balas hacen mucho más daño.

Camino despacio hacia la puerta, la abro solo un poco y echo un vistazo al pasillo. Se me encoge el estómago. No se ve a ningún guardaespaldas; el pasillo está totalmente vacío.

<<Joder. Mierda>>.

Echo una mirada rápida alrededor, busco un sitio en el que esconderme, pero el único armario que hay en la habitación es demasiado pequeño para meterme. No hay otro sitio en el que esconderme. Quedarme aquí sería un suicidio. Necesito salir y tiene que ser ya.

Me aprieto la bata del hospital y con cautela salgo al pasillo.

Como tengo los pies descalzos, noto el frío del suelo, que se une al escalofrío que me recorre por dentro. Fuera de aquí, me siento aún más expuesta y vulnerable, por lo que la urgencia de esconderme se intensifica. Me encuentro un montón de puertas al final del pasillo, escojo una al azar, la abro con cuidado. Para mi alivio, no hay nadie dentro, entro y la cierro.

El sonido del tiroteo continúa a intervalos aleatorios, acercándose a cada segundo. Me dirijo hacia la esquina que hay detrás de la puerta y me pego a la pared, intentando controlar el pánico, que cada vez es mayor. No tengo ni idea de quiénes están armados, pero las posibilidades que se me ocurren tampoco son reconfortantes.

Julian tiene enemigos. ¿Qué pasa si están ahí afuera? ¿Qué pasa si están luchando contra ellos junto a sus guardaespaldas? Me lo imagino herido, muerto, y la frialdad que me produce se expande y me cala hasta los huesos. «Por favor, Dios, lo que sea menos eso». Prefiero morirme antes que perderlo.

Me tiembla todo el cuerpo y siento un sudor frío que me recorre la espalda. El tiroteo ha parado. Queda un silencio, presagio de algo abominable, más que el ruido ensordecedor de antes. Saboreo el miedo, intenso y metálico en mi lengua. Noto que me he mordido el interior del moflete y me he hecho sangre.

El tiempo transcurre de forma dolorosa. Como si cada minuto se prolongase una hora, cada segundo, una eternidad. Finalmente, oigo voces y fuertes pasos en el pasillo. Parecen varios hombres que hablan una lengua que no entiendo, una lengua con un acento fuerte y gutural.

Oigo las puertas abrirse y supongo que buscan algo... o a alguien. Apenas me atrevo a respirar, me pego tanto como puedo a la pared, para encogerme y ser invisible a los hombres armados que merodean por el pasillo.

—¿Dónde está la chica? —dice una voz masculina con un acento inglés muy marcado—. Se suponía que tenía que estar aquí, en esta planta.

—Pues no está.

La voz que responde es la de Beth. Entonces reprimo un soplido de terror, me doy cuenta de que los hombres la han

capturado. Habla con un tono desafiante, aunque también veo cierto deje de miedo en su voz.

—Os lo dije, Julian ya la ha sacado.

—No me mientas, joder —grita el hombre, con un acento aún más fuerte.

Suena una palmada y, a continuación, el llanto de dolor de Beth.

—¿Dónde cojones está?

—No lo sé —solloza Beth, histérica—. Se ha ido, ya os lo dije.

El hombre grita algo en su lengua y oigo cómo se abren otras puertas. Se acercan a la habitación en que me escondo y sé que es solo cuestión de tiempo que me encuentren. No sé por qué me buscan, pero sé que preguntan por mí. Me quieren encontrar y están dispuestos a lastimar a Beth con tal de hacerlo.

Dudo un segundo antes de salir de la habitación. Al otro lado del pasillo, Beth está hecha un ovillo en el suelo, con los brazos sujetos por un hombre vestido de negro. Una decena de hombres está de pie a su alrededor, lleva fusiles y metralletas, que apuntan hacia mí en cuanto salgo.

—¿Me buscabais? —pregunto, manteniendo la calma.

Nunca he tenido más miedo en mi vida, pero lo digo con firmeza, casi como si me hiciera gracia. Desconocía que pudiera parecer impasible y tener miedo a la vez, pero así me siento, con tanto temor que ni siquiera me da miedo.

Como tengo la mente despejada, retengo varias cosas a la vez. Los hombres parecen de Oriente Medio, con piel color aceituna y pelo oscuro. Aunque algunos estén afeitados, la mayoría tiene una barba negra espesa. Al menos dos de ellos tienen heridas y están sangrando. Por todas las armas que tienen, parecen bastante ansiosos, como si estuvieran a la espera de atacar en cualquier momento.

El hombre que sujeta a Beth grita una nueva orden en otra lengua, percibo que es árabe. Reconozco la voz como la del hombre que hablaba en inglés. Parece ser el líder. A su orden, dos de los hombres se dirigen hacia mí, me cogen por los brazos y me arrastran hacia él. Logro no tropezar, aunque me molestan muchísimo las grapas.

—¿Es ella? —pregunta a Beth, sacudiéndola con fuerza—. ¿Es la putita de Julian?

—Esa soy yo —digo sin dejar que Beth conteste.

El tono de voz es demasiado tranquilo. No creo que el miedo que tengo me haya llegado a los pies. Solo quiero impedir que le haga daño a Beth. Al mismo tiempo, en mi mente, proceso que me quieren porque soy la amante de Julian, lo que implicaría que está vivo y que me quieren usar contra él. Al pensarlo, reprimo un escalofrío de alivio.

El líder no me aparta los ojos, parece sorprendido por mi valentía, para nada propia de mí. Se deshace de Beth, se acerca y me coge la mandíbula con los dedos, con fuerza y crueldad. Se inclina, me estudia, con ojos oscuros que brillan fríamente. Es bajito para ser un hombre, medirá metro setenta como mucho; me echa el aliento en la cara, huele a ajo y a tabaco viejo. Intento evitar que me pongan una mordaza, sin apartarle la mirada en ningún momento.

Tras unos segundos, pasa de mí y dice algo a sus hombres en árabe. Dos de ellos vuelven a coger a Beth a toda prisa. Chilla y empieza a forcejear, uno de ellos la retuerce y hace que permanezca en silencio. Al mismo tiempo, el líder me coge el antebrazo con la mano y lo retuerce, causándome mucho daño.

—Vamos —dice.

Entonces me llevan a la puerta que hay al final del pasillo.

La puerta da a unas escaleras y me doy cuenta de que estamos en el segundo piso. Los hombres armados forman un círculo alrededor del líder, de Beth y de mí, y todos bajamos por las escaleras y cruzamos una puerta que lleva a una zona exterior y abierta sin asfaltar. Pasamos junto al cadáver de un hombre que se encuentra en la escalera y vemos varios cadáveres más fuera. Aparto la mirada y trago saliva convulsivamente para que no me suba la bilis por la garganta. El sol brilla con fuerza y el aire es cálido y húmedo, pero apenas noto la calidez en la piel helada. Estoy empezando a asimilar la realidad de mi situación y empiezo a estremecerme; los temblores me sacuden entera.

Hay varios todoterrenos negros esperándonos; los hombres nos arrastran a Beth y a mí hacia uno de ellos y nos obligan a

sentarnos en la parte de atrás. Dos hombres se suben con nosotras, de modo que tenemos que apiñarnos. Noto que Beth tiembla y yo alargo el brazo para apretarle su mano fría y que el tacto humano nos infunda algo de consuelo. Ella me mira y su mirada aterrorizada me hiela la sangre. Su cara pecosa está lívida y tiene la mejilla derecha hinchada; le empieza a salir un gran moratón. Tiene el labio inferior partido por dos sitios y una mancha de sangre en la barbilla. Quienquiera que sean estos hombres, no tienen reparos en hacer daño a las mujeres.

Me muero de ganas de preguntarle qué sabe, pero me quedo callada. No quiero que llamemos la atención más de lo necesario. Vuelvo a pensar en los cadáveres junto a los que acabamos de pasar y aguanto como puedo las ganas de vomitar. No sé qué tiene pensado hacer esta gente con nosotras, pero estoy casi segura de que no saldremos de aquí con vida. Cada minuto que sobrevivimos, cada minuto que nos dejan en paz, vale su peso en oro, y debemos hacer lo que sea para estirar el tiempo tanto como podamos.

El coche arranca y se aleja. No suelto la mano de Beth, miro por la ventana y veo cómo nos alejamos del edificio blanco de la clínica. La carretera por la que vamos está sin pavimentar y llena de baches y el ambiente en el coche está tenso. Los hombres que van en el asiento trasero, con nosotras, sujetan con firmeza las armas y de nuevo me da la sensación de que tienen miedo de algo... o de alguien.

Me pregunto si es de Julian. ¿Sabe lo que ha pasado? ¿Va de camino a la clínica? Miro por la ventana, tengo los ojos secos, me arden. Esto no estaba planeado. Se supone que debería estar de vuelta a la isla, regresar a la plácida vida que he tenido durante el último año, una vida que anhelo con toda intensidad. Quiero recostarme en los brazos de Julian, sentirlo y oler el perfume cálido y limpio de su piel. Quiero que me posea y me proteja, quiero que me mantenga a salvo de todo y de todos, excepto de él.

Pero no está aquí. El coche se va alejando por la carretera, apartándonos cada vez más de la seguridad. Dentro hace calor. Huele a sudor y a cuerpo de hombre sin lavarse durante mucho

tiempo; el olor impregna el coche, lo que hace que sea sofocante. Beth está conmocionada, con la cara blanca y abstraída. Quiero abrazarla, pero estamos demasiado apretujadas en los asientos, así que me limito a apretarle la mano. En la palma, siento sus dedos débiles y húmedos por el sudor.

Parece que el trayecto no acaba nunca, pero no ha pasado más de una hora porque el sol no está aún arriba del todo cuando llegamos al destino. Es una pista de aterrizaje en medio de la nada. Hay un avión grande, que parece militar. Los hombres nos obligan a salir del coche y nos arrastran hasta el avión. Hago lo que puedo para caminar hacia donde me llevan y evitar que se salgan las grapas abiertas. Beth tampoco se opone, aunque es como si estuviera conmocionada y no camina derecha, lo que los obliga prácticamente a llevarla.

Por dentro, el avión dista mucho de ser lujoso; como sospechaba, el cuerpo es de estilo militar, con los asientos a los lados, no dispuestos en filas. Es como los aviones de las películas en que los equipos de la Armada de Estados Unidos saltan con paracaídas. Los hombres nos atan a Beth y a mí en dos asientos y nos esposan antes de sentarse.

El motor acelera, el avión empieza a moverse y volamos; el sol brilla en mis ojos.

CAPÍTULO 22

CUANDO ATERRIZAMOS DOS HORAS MÁS TARDE, ME MUERO DE SED Y NECESITO orinar con desesperación. Echo un vistazo a Beth y veo que está en peores condiciones, con los ojos vidriosos, como si tuviera fiebre. La inflamación que tenía en la cara se ha transformado en un moratón muy feo y tiene los labios cubiertos de sangre. Debido a las esposas, no puedo ni siquiera llegar a ella para darle una palmadita reconfortante en el brazo.

En cuanto el avión toma tierra, nos desatan y nos sacan del avión, aún tenemos las manos esposadas por delante. El líder se acerca, nos echa un vistazo rápido antes de señalar hacia un deportivo negro que hay aparcado a un par de metros. Suelta alguna orden a sus hombres y entiendo que se refiere a que el viaje continúa. Sin embargo, antes de que nos obliguen a entrar en el vehículo, hablo en voz alta:

—Eh —digo con tranquilidad—, tengo que ir al baño.

Beth me lanza una mirada de pánico, pero no le hago caso, centro mi atención en el líder. Estoy segura de que prefiero morir antes que mojarme las braguitas o, en este caso, la bata del hospital. Por un segundo, duda, sin apartarme los ojos de encima, y después mueve el pulgar señalando unos arbustos.

—Ve, puta —dice con firmeza—. Tienes un minuto.

Voy hacia los arbustos con dificultad, sin hacerle caso al hombre que me sigue con una ametralladora. Menos mal que mira hacia otro lado cuando me levanto la bata y me siento en cuclillas para orinar, me arde la cara de la vergüenza. Miro de

rejo y veo cómo Beth sigue mi ejemplo a unos diez metros.

Una vez que hemos acabado, nos meten en otro coche sofocante y caldeado. En esta ocasión, el viaje es más largo; la carretera es sinuosa a través de lo que parece ser una especie de jungla. Cuando llegamos a un sobrio edificio tipo almacén — nuestro último destino— estoy deshidratada y chorreando de sudor. También tengo hambre, pero eso es secundario, tengo más sed.

Cuando entramos en el edificio, nos llevan a dos sillas de metal que están en una esquina. Nos quitan las esposas, pero no me da tiempo a alegrarme, el mismo hombre que me acompañó a los arbustos me ata las muñecas por la espalda. Después, me sujeta los tobillos a la silla, un tobillo a cada pata, y con una cuerda me amarra el cuerpo a la silla. Su roce con mi piel es indiferente, impersonal; simplemente soy un objeto para él, no una mujer. Giro la cabeza a un lado y veo que le hacen lo mismo a Beth, solo que el hombre que la ata disfruta haciéndole daño y tira de sus piernas para amarrarlas a la silla. No hace ni un ruido, pero cada vez está más pálida y sus labios agrietados tiemblan un poco.

Me siento cabreada, impotente. Aparto la vista una vez que el hombre la deja y centro mi atención en lo que me rodea.

Parece que estaba en lo cierto. Estamos dentro de algún tipo de almacén, con cajas altas y estanterías metálicas que forman un laberinto en medio. Ahora que estamos bien atadas a las sillas, los hombres nos dejan solas y se reúnen todos alrededor de una mesa larga en la otra esquina.

Por fin tenemos algo de privacidad para hablar Beth y yo.

—¿Estás bien? —le pregunto, con cuidado de no subir el tono demasiado—. ¿Te han hecho daño? Me refiero a antes de que yo saliera...

Niega con la cabeza, tiene la boca tirante.

—Solo me han abofeteado un poco —dice con calma—. No es nada, pero no deberías haber salido, Nora. Ha sido una estupidez.

—Me hubieran encontrado de todas formas. Solo era cuestión de tiempo.

Eso es innegable.

—¿Sabes quiénes son o qué quieren de nosotras?

—No estoy segura, pero me lo imagino —dice, con las manos tensas en la espalda—. Creo que forman parte del grupo terrorista yihadista del que me habló Julian hace un par de meses. Supuestamente, están cabreados porque no les vendió una arma que su empresa había desarrollado.

—¿Por qué no? —pregunto con curiosidad—. ¿Por qué no se la vendería?

Se encoge de hombros.

—No lo sé. Julian es muy selecto con sus socios de negocios y podría ser que no confiara en ellos.

—¿Nos han secuestrado para chantajearlo?

—Sí, eso supongo —afirma con suavidad—. Al menos para eso estás tú aquí. Alguien de la clínica debe ser empleado de ellos porque saben quién eres y lo que significas para Julian. Estaba durmiendo en una de las habitaciones de abajo cuando me encontraron e inmediatamente subieron a la segunda planta, a la habitación donde estabas. Creo que pretenden utilizarte para obligarlo a darles esa arma.

Tomo aliento con cierto temblor.

—Ya veo.

Tan solo puedo imaginar cómo unos hombres lo bastante psicóticos como para matar a civiles inocentes obligarían a Julian a dar su brazo a torcer. Imágenes espantosas de partes del cuerpo vagan por mi mente, me esfuerzo en quitármelas, sin querer caer en el pánico que amenaza con devorarme por completo.

—Tuvimos suerte de que Julian no estuviera en la clínica cuando vinieron —dice Beth, interrumpiendo mis oscuros pensamientos—. Mataron a todo el mundo, a los dieciséis hombres de Julian que estaban allí protegiéndonos.

Me cuesta tragar.

—¿Dieciséis?

Beth asiente.

—Tenían un gran arsenal de armas y vinieron con unos treinta o cuarenta hombres. No viste lo peor porque entraron por detrás. En la otra escalera había casi dos metros de cuerpos apilados, con muchas víctimas de su propio bando.

La miro fijamente e intento controlar la respiración. «Joder. Mierda». No les ha importado sacrificar a tantos de sus compañeros, sea lo que sea que quieran de Julian debe ser una gran arma. ¿Se la daría para salvarnos? ¿Le preocupamos lo suficiente? Sé que me quiere —y se preocupa por mi bienestar de algún modo— pero no sé si me antepondría a sus intereses de negocio.

Por supuesto, aunque les dé lo que quieren, nada nos garantiza que nos vayan a dejar con vida. Recuerdo lo que Julian me contó sobre la muerte de María... sobre cómo la mataron para castigarlo por saquear un almacén. En el mundo de Julian, las acciones tienen consecuencias, consecuencias brutales.

—¿Crees que vendrá a por nosotras? —pregunto.

No paso por alto lo paradójico del asunto: ahora veo a Julian como un posible salvador, como el caballero de la brillante armadura. Ya no necesito que me salven de él.

Beth me mira con unos ojos oscuros que destacan en su cara pálida.

—Lo hará —responde con suavidad—. Vendrá a por nosotras. Lo que no sé es qué nos pasará mientras tanto.



LAS SIGUIENTES HORAS SE ALARGAN. LOS HOMBRES NO NOS HACEN CASO, AUNQUE he visto a un par de ellos mirándome las piernas desnudas cuando el líder no les prestaba atención. Menos mal que la bata del hospital es suelta y está hecha de un material grueso, vamos, la prenda menos sexy que puedas imaginar. La idea de que uno —o varios— de ellos me toquen me da escalofríos.

No nos dan nada de comer ni de beber. No es una buena señal, ya que implica que no les importa si vivimos o morimos. La sed que tengo aumenta tanto que solo puedo pensar en agua. Tengo una sensación de vacío insistente en el estómago. No obstante, lo peor de todo son las olas de miedo frío que vienen a mí y las imágenes oscuras que parpadean en mi mente como en una película de terror.

Trato de hablar con Beth para no volverme loca, pero se ha

quedado callada e introvertida tras nuestra conversación inicial, como mucho me responde con monosílabos. Es como si su mente no estuviera aquí. La envidia. Me encantaría ser capaz de huir de ese modo, pero no puedo. Para ello, necesito a Julian y su particular tortura erótica.

Cuando estoy a punto de chillar por la frustración, entran dos hombres más al almacén. Para mi sorpresa, uno de ellos parece un hombre de negocios; su traje de raya diplomática es fino y entallado, también lleva un elegante bolso-bandolera Strotter. Es bastante joven, tiene unos treinta, y parece estar en buena forma. Afeitado, con una complexión color oliva y pelo oscuro y brillante. Podría ser portada de la revista GQ si no fuera porque seguramente es un terrorista.

Intercambia un par de palabras con los hombres que están al otro lado del almacén y luego se dirige a nosotras. A medida que se acerca, me doy cuenta del brillo frío de su mirada y de la forma en la que dilata las fosas nasales. Hay algo viperino en su mirada penetrante, reprimo un escalofrío cuando se detiene a unos centímetros; me estudia, inclina la cabeza hacia un lado.

No aparto los ojos de él, el corazón me late muy fuerte. Objetivamente, se podría decir que es guapo, pero no siento ni un pelín de atracción. Solo siento miedo. De hecho, es un alivio; una parte de mí siempre se ha preguntado si estaba mal conectada, si estaba destinada a desear a los hombres que me asustaban. Ahora veo que solo es Julian. Siento miedo y rechazo por este hombre que tengo delante, una reacción totalmente normal que recibo con los brazos abiertos.

—¿Cuánto hace que conoces a Esguerra? —pregunta el hombre, dirigiéndose a mí.

Tiene acento británico, mezclado con un toque extranjero y exótico. Al oír su voz, Beth mira hacia arriba, asustada; veo que vuelve a estar presente.

Por un momento, dudo antes de contestar.

—Unos quince meses —respondo al final.

La verdad es que no veo qué daño puede hacer revelar esa información.

Arquea las cejas.

—¿Y te ha tenido escondida todo este tiempo? Impresionante...

Reprimo las ganas que tengo de reírme. Julian me ha tenido escondida en su isla, así que está más en lo cierto de lo que se imagina. Retuerzo los labios sin darme cuenta y veo un atisbo de sorpresa en su cara.

—Eres una putita valiente, ¿no? —dice lentamente, mirándome con sus ojos oscuros—. ¿O te crees que todo esto es broma?

No le respondo. ¿Qué puedo decir? «No, no creo que sea broma. Sé que me vas a torturar y probablemente, me matarás para vengarte de Julian». No es una respuesta convincente.

Estrecha los ojos y percibo que he hecho que se enfade. Parece una cobra a punto de atacar. Las pulsaciones alcanzan su máximo, me pongo tensa, preparándome para el golpe, pero se limita a coger su bolso Strotter, lo abre y saca el iPad. Le echa un vistazo y escribe rápidamente un correo, luego me mira.

—Veamos si Esguerra piensa que es broma —dice con calma, mientras cierra el bolso—. Por tu bien, chica, espero que no sea este el caso.

Entonces, se gira y regresa hacia donde el resto de los hombres están reunidos.



A PESAR DEL MIEDO Y LA INCOMODIDAD, DE ALGÚN MODO LOGRO QUEDARME dormida en la silla. Me estoy recuperando aún de la operación y estoy exhausta tanto física como mentalmente debido a lo acontecido durante el día.

Me despierto por el ruido de unas voces. El hombre del traje y el bajito, al que yo he llamado líder, están de pie delante de mí, colocando una gran cámara en lo alto de un trípode.

Trago saliva, mientras los miro fijamente. Tengo la boca tan seca como el desierto del Sáhara y a pesar de todo el tiempo que ha pasado, no tengo ganas de orinar. Me imagino que eso implica que tengo una gran deshidratación.

Al ver que estoy despierta, el Trajeado —he decidido llamarlo

así— me lanza una sonrisa.

—Es hora de que empiece el espectáculo. Veamos las ganas que tiene de recuperar a su putita.

Siento náuseas en el estómago vacío y giro la cabeza para ver a Beth. Está mirando fijamente al frente, con la cara blanca y la mirada vacía. No sé si ha dormido algo, pero parece que ha desconectado más que antes.

Dirigen la cámara hacia nosotras, comprueban el ángulo un par de veces y luego el trajeado se acerca para quedarse de pie a mi lado. En cuanto se enciende la luz de la cámara, me pone la mano en la cabeza, tirándome bruscamente del pelo enredado.

—Sabes lo que quiero, Esguerra —dice con tono imparcial, mientras mira hacia la cámara.

—Tienes hasta mañana a medianoche para dármelo. Si lo haces, no le haré daño a tu putita. De hecho, te la devolveré. Si no... te la devolveré... —se detiene mientras sonrío con crueldad—. Te la devolveré a cachitos.

Me quedo mirando la cámara, la bilis me sube por la garganta. No me han hecho daño —aún— pero puedo sentir la violencia de estos hombres. Es la misma oscuridad que tiñe el alma de Julian. Los hombres como estos son diferentes. No obedecen a las convenciones sociales. No juegan con las mismas reglas que el resto.

El trajeado quita las manos del pelo y da un paso hacia Beth.

—Quizá dudes de mí, Esguerra —dice, mientras habla a la cámara—. Quizá pienses que me falta decisión. Bueno, pues déjame hacerte una pequeña demostración de lo que le pasará a tu putita si no haces lo que te digo. Empezaremos por la pelirroja y luego pasaremos a la otra.

Se inclina hacia mí.

—Mañana a medianoche.

—¡No! —grito, dándome cuenta de lo que quiere hacer—. No la toques.

Quiero soltarme, pero las cuerdas están bien sujetas. No puedo hacer más que mirar indefensa mientras envuelve con su mano la garganta de Beth y empieza a estrangularla.

—Ni se te ocurra tocarla. Julian te matará por esto. ¡Te

matará!

Haciendo caso omiso de mis gritos, el Trajeado grita una orden en árabe y un hombre da un paso adelante y le corta las cuerdas a Beth con un cuchillo afilado. Echo un vistazo a sus ojos aterrorizados. La tiran al suelo bocabajo. Trajeado presiona con su rodilla en la espalda de Beth y le tira del pelo, obligando a que arquee la cabeza hacia atrás. Veo cómo chocan las piernas contra el suelo inútilmente. Entonces empiezo a gritar más fuerte mientras el trajeado coge un cuchillo pequeño y corto y comienza a hacerle cortes en la mejilla.

Beth chillaba e intenta luchar. La sangre se extiende por todos lados mientras le corta la cara, dejándole un profundo corte del que sale sangre. Me atraganto, tengo ganas de vomitar, pero aún no ha acabado. Después, pasa a la otra mejilla y presiona el cuchillo contra el brazo, cortándole un trozo de piel. Sus chillidos de agonía hacen eco en el almacén, a los que se unen mis gritos de histeria. Siento su dolor como si me lo hicieran a mí y no lo puedo soportar.

—Déjala ya —grito—. ¡Hijo de puta! ¡Déjala!

Como era de esperar, no la deja. Continúa haciéndole cortes. Sus ojos oscuros brillan al divertirse. Está disfrutando. Me doy cuenta con gran horror de que no lo hace solo para la cámara. Beth deja de luchar y sus gritos se convierten en sollozos y gemidos. Hay sangre por todos lados; se está ahogando en su propia sangre. No sé cómo es capaz de estar consciente durante todo el proceso. Veo motitas negras y siento que me están acorralando las paredes, las costillas me están aplastando los pulmones e impidiendo que pueda respirar.

De repente, Beth se sacude entera y suelta un raro borboteo antes de quedarse en silencio. Solo oigo el sonido de mi respiración sollozante y costosa. Beth está tirada en el suelo, inmóvil; un charco de sangre se extiende en la zona del cuello. Trajeado se levanta, limpia el cuchillo en los pantalones y se acerca a la cámara.

—Ha sido un espectáculo acelerado para ti, Esguerra —dice, con una amplia sonrisa—. No quería alargarlo mucho, ya que sé que necesitas tiempo para conseguirme lo que te he pedido. Por

supuesto, si no lo recibo, el siguiente espectáculo durará mucho más.

Da un paso hacia mí y con un dedo me toca la mejilla.

—Tu putita es tan bonita, quizá deje a mis hombres pasar un buen rato con ella antes de que empiece a...

En esta ocasión, no me puedo controlar. Vomito y apenas logro girar la cabeza hacia un lado antes de que el contenido de mi estómago vacío acabe en el suelo con unas arcadas violentas.

CAPÍTULO 23

DESPUÉS DE APAGAR LA CÁMARA, VUELVEN A DEJARME EN PAZ. SACAN EL CADÁVER de Beth a rastras y friegan el suelo sin miramientos, dejando algunas manchas de color marrón rojizo. Me las quedo mirando; mis pensamientos van a otro ritmo mucho más lento como si estuviera en estado de shock. Ya no tiemblo, aunque me estremezco de vez en cuando. Noto el dolor apagado de los puntos y me pregunto si se me han abierto con el forcejeo de antes. No llevo la bata de hospital manchada de sangre, así que tal vez no haya pasado nada.

Un poco después me traen agua. Me bebo el vaso de golpe y con ganas; algunos hombres se ríen y dicen algo en árabe mientras se frotan la ingle de modo insinuante. Creo que esperan que no aparezca Julian para poder «jugar» conmigo antes de que el Trajeado se vaya a trabajar.

Por ahora, me dejan tranquila, por suerte. Hasta me dejan salir un momento para usar el baño, y el mismo tío de antes — ese tan impresionante— me vigila mientras me escondo entre los arbustos. Creo que es mi segurata oficial para el baño y, mentalmente, lo bautizo como el Retrete.

También doy nombre a los demás. El que lleva una barba negra que le llega hasta mitad del pecho es Barbanegra. El de las entradas es el Calvo. El bajito que encabezó el asalto a la clínica es Aliento Fétido.

Lo hago para distraerme y no pensar en Beth. No me atrevo a pensar en ella aún, no si no quiero perder la cordura. Si salgo de

esta con vida, lloraré la muerte de la mujer que se convirtió en mi amiga. Si sobrevivo, lloraré y gritaré por la violencia sin sentido de su muerte. Pero ahora mismo, vivo el momento, centrándome en las cosas más ridículas e intrascendentes para que no me aplaste esta realidad tan brutal.

El tiempo pasa muy despacio. A medida que oscurece, clavo la vista en el suelo, las paredes, el techo. Creo que hasta doy un par de cabezadas, aunque me despierto sobresaltada al menor ruido, con el corazón acelerado. Aún no me han dado de comer y las punzadas de hambre son un no parar, pero tampoco importa. Me consuela saber que estoy viva, algo que no sé lo que va durar, a menos que venga Julian armado.

Cierro los ojos y trato de pensar que estoy en casa, en la isla, leyendo un libro en la playa. Imagino que, en cualquier momento, podré volver a casa y encontraré a Beth preparándonos la cena. Quiero convencerme de que Julian simplemente ha salido a hacer sus negocios y que lo veré pronto. Pienso en su sonrisa y en cómo se le riza el pelo oscuro alrededor de su rostro, lo que enmarca la perfección masculina de sus rasgos, y lo añoro por la calidez y seguridad de su abrazo... y poco a poco me sumo en un sueño intranquilo.



NOTO QUE UNA MANO ENORME ME TAPA LA BOCA Y ME DESPIERTO SOBRESALTADA. Abro los ojos de golpe, la adrenalina me corre por las venas. Aterrada, empiezo a forcejear... y entonces oigo una voz familiar que me susurra al oído:

—Shhh, Nora. Soy yo. No digas nada, ¿vale?

Asiento ligeramente y me estremezco de alivio; él me quita la mano de la boca. Giro la cabeza y miro a Julian con incredulidad.

Está agachado a mi lado, vestido de negro de arriba abajo. Lleva un chaleco antibalas que le cubre pecho y espaldas y unas franjas diagonales negras pintadas en la cara. Una metralleta le cuelga del hombro y lleva todo un surtido de armas prendido del cinturón. Parece un desconocido letal, solo que sus ojos me resultan familiares, tan brillantes en esa cara oscura.

Durante un segundo creo que estoy soñando. No me creo que esté aquí, en este almacén en mitad de la nada, hablando conmigo. No cuando sus enemigos están a menos de treinta metros. Con el corazón desbocado, miro frenéticamente alrededor del almacén.

Parece que los hombres del otro extremo están dormidos tendidos en mantas en el suelo. Cuento a ocho, lo que significa que los demás deben de estar fuera haciendo rondas por el edificio. No veo al Trajeado por ningún sitio; tal vez esté fuera también.

Vuelvo a mirar a Julian y lo veo cortando con un cuchillo amenazador las cuerdas con que me ataron los tobillos.

—¿Cómo has entrado? —susurro sin dejar de mirarlo, embobada.

Él se detiene un segundo y me mira.

—Calla —dice en un tono casi inaudible—. Quiero que salgas antes de que se despierten.

Asiento y me quedo callada mientras sigue cortando las cuerdas. A pesar de la situación de peligro en que nos hallamos, estoy casi rebosante de felicidad. Julian está aquí, conmigo. Ha venido a por mí. La oleada de amor y gratitud es tan fuerte que apenas logro contenerla. Quiero saltar y abrazarlo, pero me quedo quietecita mientras él termina de cortar las cuerdas y me libera.

En cuanto estoy libre, me levanta y me abraza, apretándome con fuerza contra su pecho. Noto un ligero temblor en su fuerte cuerpo, y entonces me suelta y retrocede un poco. Me enmarca el rostro con las palmas y clava esos ojos azules y tan tremendamente posesivos en los míos. Entre nosotros se establece un instante de comunicación en silencio y lo sé. Sé lo que no puede decirme ahora mismo.

Sé que siempre vendrá a por mí.

Sé que mataría por mí.

Sé que moriría por mí.

Baja los brazos y me coge la mano:

—Vamos —dice en un hilo de voz, sin dejar de mirarme—. No tenemos mucho tiempo.

Le agarro la mano con fuerza y dejo que me lleve por la zona oscura cerca de la pared al otro lado de donde duermen los hombres. El laberinto de estanterías y cajas que hay en medio del almacén nos esconde y Julian se detiene, se agacha y me suelta la palma. Oigo cómo rebusca, como si buscara algo a tientas por el suelo, y entonces oigo un leve crujido cuando levanta un tablón del suelo de madera y lo deja a un lado.

En la parte del suelo que tenemos delante hay una gran abertura cuadrada. Me arrodillo al lado y echo un vistazo a la oscuridad que hay dentro.

—Baja —me susurra Julian al oído, me pone una mano en la rodilla y le da un apretón cariñoso. Su roce me tranquiliza un poco—. Hay una escalera.

Trago saliva y alargo la mano hasta encontrar la escalera. ¿Cómo lo sabía?

—Entré en su ordenador y encontré los planos del edificio —explica en voz baja, como si me leyera la mente—. Ahí abajo hay una zona de almacenamiento con una cañería que lleva hasta el exterior. Encuéntrala y sal gateando. —Me quita la mano de la rodilla y de repente me siento como desnuda sin su tacto; vuelvo a pensar en lo peligrosa que es la situación.

Con los dedos rozo la escalera y me aferro a ella mientras me coloco para bajar. Julian me sujeta un brazo para que encuentre el punto de apoyo en el primer peldaño y entonces empiezo a bajar con cuidado. Ahí abajo está negro como la boca del lobo y en circunstancias normales, no las tendría todas conmigo para bajar a un sótano extraño, pero no hay nada más aterrador ahora mismo que los hombres de los que escapamos.

Bajo unos peldaños más, levanto la vista y veo que Julian sigue ahí sentado. Tiene una expresión tensa y alerta, como si estuviera escuchando algo.

Y entonces lo oigo yo también: es el murmullo de unas voces, seguido de unos gritos en árabe.

Acaban de reparar en mi ausencia.

Julian se levanta con un movimiento fluido y me mira con las manos aferradas a la metralleta.

—Vete —me ordena con voz baja pero firme—. Ahora, Nora.

Ve a la cañería y sal. Yo los retendré.

—¿Qué? ¡No! —Lo miro aterrorizada—. Ven conmigo...

Me mira con furia.

—Vete —me espeta—. Vete ya o nos matarán a los dos. No puedo estar pendiente de ti y luchar contra ellos a la vez.

Dudo un segundo, completamente destrozada. No quiero dejarlo atrás, pero tampoco quiero estorbar.

—Te quiero —le digo bajito, mirándolo, y veo el rápido destello de sus dientes blancos.

—Vete, cielo —dice con un tono mucho más suave—. Pronto estaré contigo.

Con el corazón en un puño, hago lo que me pide y bajo la escalera todo lo rápido que puedo. Los gritos son cada vez más fuertes y sé que los hombres me están buscando por el almacén, empezando por el laberinto que hay en el medio. Es cuestión de tiempo que lleguen a la zona oscura junto a la pared. Tiemblo entera con una mezcla de nervios y adrenalina y me centro en no caer mientras sigo bajando hacia la oscuridad.

¡Ra-ta-tá! Me sobresalta la ráfaga de disparos de la planta superior y bajo más deprisa aún, con la respiración agitada y errática. En cuanto toco el suelo con los pies, extendiendo los brazos por delante y empiezo a palpar en la oscuridad, en busca de la pared de la cañería.

Más disparos. Gritos. Chillidos. El corazón me late tan fuerte que lo oigo como un tambor.

A mis pies hay algo que chilla y unas patitas diminutas me pasan por encima de los pies. Hago caso omiso y sigo buscando la dichosa cañería. Las ratas me dan igual ahora mismo. En algún lugar de ahí arriba, Julian está en peligro de muerte. No sé si ha venido solo o se ha traído refuerzos, pero la idea de que le hagan daño o lo maten es tan sobrecogedora que ni siquiera puedo pensarlo ahora. No si quiero sobrevivir.

Toco la pared, pero no palpo ninguna abertura. Está demasiado oscuro. Jadeando, recorro la pared, pasando las manos por toda la superficie lisa. Me duelen los puntos, pero apenas me fijo en el dolor. Tengo que encontrar la forma de salir. Si vuelven a cogerme, no sobreviviré mucho tiempo.

Otra salva de disparos seguida de más gritos.

Sigo buscando; el terror y la frustración crecen por momentos. «Julian. Julian está ahí». Intento no pensar en eso, pero es superior a mí. No puedo hacer nada para ayudarlo; lo sé, es lógico. Voy descalza, llevo puesta una bata de hospital y no tengo ni siquiera un tenedor con el que defenderme. Mientras, él está armado hasta los dientes y lleva un chaleco antibalas.

Está claro que la lógica no tiene nada que ver con el miedo atroz que siento al pensar que puedo perderlo.

Sobreviviré, digo para mis adentros mientras sigo buscando la cañería. Julian sabe lo que hace. Este es su mundo y tiene experiencia con esto. Esta es la parte de su vida de la que me protegía en la isla.

Y entonces toco algo duro en la pared cerca de las rodillas y rozo la abertura: es la cañería. Acabo de dar con ella.

Oigo otro chillido agudo y algo sale correteando de la cañería hacia mí. Doy un salto hacia atrás, asustada, pero me pongo a cuatro patas y con decisión entro en el gran tubo preparándome para, quizá, tener otros encuentros con roedores.

La cañería es lo bastante ancha para recorrerla con las manos y las rodillas, y voy gateando lo más rápido que puedo, pasando del olor rancio y viciado del óxido y las aguas residuales. Por suerte, no está muy mojada, aunque trato de no pensar mucho en lo que debe de ser esa humedad.

Por fin llego al otro extremo. Me hago un ovillito y consigo darme la vuelta para sacar los pies y las piernas primero.

Salgo de la cañería y miro lo que me rodea. El cielo está repleto de estrellas y el aire se me antoja denso por el olor de la vegetación y la tierra. Veo el almacén en una pequeña colina por encima y a menos de cincuenta metros.

Me lo quedo mirando, temerosa por Julian. Se oyen más disparos, seguidos de destellos de una luz muy potente. El tiroteo sigue; es una buena señal, me digo. Si Julian estuviera muerto, si los terroristas hubieran ganado, no habría más disparos. Eso es que ha venido con refuerzos.

Me abrazo y me apoyo contra un árbol; me tiemblan las piernas por el miedo y la adrenalina.

Y en ese momento, el edificio explota y el cielo entero se ilumina... y una ráfaga de calor abrasador me hace volar hasta unos arbustos no muy lejos de allí.

CAPÍTULO 24

LAS VEINTICUATRO HORAS SIGUIENTES SE DESDIBUJAN EN MI MEMORIA.

Después de incorporarme, me siento mareada y desorientada; me duele la cabeza como si todo mi cuerpo fuera un enorme moretón. Oigo un estruendo de fondo y parece como si todo lo que me rodeara me llegara de muy lejos.

Creo que me he desmayado por la explosión, pero no estoy segura. Cuando me recupero lo suficiente para caminar, veo que el fuego que consumió el edificio se ha apagado prácticamente en su totalidad.

Aturdida, subo por la colina y empiezo a buscar entre las ruinas humeantes del almacén. A ratos encuentro cosas que parecen extremidades chamuscadas y, en un par de ocasiones, descubro algún cadáver que parece entero, solo que le falta una cabeza o una pierna. Soy consciente de lo que encuentro, pero no termino de procesarlas. Me muestro indiferente, como si no estuviera allí en realidad. Nada me afecta. Nada me molesta. La impresión ha amortiguado incluso las molestias físicas.

Me paso horas buscándolo. Cuando paro, el sol está en lo alto del cielo y yo estoy empapada de sudor.

No me queda más remedio que enfrentarme a la verdad: no hay supervivientes. Es así y punto.

Debería llorar. Debería gritar. Debería sentir algo. Pero no, nada. Solo estoy atontada y entumecida.

Salgo del almacén y empiezo a caminar. No sé dónde voy y tampoco me importa. Solo soy capaz de poner un pie delante del

otro.

Para cuando empieza a anochecer, encuentro un grupo de casitas hechas con varas de madera y cartones. En un riachuelo que discurre en mitad del asentamiento, veo a un par de mujeres lavando la ropa a mano.

Sus caras de asombro son lo último que recuerdo antes de desmayarme a unos metros de ellas.



—SEÑORITA LESTON, ¿SE SIENTE CON FUERZAS PARA RESPONDER UNAS preguntas? Soy el agente Wilson, del FBI, y él es el agente Bosovsky.

Levanto la vista y me fijo en el hombre regordete de mediana edad que está junto a mi cama. Para nada es como me había imaginado a un agente del FBI. Tiene la cara redonda, casi angelical, con mejillas rosadas y unos vivarachos ojos azules. Si el agente Wilson llevara un gorrito rojo y tuviera una barba blanca, seguro que sería un gran Papá Noel. Por contra, su compañero, el agente Bosovsky, es delgado como un palillo y tiene la cara surcada de arrugas.

Llevo dos días recuperándome en un hospital de Bangkok. Al parecer, una de las mujeres del riachuelo avisó a las autoridades locales sobre la chica que había aparecido en su aldea. Recuerdo muy vagamente que me interrogaron, pero dudo que me expresara con claridad entonces. Sin embargo, me entendieron lo suficiente para ponerse en contacto con la embajada de Estados Unidos y los agentes norteamericanos tomaron el relevo.

—Sus padres vienen de camino —dice el agente Bosovsky al ver que sigo mirándolos sin mediar palabra—. Su vuelo aterriza dentro de unas horas.

Parpadeo, como si sus palabras lograran penetrar la capa de hielo que me ha mantenido aislada de todos y de todo desde la explosión.

—¿Mis padres? —digo con voz ronca. Me noto la garganta inflamada.

El agente delgado asiente.

—Sí, señorita Leston. Se les avisó ayer y los hemos subido al primer avión a Bangkok. Querían hablar con usted, pero en ese momento estaba sedada.

Proceso la información. Los doctores ya me han dicho que tengo una conmoción cerebral leve, además de quemaduras de primer grado y cortes en el pie. Aparte de eso, están impresionados por mi buena salud, a pesar de la deshidratación, la reciente operación y los varios cardenales. Aun así, deben de haberme sedado para que descansara.

—¿Cree que podríamos hacerle unas preguntas antes de que lleguen sus padres? —pregunta el agente Wilson con tacto; yo sigo en silencio.

Asiento de una forma casi imperceptible y él acerca una silla. El agente Bosovsky hace lo mismo.

—Señorita Leston, la secuestraron en junio del año pasado —dice el agente Wilson con una expresión cálida y comprensiva—. ¿Puede contarnos algo de su secuestro?

Dudo un momento. ¿Quiero contarles todo de Julian? Y entonces recuerdo que está muerto y que nada importa ya. Durante un segundo, el dolor es tan intenso que se me corta respiración, pero entonces la capa de hielo me vuelve a aislar.

—Claro —digo en un tono carente de expresión—. ¿Qué quieren saber?

—¿Sabe cómo se llama?

—Julian Esguerra. Es... —Trago saliva—. Era traficante de armas.

El agente del FBI pone unos ojos como platos.

—¿Traficante de armas?

Asiento y les cuento todo lo que sé de la organización de Julian. El agente Bosovsky toma notas tan rápido como puede mientras el agente Wilson sigue haciéndome preguntas sobre las actividades de Julian y los terroristas que me secuestraron después. Parecen decepcionados al saberle muerto —y ver que yo sé tan poquito— y les explico que no he salido de la isla desde que él me secuestró.

—¿La tuvo allí los quince meses? —pregunta el agente Bosovsky con el ceño fruncido—. ¿Solo estaban usted y esa

mujer, Beth?

—Sí.

Los agentes se miran y yo los observo; sé en qué piensan. «Pobre chiquilla, como un animal enjaulado para el disfrute de un criminal». Antes yo también me sentía así, pero ya no. Ahora haría lo que fuera para retroceder en el tiempo y volver a ser la prisionera de Julian.

El agente Wilson se vuelve hacia mí y carraspea.

—Señorita Leston, pediremos a una terapeuta especializada en abusos sexuales que venga a verla esta tarde. Es muy buena...

—No hace falta —lo interrumpo—. Estoy bien.

Y lo estoy. No me siento una víctima ni han abusado de mí. Solo estoy insensible.

Después de unas cuantas preguntas más, me dejan en paz. No les cuento ningún detalle de mi relación con Julian, pero creo que se hacen una idea.

El retratista del FBI viene a verme y le describo a Julian. No deja de mirarme raro mientras le corrijo algunos detalles gráficos de mi descripción:

—No, tiene las cejas más pobladas y más rectas... Tiene el pelo un poco más ondulado, sí, así.

Lo que más le cuesta es la boca. Es difícil describir lo bonita que es su sonrisa oscura y angelical:

—Hágale el labio superior más carnoso... No, demasiado. Debería ser más sensual, más hermoso...

Terminamos por fin, y Julian me mira desde el papel blanco. Vuelvo a sentir una punzada de dolor, pero el entumecimiento vuelve a mi rescate, igual que antes.

—Un hombre muy apuesto —comenta el artista al examinar su obra—. Hombres así no se ven todos los días.

Aprieto las manos y se me hincan las uñas en la piel.

—No.

Después viene a verme la terapeuta que me han comentado antes. Es una mujer morena con cierto sobrepeso que parece rozar la cincuentena, pero su mirada directa me recuerda a Beth.

—Soy Diane —me dice, presentándose mientras acerca una silla—. ¿Puedo llamarte Nora?

—Bien —digo, cansada. No me apetece hablar con esta mujer, pero la expresión resuelta de su rostro me dice que no piensa marcharse.

—Nora, ¿podrías contarme algo del tiempo que pasaste en la isla? —me pregunta mirándome.

—¿Qué quieres saber?

—Lo que quieras contarme sin que te sientas incómoda.

Me lo pienso un momento. En realidad, no me siento cómoda contándole nada. ¿Cómo puedo describirle de qué forma me hacía sentir Julian? ¿Cómo puedo explicarle los altibajos de nuestra relación tan poco convencional? Sé lo que pensará... que estoy fatal de la cabeza por amarlo. Que mis sentimientos no son reales, sino consecuencia de mi cautiverio.

Y seguramente tendría razón, pero ya no me importa. Está el bien y el mal, y luego lo que teníamos Julian y yo. Nada ni nadie podrá llenar este vacío de mi interior. Ni toda la terapia del mundo haría desaparecer el dolor de perderlo.

Sonríó a Diane con educación.

—Lo siento —digo en voz baja—. Ahora mismo no me apetece hablar contigo.

Ella asiente y no parece nada sorprendida.

—Lo entiendo. A menudo, como víctimas, nos culpamos por lo sucedido. Pensamos que hicimos algo para que nos pasara esto.

—Yo no pienso eso —digo frunciendo el ceño. Bueno, tal vez se me pasó por la cabeza al principio, pero al conocer a Julian se me cayó la venda de los ojos. Era un hombre que cogía lo que quería, y me quiso a mí.

—Ya veo —dice, algo desconcertada. Entonces desfrunce el ceño; es como si hubiera resuelto el misterio mentalmente—. Era un hombre muy guapo, ¿no? —pregunta mirándome.

La miro a los ojos sin decir nada; no quiero reconocer nada. No puedo hablar de mis sentimientos ahora mismo, no si quiero mantener esa distancia que me mantiene cuerda.

Me mira durante unos segundos, luego se incorpora y me extiende una tarjeta.

—Cuando estés preparada para hablar, Nora, llámame —dice

suavemente—. No puedes reprimirlo siempre. Acabará consumiéndote...

—Vale, ya te llamaré —la interrumpo y le cojo la tarjeta, que dejo en la mesita. Miento como una bellaca y estoy segura de que ella se da cuenta.

Ella esboza una sonrisa y sale de la habitación; por fin estoy sola con mis pensamientos.



PARA LA LLEGADA DE MIS PADRES, INSISTO EN PONERME ROPA NORMAL. NO QUIERO que me vean tumbada en una cama de hospital. Ya han pasado suficiente tiempo preocupados por mí y lo último que quiero es contribuir a su ansiedad.

Una enfermera me da unos vaqueros y una camiseta, y me los pongo con mucho gusto. Me quedan bien. La enfermera es una tailandesa menuda y tenemos la misma talla, más o menos. Es raro volver a llevar este tipo de ropa. Me había acostumbrado tanto a los vestidos veraniegos y vaporosos que ahora los vaqueros se me antojan bastos y duros contra la piel. No me pongo zapatos porque se me tienen que curar las heridas de las quemaduras que me hice al pasear entre los escombros del almacén.

Cuando llegan mis padres, me encuentran sentada en una silla esperándolos. Mi madre entra primero. Se le cambia la cara al verme y viene corriendo hacia mí hecha un mar de lágrimas. Mi padre aparece justo detrás y pronto los tengo a los dos abrazándome y hablando a mil por hora, sollozando de la alegría.

Esbozo una gran sonrisa y los abrazo; hago todo lo que puedo para convencerlos de que estoy bien, que las heridas son de poca gravedad y que no hay nada de lo que preocuparse. Aun así, no lloro. No puedo. Todo me parece lejano y distante, y hasta mis padres parecen recuerdos y no gente de verdad. A pesar de todo, me esfuerzo por actuar con normalidad; ya les he causado demasiado desasosiego.

Al cabo de un rato, se tranquilizan y se sientan para hablar.

—Se puso en contacto con vosotros, ¿verdad? —les pregunto

al recordar la promesa de Julian—. Os dijo que estaba viva, ¿no?

—Mi padre asiente con la expresión seria.

—Un par de semanas después de tu desaparición, recibimos un ingreso en el banco —explica en voz baja—. Era una transferencia de un millón de dólares de una cuenta ilocalizable en un paraíso fiscal. Se suponía que habíamos ganado la lotería.

—Me quedo boquiabierta.

—¿Qué?

—¿Julian dio dinero a mis padres?

—Al mismo tiempo recibimos un correo electrónico —prosigue mi padre con la voz temblorosa—. El asunto decía: «De vuestra hija con amor». Había una foto tuya. Estabas tendida en la playa leyendo un libro. Estabas tan bonita, parecías tan tranquila... —Traga saliva—. El correo decía que estabas bien y que estabas con alguien que te cuidaría. Que debíamos usar el dinero para liquidar la hipoteca. También decía que te pondríamos en peligro si acudíamos a la policía con esta información.

—Me lo quedo mirando confundida, tratando de imaginar lo que debían de pensar en ese momento. Un millón de dólares...

—No sabíamos qué hacer —dice mi madre, retorciéndose las manos, nerviosa—. Pensamos que podría ser una buena pista para la investigación, pero al mismo tiempo no queríamos hacer nada que pudiera perjudicarte, estuvieras donde estuvieras...

—¿Y qué hicisteis? —pregunto fascinada. El FBI no me ha dicho nada del millón de dólares, de modo que mis padres no se lo habrán contado. A la vez, no imagino a mis padres cogiendo el dinero y no siguiendo la pista.

—Empleamos el dinero en contratar a un equipo de investigadores privados —explica mi padre—. Los mejores que encontramos. Siguieron el rastro del dinero hasta una sociedad instrumental en las Islas Caimán, pero ese rastro terminaba ahí. —Se queda un instante en silencio y me mira—. Hemos usado el dinero para buscarte durante todo este tiempo.

—¿Qué pasó, cielo? —pregunta mi madre, inclinándose hacia delante en la silla—. ¿Quién te secuestró? ¿De dónde venía este dinero? ¿Dónde has estado todo este tiempo?

Sonríó y empiezo a responder sus preguntas. Al mismo tiempo, los miro, empapándome de sus rasgos y sus facciones. Mis padres son una pareja hermosa, los dos están sanos y en forma. Me tuvieron a los veinte: son relativamente jóvenes. Mi padre solo tiene algunas pinceladas grises en el pelo, aunque ahora le veo más canas que antes.

—¿Y de verdad estabas bañándote en el océano y leyendo libros en la playa? —Mi madre me mira atónita mientras les describo un día típico en la isla.

—Sí. —Le dedico una sonrisa enorme—. De algún modo han sido como unas largas vacaciones. Y me cuidó como os prometió.

—Pero ¿por qué se te llevó? —pregunta mi padre, frustrado—. ¿Por qué te secuestró?

Me encojo de hombros, porque no quiero entrar en detalles sobre lo posesivos que eran María y Julian.

—Porque él era así —digo como si tal cosa—. Porque dada su profesión, no podía salir con una mujer de forma normal.

—¿Te hizo daño, cielo? —pregunta mi madre con una mirada llena de compasión—. ¿Fue cruel contigo?

—No —respondo con suavidad—. Me trató bien.

No puedo explicarles lo compleja que era mi relación con Julian, así que ni siquiera lo intento. En lugar de eso, opto por contarles algunos aspectos de mi cautiverio y centrarme solo en lo positivo. Les explico que nos íbamos a pescar con Beth muy temprano y que he descubierto un nuevo pasatiempo, la pintura. Les describo lo bonita que era la isla y que he vuelto a correr. Cuando me detengo a coger aire, los dos me están mirando extrañados.

—Nora, cielo —tantea mi madre, vacilante—. ¿Estás...? ¿Estás enamorada de Julian?

Me río, pero el sonido es gutural y vacío.

—¿Enamorada? ¡No, claro que no! —No sé qué le ha dado esa idea, ya que he estado tratando de no mencionarlo siquiera. Cuanto más pienso en él, más siento que la capa de hielo que me protege va a resquebrajarse y acabará embargándome el dolor.

—Claro que no —dice mi padre, que me escudriña, y veo que no me cree.

Parece que mis padres se han dado cuenta de la verdad, que estoy más traumatizada por mi rescate que por mi secuestro.

CAPÍTULO 25

DURANTE LOS PRÓXIMOS CUATRO MESES, INTENTO RECOMPONER LAS PIEZAS DE MI vida.

Tras otro día más en el hospital de Bangkok, me dan el alta y puedo viajar a Illinois, a casa con mis padres. Dos agentes del FBI nos acompañan en el avión, los agentes Wilson y Bosovsky, que aprovechan el vuelo de veinticuatro horas para hacerme más preguntas. Los dos parecen frustrados porque, según sus bases de datos, Julian Esguerra no existe.

—¿No le ha oído usar otros apodosos? —pregunta el agente Bosovsky por tercera vez, después de que la consulta a la Interpol no haya obtenido resultados.

—No —digo pacientemente—. Solo lo he conocido como Julian. Los terroristas lo llamaban Esguerra.

La suposición de Beth sobre los hombres que nos secuestraron en la clínica de Julian era cierta: eran integrantes de una organización yihadista particularmente peligrosa llamada Al-Quadar. Al menos, eso había averiguado el FBI.

—Esto no tiene ni pies ni cabeza —dice el agente Wilson, a quien le tiemblan las mejillas de la frustración—. Alguien con tanta influencia tendría que haber aparecido en nuestro radar. Si era el capo de una organización ilegal que fabricaba y distribuía esas armas tan avanzadas, ¿cómo es posible que ni una sola agencia gubernamental esté al corriente de su existencia?

No sé qué decirle, así que me limito a encogerme de hombros. Los investigadores privados que contrataron mis padres tampoco

pudieron encontrar nada sobre él.

Mis padres y yo barajamos la posibilidad de contarle al FBI lo del dinero de Julian, pero al final decidimos no hacerlo. Revelar esta información a esas alturas hubiera puesto en peligro a mis padres y podría provocar que el FBI pensara que yo estaba compinchada con Julian. Al fin y al cabo, ¿qué secuestrador envía dinero a la familia de su víctima?

Cuando llegamos a casa, estoy hecha polvo. Estoy cansada de tener encima a mis padres y de que el FBI no deje de hacerme preguntas para las que no tengo respuesta. Y, sobre todo, estoy cansada de estar rodeada de tanta gente. Después de más de un año con un contacto humano mínimo, me abruma la multitud del aeropuerto.

Mi habitación en casa de mis padres sigue prácticamente intacta.

—Siempre tuvimos la esperanza de que volverías —explica mi madre, exultante de felicidad. Sonrío y la abrazo antes de hacerla salir del cuarto. Ahora mismo solo quiero estar sola, porque no sé cuánto tiempo más podré mantener esta fachada de «normalidad».

Esa noche, mientras me estoy duchando en el cuarto de baño de mi infancia, por fin cedo al dolor y me echo llorar.



DOS SEMANAS DESPUÉS DE LLEGAR A CASA, ME MUDO DE CASA DE MIS PADRES. Ellos intentan persuadirme, pero yo los convengo de que lo necesito, que tengo que estar sola y ser independiente. Pero, en realidad, por mucho que quiera a mis padres, no puedo estar con ellos las 24 horas del día. Ya no soy esa chica tranquila y despreocupada que recuerdan, y me resulta agotador fingir que aún lo soy.

Es mucho más fácil ser yo misma en el pequeño estudio que alquilo cerca de allí.

Mis padres quieren darme lo que queda del regalo del Julian — algo más de medio millón—, pero yo me niego. Para mí, ese dinero iba destinado a liquidar la hipoteca de mis padres y quiero

que lo usen para ese fin. Después de algunas discusiones llegamos a un acuerdo: ellos liquidarán la mayor parte de su hipoteca y refinanciarán el resto, y el dinero que quede irá a mis ahorros para la universidad.

Aunque técnicamente no me hace falta trabajar durante una temporada, me busco un trabajo de camarera. Me hace falta salir de la casa y no es un trabajo demasiado exigente; es exactamente lo que necesito ahora mismo. Hay noches en las que no duermo y días en los que salir de la cama es un suplicio. El vacío que tengo en mi interior es demoledor y la pena, abrumadora, y tengo que esforzarme muchísimo para funcionar de forma seminormal.

Cuando duermo, tengo pesadillas. Veo una y otra vez la muerte de Beth y la explosión del almacén hasta que me levanto sobresaltada y empapada de sudor. Tras esos sueños, me quedo despierta, suspirando por Julian, por la calidez y seguridad de sus brazos. Me siento perdida sin él, como un barco a la deriva. Su ausencia es una herida que se niega a sanar.

También echo de menos a Beth. Echo de menos su actitud sensata y esa manera tan directa que tenía de abordar la vida. Si estuviera aquí, sería la primera en decirme que estas cosas pasan y que siga adelante con mi vida. Ella lo hubiera querido así.

Y lo intento... pero la violencia sin sentido de su muerte aún me carcome. Julian tenía razón, hasta entonces nunca había sabido qué era el odio puro. No sabía qué era querer hacer daño a alguien y ansiar su muerte. Ahora sí. Si pudiera retroceder en el tiempo y matar al terrorista que asesinó a Beth con tanta brutalidad, lo haría en un santiamén. No me basta con saber que murió en la explosión. Ojalá hubiera sido yo la que le quitara la vida.

Mis padres insisten en que vea a un psicólogo. Para tranquilizarlos, voy unas cuantas veces a la consulta. No me sirve de nada. No estoy lista para desnudarme en cuerpo y alma ante un extraño, y nuestras sesiones acaban siendo una pérdida de tiempo y de dinero. No tengo el estado de ánimo adecuado para recibir terapia: la pérdida es aún muy reciente y tengo los sentimientos a flor de piel.

Vuelvo a pintar, pero no puedo hacer los mismos paisajes

soleados de antes. Mi arte ahora es más oscuro, más caótico. Pinto la explosión una vez tras otra, trato de quitármela de la cabeza, y cada vez me sale algo distinto, un poco más abstracto. También pinto el rostro de Julian. Lo hago de memoria y me frustra no poder captar la perfección arrolladora de sus facciones. Por mucho que lo intento, no me sale bien.

Todas mis amigas están estudiando en la universidad, de modo que durante las primeras semanas solo hablo con ellas por teléfono y por Skype. Parece que no saben cómo actuar conmigo y no las culpo. Intento que nuestras conversaciones sean ligeras, que se centren sobre todo en lo que les ha pasado a ellas desde que nos graduamos, pero sé que se sienten raras al hablar de novios y exámenes con alguien a quien consideran víctima de un crimen horrible. Me miran con pena y con una curiosidad morbosa, y no puedo hablarles de la experiencia en la isla.

Aun así, cuando Leah vuelve a casa desde la Universidad de Michigan, quedamos para salir. Después de unos abrazos, la incomodidad se esfuma, y vuelve a ser la misma chica que fue mi mejor amiga a partir de secundaria.

—Me gusta tu piso —dice paseándose por el estudio y observando las pinturas que tengo en las paredes—. Tienes unos cuadros muy chulos. ¿Dónde los compraste?

—Los he pintado yo —digo, mientras me calzo las botas. Salimos a cenar a un restaurante italiano de la zona. Llevo unos vaqueros ajustados y un top negro; como en los viejos tiempos.

—¿En serio? —Leah me mira sorprendidísima—. ¿Desde cuándo pintas?

—Es algo reciente. —Cojo la gabardina. El otoño está a punto de llegar y empieza a hacer fresquito. Me había acostumbrado al clima tropical de la isla y ahora una temperatura de 16 °C me parece fría.

—Joder, Nora, son buenísimos —dice ella, acercándose a uno de los cuadros de las explosiones para verlo de cerca. Esos son los únicos que he colgado; los retratos de Julian son privados—. No sabía que tenías tanto talento.

—Gracias. —Sonrío—. ¿Nos vamos?



NOS LO PASAMOS MUY BIEN EN LA CENA. LEAH ME CUENTA CÓMO ES ESTUDIAR EN Michigan y me habla de su nuevo novio, Jason. La escucho con atención y nos reímos de los chicos y de esa necesidad inexplicable de beber cerveza haciendo el pino.

—¿Cuándo te vas a matricular en la uni? —me pregunta mientras tomamos el postre—. Ibas a asistir a una de las de aquí, ¿verdad? ¿Aún quieres hacerlo?

Asiento.

—Sí, creo que me matricularé para el segundo semestre. — Aunque ahora puedo permitirme ir a la universidad, no quiero cambiar mis planes. El dinero que tengo en la cuenta no me parece real, y no me gustaría gastarlo.

—Genial —dice Leah, sonriendo. Parece superemocionada, como si algo la exaltara sobremanera.

Pronto descubro de qué se trata.

—Hola, Nora —dice detrás de mí una voz que me resulta familiar, justo cuando íbamos a pagar la cuenta.

Doy un respingo, sobresaltada. Me doy la vuelta y veo a Jake, el chico con quien había quedado aquella fatídica noche que Julian me secuestró.

El chico a quien Julian había hecho daño para meterme en cintura.

Está prácticamente igual: el pelo rubio despeinado, los ojos marrones y cálidos, su constitución fuerte. Pero en su rostro, la expresión es distinta. Está tenso y el recelo de su mirada me sienta como una patada.

—Jake... —Es como si viera a un fantasma—. No sabía que estabas en la ciudad. Pensaba que estabas en Michigan y...

Y entonces caigo en la cuenta. Me giro y lanzo una mirada acusadora a Leah, que me sonríe.

—Espero que no te importe, Nora —dice, alegre—. Le dije a Jake que iba a verte este finde y me preguntó si podía apuntarse. Como no sabía qué te parecería, dadas las... circunstancias —se le enrojecen las mejillas—, le dije que estaríamos aquí.

Pestañeo y me empiezan a sudar las manos. Leah no sabe que

le dieron una paliza a Jake por mí. Ese detalle solo se lo revelé al FBI. Debe de tener miedo de que ver a Jake me traiga recuerdos dolorosos del secuestro, pero no tiene ni idea de la punzada de ansiedad y culpabilidad que siento ahora mismo.

Jake sabe que soy responsable del ataque. Lo veo en la forma en que me mira.

Me obligo a sonreír.

—No me importa —miento con soltura—. Siéntate, por favor, y tomemos un café. —Le señalo la silla que hay justo delante de nosotras y me siento también—. ¿Cómo va todo?

Él me devuelve la sonrisa y se le marcan esas arruguitas en los ojos que antes me parecían adorables. Sigue siendo uno de los chicos más guapos que conozco, pero ya no siento ninguna atracción hacia él. El enamoramiento que tenía antes no puede compararse con la obsesión cegadora que siento por Julian, con ese deseo oscuro y desesperado que me impide pegar ojo tantas veces.

Cuando no puedo dormir, pienso en las cosas que Julian y yo hacíamos juntos, las cosas que me hacía hacer... lo que me enseñó a querer. Al cobijo de la noche, me masturbo pensando en fantasías oscuras. Fantasías de dolor exquisito y placer obligado, de violencia y pasión. Me consumen las ganas de que me tome y me use, que me hiera y me posea. Deseo a Julian, el hombre que despertó esta faceta mía.

El hombre que ahora está muerto.

Aparto ese pensamiento atroz y me centro en lo que me está contando Jake.

—...no pude ir a ese parque durante meses —dice, y me doy cuenta de que está hablando de su experiencia tras mi secuestro—. Cada vez que iba, pensaba en ti y en dónde estarías... La policía dijo que habías desaparecido de la faz de la tierra...

Le escucho con un sentimiento insoportable de odio hacia mí misma. ¿Cómo puedo sentir esto por un hombre que hizo algo tan horrible y que hizo daño a tantísima gente? ¿Tan loca estoy por amar a alguien capaz de tanta maldad? Julian no era precisamente un héroe incomprendido a quien las circunstancias habían obligado a hacer cosas malas. Era un monstruo, así de

simple.

Un monstruo a quien echo de menos con todo mi ser.

—Lo siento mucho, Nora —dice él, lo que me distrae de ese momento de autoflagelación—. Siento no haberte podido proteger aquella noche...

—Espera... ¿qué? —Lo miro, incrédula—. ¿Estás loco? ¿Sabes a quién te enfrentabas? No podrías haber hecho...

—Aun así, tendría que haberlo intentado. —Su voz tiene un deje de culpabilidad—. Debí haber hecho algo, lo que fuera...

Alargo el brazo por encima de la mesa y le cojo una mano.

—No —le digo con firmeza—. No es culpa tuya. —Veo a Leah por el rabillo; está toqueteando el móvil y finge que no está allí. La dejo hacer. Tengo que convencer a Jake de que no metió la pata, para ayudarlo a que lo supere.

Tiene la piel cálida; noto que está tenso.

—Jake —digo en voz baja, sosteniéndole la mirada—, nadie podría haberlo impedido. Nadie. Julian tiene... tenía unos recursos que ya quisieran los SWAT. Si alguien tiene la culpa, esa soy yo. Te viste implicado en esto por mí y lo siento muchísimo. —Me estoy disculpando por mucho más que esa noche y él lo sabe.

—No, Nora —replica bajito también y con los ojos ensombrecidos—. Tienes razón. Es su culpa y no nuestra. —Me doy cuenta de que también me está absolviendo, que él también quiere descargarme de la culpa.

Sonríó y le aprieto la mano con cariño, aceptando su perdón sin hablar.

Ojalá pudiera perdonarme yo tan fácilmente, pero no puedo.

Porque incluso ahora, aquí sentada y dando la mano a Jake, no puedo evitar amar a Julian.

Da igual lo que haya hecho.

CAPÍTULO 26

—CREO QUE AÚN LE GUSTAS, ¿SABES? —DICE LEAH MIENTRAS ME LLEVA A CASA—. Me sorprende que no te pidiera salir allí mismo.

—¿Pedirme salir? ¿Jake? —La miro, incrédula—. Soy la última chica con la que saldría.

—Yo no estaría tan segura —replica pensativa—. Solo salisteis una vez, pero se quedó hecho polvo cuando desapareciste. Y la manera que tenía de mirarte esta noche...

—Leah, por favor, ¿qué locura es esa? —digo con una risilla nerviosa—. Jake y yo tenemos una historia complicada. Seguramente solo quería cerrar el tema de algún modo.

La idea de salir con Jake o con cualquier otro me resulta extraña y ajena. Aún pertenezco a Julian y pensar en que otro hombre me toque me pone nerviosa, aunque no sé bien por qué.

—Cerrar el tema, seguro. —Leah rebosa sarcasmo—. Se ha pasado la noche mirándote como si fueras lo más bonito de este mundo. No quiere cerrar nada, eso ya te lo digo yo.

—Venga ya...

—No, en serio —dice Leah mirándome cuando se detiene en un semáforo—. Deberías salir con él. Es un buen tío y sé que antes te gustaba...

La miro y las ganas que tengo de que me entienda entran en conflicto con la necesidad de protegerme.

—Leah, eso era antes —digo lentamente; he decidido que le contaré parte de la historia—. Ya no soy la misma persona. No puedo salir con un chico como Jake... no después de Julian.

Ella se queda callada y vuelve a centrarse en la carretera cuando el semáforo se pone en verde. Cuando llega delante de mi bloque y para, se gira hacia mí.

—Lo siento —dice en voz baja—. Ha sido una tontería y muy desconsiderado por mi parte. Pareces estar tan bien que durante un instante se me ha olvidado que... —Traga saliva y los ojos se le vuelven vidriosos—. Si alguna vez te apetece hablar del tema, ya sabes que estoy aquí... lo sabes, ¿verdad?

Asiento y sonrío. Tengo suerte de tener una amiga como ella y pronto puede que acepte su ofrecimiento. Pero todavía no; no estando tan herida y destrozada por dentro.



LAS SEMANAS SIGUIENTES DISCURREN A PASO DE CARACOL. VIVO AL DÍA, NO PIENSO en el futuro. Cada mañana escribo una lista de tareas que quiero hacer ese día y me ciño a ella, por muchas ganas que tenga de meterme en la cama y no volver a salir.

La mayor parte del tiempo, mis listas incluyen actividades cotidianas como comer, correr, trabajar, ir al supermercado y llamar a mis padres. De vez en cuando añado otros proyectos más ambiciosos, como matricularme para el segundo semestre de la universidad, como le prometí a Leah.

También me apunto a clases de tiro. Para mi sorpresa, se me da bastante bien manejar un arma. Mi instructor dice que soy una tiradora nata, y empiezo a investigar en lo que tengo que hacer para conseguir una licencia de armas en Illinois. Además, voy a clases de defensa personal y empiezo con los movimientos básicos para defenderme. Nunca podré ganar contra alguien como Julian y los hombres que nos cogieron a Beth y a mí, pero saber luchar y disparar me hace sentir mejor, como si tuviera un mayor control de mi vida.

Entre todas esas actividades, mi trabajo y mis cuadros, estoy demasiado ocupada para socializar, pero me basta con eso. No estoy de humor para hacer nuevos amigos, y los viejos están lejos.

Jake y Leah están en Michigan. Él me localiza en Facebook y

hablamos varias veces por chat, pero no me pide salir.

Me alegro. Aunque no estudiara en una universidad a tres horas y media de aquí, la cosa no funcionaría. Jake es lo bastante listo para saber que no le depararía nada bueno salir con alguien como yo; alguien que, a efectos prácticos, seguía cautiva de Julian.

Sueño con él casi cada noche. Como un íncubo, mi captor viene a mí en la oscuridad, cuando soy más vulnerable. Invade mi mente de forma tan despiadada como hacía con mi cuerpo. Cuando no estoy reviviendo su muerte, mis sueños son de una sexualidad inquietante. Sueño con su boca, su pene, sus manos. Están por todos sitios; las tengo encima y dentro de mí. Sueño con su sonrisa arrebatadora y con cómo me abrazaba y me acariciaba.

Con cómo me torturaba hasta que me olvidaba de todo y me perdía en él.

Sueño con él... y me despierto mojada y consumida por el deseo; me siento vacía y anhelo su posesión. Como una adicta con el mono, muero por un chute, por algo que consiga hacerme olvidar estas ganas.

No estoy lista para salir con nadie, pero a mi cuerpo le da igual. Al final, cedo.

Me visto con esmero, cojo mi carnet falso y me acerco a un bar de la zona.



LOS HOMBRES REVOLOTEAN A MI ALREDEDOR COMO MOSCAS. ES FÁCIL, FACILÍSIMO. Una chica sola en un bar... no necesitan más. Como lobos a la carnaza, notan mi desesperación, notan las ganas que tengo esta noche de una cama que no esté fría y vacía.

Dejo que uno me invite a algo. Un chupito de vodka, uno de tequila... Cuando me pregunta si quiero salir de allí, todo se vuelve borroso a mi alrededor. Asiento y dejo que me lleve hasta su coche.

Es un treintañero apuesto de pelo rubio y ojos de un gris azulado. No es particularmente alto, pero tiene buen cuerpo. Es

abogado, me cuenta mientras nos lleva a un motel cercano.

Cierro los ojos mientras sigue hablando. Me da igual quién sea o a qué se dedique. Solo quiero que me folle, que llene ese vacío que siento en mi interior. Que disipe ese frío que me cala hasta los huesos.

En recepción, paga una habitación y subimos a una planta superior. Cuando entramos en la habitación, me quita el abrigo y empieza a besarme. Noto el sabor de la cerveza y los tacos que ha cenado. Me aprieta contra él y explora mi cuerpo con manos impacientes... de repente, no puedo soportarlo.

—Para. —Lo empujo tan fuerte como puedo. Como lo cojo por sorpresa, se tambalea hacia atrás.

—Pero ¿qué coño...? —Se ha quedado con la boca abierta, completamente atónito.

—Lo siento —digo rápidamente, al tiempo que cojo el abrigo —. No eres tú, soy yo.

Y sin darle tiempo ni a contestar, salgo corriendo de la habitación.

Paro un taxi y vuelvo a casa borracha y completamente destrozada. No hay chute para mi adicción, no hay forma de saciar esta sed.

No soporto que me toque otro hombre ni borracha.

CAPÍTULO 27

EMPIEZA COMO CUALQUIER OTRO SUEÑO ERÓTICO.

Unas manos fuertes y duras me recorren el cuerpo desnudo; sus palmas encallecidas me aprietan los pechos, con los pulgares me roza los pezones, erectos y sensibles. Arqueo la espalda y noto la calidez de su piel, el peso de su cuerpo inmovilizándome contra el colchón. Con sus fuertes piernas me obliga a separar los muslos y su erección me roza el sexo; su prepucio se introduce entre mis pliegues y ejerce una ligera presión en el clítoris.

Gimo y me froto contra él; se me tensan los músculos internos de las ganas que tengo de que me penetre. Jadeo, estoy completamente mojada y con las manos me aferro a su trasero fuerte y prieto, trato de obligarlo: hacer que me folle.

Él se ríe, el sonido es como un murmullo seductor, y con sus grandes manos me coge las muñecas y me las inmoviliza por encima de la cabeza.

—¿Me has echado de menos, mi niña? —me murmura al oído y su cálido aliento me pone la piel de gallina.

«¿Mi niña?». Julian nunca habla en mis sueños...

Doy un grito ahogado y abro los ojos... y en la penumbra de la primera luz de la mañana, lo veo. Es Julian.

Desnudo y excitado, Julian está encima de mí y me sujeta en la cama. Tiene el pelo más corto que antes y su magnífico rostro está contraído por el deseo; le brillan los ojos como dos joyas azules.

Me quedo inmóvil y levanto la vista, el corazón me late con

fuerza. Durante un momento creo que sigo soñando, que la mente me está jugando una mala pasada. La vista se me nubla y me doy cuenta de que he dejado de respirar, de que la sorpresa me ha cortado la respiración.

Inspiro hondo, aún inmóvil, y él baja la cabeza para acercar su boca a la mía. Su lengua se abre paso entre mis labios, me invade, y ese sabor tan conocido hace que la cabeza me dé vueltas.

Ya no hay duda.

Es Julian de verdad: está vivo y tan vital como siempre.

De repente, me embarga la rabia. Está vivo... ¡lleva vivo todo este tiempo! Todas estas semanas llorando su muerte tratando de reparar mi alma destrozada, y él estaba vivito y coleando, riéndose de mis intentos fútiles de seguir adelante, seguro.

Le muerdo fuerte el labio por las ganas que tengo de hacerle daño... de arrancarle la piel igual que él hizo con mi corazón. El sabor ferroso de la sangre me llena la boca y él se aparta con una palabrota; se le oscurecen los ojos de la rabia.

Pero no tengo miedo. Ya no.

—Suéltame —espeto con furia y forcejeando—. ¡Eres un hijo de puta! ¡Gilipollas! ¡No estabas muerto! No estabas muerto... — Para rematar la humillación, con la última frase se me escapa un sollozo y se me quiebra la voz.

Él aprieta la mandíbula sin dejar de mirarme; la perfección de sus labios está empañada por la marca que le he dejado con los dientes. Me coge con facilidad, con el pene en la entrada de mi cuerpo. Furiosa, me echo a un lado para volver a morderlo y él me sujeta las muñecas con la mano izquierda para agarrarme del pelo con la derecha. Ahora ya no puedo moverme; solo puedo fulminarlo con la mirada, con los ojos llenos de lágrimas de rabia y frustración.

Inesperadamente, se le ablanda la expresión.

—Parece que a mi gatita le han salido las uñas —murmura con un deje entretenido—. Creo que me gusta.

Ahí ya sí que me cabreo.

—¡Vete a la mierda! —grito, sacudiéndome contra él, sin importarme que ambos estamos desnudos—. A la mierda tú y lo

que te guste...

Se me abalanza y me besa, tragándose mis palabras furiosas, y vuelvo a intentar morderlo. Se aparta en el último segundo y se ríe. Al mismo tiempo, empieza a introducirme la punta. Hecha un basilisco, grito y él me suelta el pelo para taparme la boca.

—Shhh —me susurra al oído; no hace ni caso de mis gritos ahogados—. No queremos que nos oigan los vecinos.

En ese instante, me da igual que nos oiga el mundo entero. Me muero de ganas de pegarle, de hacerle el mismo daño que él me hizo a mí. Si tuviera un arma ahora mismo, le hubiera pegado un tiro por el suplicio que me ha hecho pasar.

Pero no tengo un arma. No tengo nada, y él sigue penetrándome poco a poco; su pene me dilata, se hunde en mí con su implacable dureza. Sigo húmeda por el «sueño» de antes, pero también tensa por la rabia; mi cuerpo se resiente por la intrusión y se me tensan todos los músculos para evitar sus avances. Es como nuestra primera vez, salvo que el torbellino de sentimientos que tengo en el pecho es mucho más complejo que el miedo que sentí entonces. Dejo de forcejear poco a poco y lo miro sin decir nada, aún tambaleante por la fuerza de su embestida.

Cuando ya me ha penetrado hasta el fondo, se para y me quita la mano de la boca.

Me quedo callada y las lágrimas empiezan a brotar.

Él agacha la cabeza, me besa con ternura, como si se disculpara por tratarme con tanta dureza. Los pulmones me dejan de funcionar; como siempre, esta mezcla de crueldad y ternura me descoloca y me confunde aún más de lo que estoy.

—Lo siento, cielo —murmura, rozándome con los labios la mejilla mojada por las lágrimas—. La cosa no tendría que haber ido así. Tenía que protegerte y la jodí. Metí la pata hasta el fondo... —Suspira—. No quería dejarte, no era mi intención...

—Pero lo hiciste —digo en un tono herido como si fuera una niña—. Me dejaste pensar que estabas muerto.

—No. —Me suelta las muñecas y se apoya en los codos al tiempo que me enmarca la cara con las manos—. No fue así. No fue así en absoluto.

Despacio, bajo las manos hasta sus hombros.

—Y entonces, ¿cómo fue? —pregunto con un deje de amargura. ¿Cómo ha podido hacerme algo así? ¿Cómo puede ser que me secuestrara, me lo arrebatara todo y después me abandonara con tanta crueldad?

—Te lo explicaré todo —me promete con una voz baja y tomada por el deseo. Tiene sudor en la frente y noto el pulso de su pene dentro. Se está esforzando por controlarse—. Pero ahora mismo te necesito, Nora. Necesito esto... —Empuja con las caderas y jadeo al notar que me ha rozado el punto G; la sensación es fortísima—. Sí —susurra y repite el movimiento—, lo necesito. Quiero notar tu coño ciñéndose a mi polla como si fuera un guante. Quiero follarte y quiero devorarte. Eres toda mía, Nora, hasta el último centímetro de ti. Eres solo mía... —Vuelve a agachar la cabeza y me toma la boca en un beso penetrante mientras sigue embistiendo con un ritmo lento pero incesante.

Se me acelera la respiración y me embarga una oleada de calor. Me aferro a sus hombros y le rodeo los muslos con las piernas para atraerlo más hacia mí. Después de meses de abstinencia, esto me supera, pero agradezco ese ligero escozor, esa mezcla exquisita de placer y dolor. Noto que la tensión aumenta en mi interior, ya empieza el hormigueo que anuncia la llegada del orgasmo, y justo entonces exploto con un grito ahogado al tiempo que mis músculos internos se cierran alrededor de su grueso miembro.

—Sí, cariño, eso es —masculla con voz ronca, acelerando el ritmo y, con una última embestida, él también llega al orgasmo penetrándome con fuerza. Noto su semen cálido dentro de mí; lo abrazo cuando se echa encima de mí, con su cuerpo pesado y sudoroso.



—¿TE APETECE UN TÉ O UN CAFÉ? —PREGUNTO MIRANDO A JULIAN MIENTRAS ME MUEVO POR LA COCINA, EN UN RINCÓN DEL ESTUDIO. ÉL ESTÁ SENTADO A UNA MESA QUE HAY JUNTO A LA PARED. LLEVA UNOS VAQUEROS, LO ÚNICO

que se ha dignado a ponerse después de ducharse. Los ojos se me van a su torso musculado y bronceado y me tiemblan las manos al ir a coger la taza. Con el pelo tan corto, sus pómulos parecen más huesudos y sus facciones son más marcadas que antes. Frunzo el ceño y me fijo más. Está más delgado de lo que recordaba, ha perdido peso.

Como si no reparara en mi mirada, Julian se recuesta en la silla endeble que compré en IKEA y estira las piernas. Sus pies desnudos son tremendamente masculinos.

—Un café, por favor —dice con pereza, mirándome.

Me recuerda a una pantera que acecha a su presa.

Trago saliva, dejo la taza en la encimera y enciendo la cafetera. A diferencia de él, llevo vaqueros, calcetines gruesos y un jersey. Ir completamente vestida me hace sentir menos vulnerable y con más control.

Todo esto es surrealista. De no ser por el dolor muscular que siento entre los muslos, pensaría que estaba alucinando. Pero no, mi captor —el hombre que fue el centro de mi existencia durante tanto tiempo— está aquí, en mi pequeño apartamento, dominándolo con su presencia.

Cuando el café está listo, sirvo dos tazas y me siento con él a la mesa. Me siento algo torpe, como si anduviera sobre una cuerda floja. Un segundo quiero gritar de la alegría de saberlo vivo y, al siguiente, me entran ganas de matarlo por haberme hecho pasar este suplicio. Y a pesar de todo, sé que ninguna de las dos posibilidades es adecuada en esta situación. De hecho, tendría que echar a correr y llamar a la policía.

Parece que Julian no teme esa posibilidad. Está igual de cómodo en mi estudio que en su isla. Coge la taza, le da un sorbo al café y me mira con esa sonrisa tan cautivadora que tiene.

Envuelvo la taza con las manos y disfruto de la calidez entre las palmas.

—¿Cómo sobreviviste a la explosión? —pregunto en voz baja mirándolo a los ojos.

Él tuerce un poco la boca.

—Casi no lo cuento. Cuando vieron que llevaban las de perder, uno de esos cabronazos detonó una bomba. Dos de mis hombres

y yo estábamos cerca de la escalera que llevaba al sótano y saltamos por el hueco en el último minuto. Se nos cayó un trozo de techo encima que me dejó inconsciente y mató a uno de los que me acompañaban. Por suerte para mí, el tercero, Lucas, sobrevivió y no perdió la consciencia. Consiguió meternos a los dos en la cañería, donde el aire fresco que venía de fuera ayudó a que no muriéramos por inhalación de humo.

Se me corta la respiración. La cañería... Fue el único sitio en que no miré ese día horrible que me pasé buscando entre los escombros en llamas del edificio. Estaba tan aturdida y desorientada que ni siquiera se me ocurrió ver si había supervivientes.

—Cuando Lucas me llevó al hospital, yo estaba bastante mal —prosigue Julian sin dejar de mirarme—. Tenía una fractura craneal y varios huesos rotos. Los médicos me indujeron un coma para ver si se reducía la inflamación cerebral, y no recuperé la consciencia hasta hace unas semanas. —Levanta la mano y se toca el pelo corto y entonces me doy cuenta de que ese es el motivo de su nuevo peinado. Seguramente le afeitaron la cabeza en el hospital.

Me tiembla la mano al acercarme la taza a los labios. Estuvo a punto de morir de verdad, aunque eso no disculpa su ausencia durante estas últimas semanas.

—¿Por qué no te pusiste en contacto conmigo después? ¿Por qué no me dijiste que estabas vivo?

¿Por qué dejó que se alargara la tortura más de lo necesario?

Inclina la cabeza.

—Y entonces ¿qué? —pregunta con un tono peligrosamente suave—. ¿Qué hubieras hecho, mi niña? ¿Hubieras ido corriendo a Tailandia para estar a mi lado en el hospital? ¿O les hubieras contado a tus amiguitos del FBI dónde encontrarme para que pudieran arrestarme aprovechando que estaba débil e indefenso?

Inspiro hondo.

—No se lo hubiera contado.

—¿No? —Me lanza una mirada sarcástica—. ¿Te crees que no sé que has hablado con ellos? ¿Que ahora tienen mi nombre y mi retrato?

—¡Solo hablé con ellos porque te creía muerto! —Me incorporo de un salto y casi tiro el café. De repente me sale toda la rabia contenida. Furiosa, me agarro al borde de la mesa y lo fulmino con la mirada—. Nunca te he traicionado, aunque debería haberlo hecho...

Él se levanta y despliega todo su cuerpo grande y musculoso con una gracia atlética.

—Sí, deberías haberlo hecho —dice con una mirada que se ensombrece mientras me mira desde el otro lado de la mesa—. Tendrías que haberme entregado en aquella clínica de las Filipinas y haberte largado corriendo, mi niña.

Me paso la lengua por los labios.

—¿Habría servido de algo?

—No, te habría encontrado donde fuera.

Se me hace un nudo en la garganta por la emoción y el miedo. No lo dice en broma, se lo veo en la cara. Hubiera venido a por mí y nadie le habría podido parar los pies.

—¿Quién eres? —pregunto en voz baja, mirándolo con incredulidad—. ¿Por qué no había rastro de ti en las bases de datos del gobierno? Si eres un traficante de armas tan poderoso, ¿por qué el FBI no había oído hablar de ti?

Me mira con unos ojos increíblemente azules en ese rostro tan bronceado.

—Porque tengo una amplia red de contactos, Nora —responde—. Y porque, como parte de mis interacciones con clientes, suelo dar con información interesante para el gobierno de los Estados Unidos, información que tiene que ver con la seguridad de los ciudadanos estadounidenses.

Me quedo boquiabierta.

—¿Eres espía?

—No. —Se echa a reír—. No en el sentido tradicional de la palabra. No estoy en nómina de nadie; simplemente nos hacemos favores. Yo ayudo a tu gobierno y, a cambio, ellos me hacen invisible. Solo algunos agentes de primer nivel de la CIA conocen mi existencia. —Se queda callado y luego añade—: O, al menos, así era hasta que el FBI te encontró, mi niña, ahora es algo más complicado y tengo que pedir algunos favores para que

borren esta información.

—Ya veo —digo en un tono plano. La cabeza me da vueltas. El hombre que me secuestró trabaja con mi gobierno. Es más de lo que puedo procesar ahora mismo.

Él sonríe; está claro que disfruta al verme confundida.

—No le des más vueltas, mi niña —me aconseja, con un brillo jocoso en la mirada—. Que ayude a evitar algún atentado terrorista de vez en cuando no me convierte en un buen hombre.

—No —coincido—. Es verdad.

Me doy la vuelta, me acerco a la ventana y miro afuera. El sol empieza a salir y una capa de nieve cubre el suelo.

La primera nevada de la temporada; debe de haber caído durante la noche.

No lo oigo moverse, pero de repente lo tengo detrás. Me rodea con sus enormes brazos y me atrae hacia sí. Capto la esencia masculina de su piel y entonces se disipa gran parte de la tensión que aún sentía. «Julian está vivo».

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunto sin dejar de mirar la nieve—. ¿Me vas a llevar de vuelta a la isla?

Se queda en silencio un momento.

—No —dice al final—. No puedo. No sin Beth allí. —Noto un cierto deje en su voz, por lo que sé que él también la echa de menos, que lamenta su pérdida tanto como yo.

Me doy la vuelta, aún entre sus brazos, le pongo las manos en el pecho y lo miro.

—Me alegro de que esos cabronazos estén muertos. —Las palabras me salen en un torrente furioso—. Me alegro de que te los cargaras a todos.

—Sí —dice, y veo el reflejo de mi rabia y mi dolor en el brillo de sus ojos—. Los hombres que le hicieron daño están muertos, y estoy tomando cartas en el asunto para borrar del mapa la organización entera. Cuando haya terminado, Al-Quadar no será nada más que un documento más en los archivos del gobierno.

Le sostengo la mirada sin pestañear.

—Bien. —Quiero que los destruya. Quiero que Julian los destroce y los haga sentir el dolor de Beth.

En ese instante, nos entendemos el uno al otro

perfectamente. Él es un asesino y eso quiero que sea. No quiero un hombre caballeroso y dulce con consciencia; quiero un monstruo que venga la muerte de Beth con la brutalidad que merecen.

Esboza una sonrisa, agacha la cabeza y me besa en la frente con ternura. Luego me suelta para ir hasta la cama y recoger el resto de su ropa.

Frunzo el ceño al ver que se pone una camiseta de manga larga, calcetines y unas botas.

—¿Te vas? —Al pensarlo es como si me dieran un puñetazo en la boca del estómago.

—No —contesta al tiempo que se pone la chaqueta de piel y se acerca a mi armario—. Nos vamos los dos. —Abre la puerta del armario, saca mi abrigo y unas botas y me lo lanza.

Cojo el abrigo al vuelo y me lo pongo sin pensármelo dos veces.

—¿Me secuestras de nuevo? —pregunto, calzándome las botas.

—No lo sé. —Viene hasta mí y me acaricia el labio superior con el pulgar—. ¿Es un secuestro?

No lo sé. Por primera vez en muchos meses, me siento viva. Resurgen mis sentimientos; reviven el miedo, la emoción, la alegría.

El amor.

No es el amor dulce y tierno con que siempre había soñado, pero es amor. Es oscuro, intrincado y obsesivo, es una compulsión y una adicción. Sé que el mundo me condenará por las decisiones que tomo, pero necesito a Julian tanto como él me necesita a mí.

—¿Y si no quiero ir contigo? —No sé por qué siento la necesidad de preguntárselo. Ya sé la respuesta.

Él sonrío. Se mete la mano en el bolsillo de la chaqueta, saca una pequeña jeringuilla y me la enseña.

—Ya veo —digo con tranquilidad. Ha venido preparado para cualquier imprevisto.

Entonces la aparta y me tiende la mano. Dudo un instante y entonces le doy la mano. Él entrelaza su mano con la mía y, en

ese momento, sus ojos adquieren una tonalidad intensísima de azul, casi radiante.

Salimos juntos cogidos de la mano como una pareja. Me lleva hasta un coche que nos está esperando; un coche negro con unas ventanillas gruesas. Seguramente sean a prueba de balas.

Me abre la puerta y entro.

Cuando el coche arranca, me atrae hacia sí y hundo el rostro entre su cuello y el hombro, dejándome llevar por esa esencia tan familiar.

Por primera vez en muchos meses, me siento como en casa.

FIN

¡Gracias por leer! Si quieres dejar tu valoración, te lo agradeceré muchísimo.

La historia de Julian y Nora continúa en Hazme Tuya.

Si quieres que te avise cuando se publique el próximo libro, no dudes en visitar mi página web

<http://annazaires.com/series/espanol/> y apuntarte a la newsletter.

FRAGMENTO DE HAZME TUYA

Nota de la autora: Hazme Tuya es la continuación de la historia de Nora y Julian.



Hay días en los que esa necesidad de hacer daño, de matar, es demasiado fuerte para negarla. Días en los que la fina capa de civilización amenaza con desaparecer ante la menor provocación, dejando salir el monstruo interior.

Hoy no es uno de esos días.

Hoy la tengo conmigo.

Vamos en el coche camino al aeropuerto. Está sentada a mi lado y me rodea con sus brazos delgados y la cara apoyada en el hueco de mi cuello.

Mientras la abrazo, le acaricio el pelo oscuro, disfrutando de su textura sedosa. Ahora lo lleva largo y le llega hasta la estrecha cintura; no se lo ha cortado en diecinueve meses.

No desde que la secuestré la primera vez.

Inhalo y huelo su esencia: es fresca, floral y de una feminidad exquisita. Es una mezcla de champú y de la química única de su cuerpo; se me hace la boca agua. Quiero desnudarla entera, seguir ese aroma por todas partes y así explorar cada curva y cada recoveco de su cuerpo.

Me palpita el miembro y recuerdo de que acabo de tirármela. Sin embargo, eso no importa. El deseo que siento por ella es

constante. Me he acostumbrado a este deseo obsesivo, cosa que antes solía molestarme. He aceptado mi propia locura.

Parece tranquila, satisfecha, incluso, y eso me gusta. Me gusta notarla acurrucada a mi lado, cariñosa y confiada. Sabe cómo soy yo en realidad y, aun así, se siente segura conmigo; la he enseñado para que sea así.

He hecho que me quiera.

Al cabo de un par de minutos, se mueve entre mis brazos, y levanta la cabeza para mirarme.

—¿Adónde vamos? —pregunta mientras mueve esas largas pestañas negras como si fueran un abanico. Tiene ese tipo de mirada que desarmaría a cualquier hombre; unos ojos dulces y oscuros que me hacen pensar en sábanas enredadas y piel desnuda.

Hago un esfuerzo por centrarme, pero esos ojos me desconcentran como nada.

—Vamos a mi casa de Colombia —digo respondiendo a su pregunta—. El lugar donde me crie.

No he estado allí desde hace años, desde que asesinaron a mis padres. Sin embargo, la finca de mi padre es una fortaleza y eso es precisamente lo que necesitamos ahora mismo. Estas últimas semanas he instalado nuevas medidas de seguridad para que la propiedad quede prácticamente inexpugnable. Nadie volverá a quitarme a Nora, de eso me he asegurado.

—Pero ¿te quedarás conmigo? —la oigo preguntar en un tono esperanzador y yo asiento, sonriendo.

—Sí, mi gatita, me quedaré contigo. —Ahora que la he recuperado, las ganas de tenerla cerca son demasiado fuertes; no puedo negarlo. Antaño la isla era el lugar más seguro para ella, pero ya no lo es. Ahora ellos saben que existe y que es mi talón de Aquiles. Por eso debo tenerla a mi lado para poder protegerla.

Se lame los labios y sigo con la mirada el camino de su delicada lengua rosada. Quiero cogerla por el pelo y acercarme su cabeza al regazo, pero consigo reprimir el deseo. Ya habrá tiempo de sobra para eso después, cuando estemos en un lugar más seguro y menos público.

—¿Enviarás a mis padres otro millón de dólares? —Me mira

con unos ojos grandes e ingenuos, pero capto un deje desafiante en su voz. Me está poniendo a prueba, tanteando los límites de esta nueva etapa de nuestra relación.

Se me agranda la sonrisa y me estiro para ponerle un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿Quieres que les envíe dinero, mi gatita?

Me mira fijamente sin parpadear.

—En realidad no —contesta en voz baja—. Pero sí me gustaría llamarlos.

Le sostengo la mirada.

—De acuerdo, puedes llamarlos al llegar.

Abre mucho los ojos y veo que la he sorprendido. Esperaba que la mantuviera cautiva otra vez, aislada del mundo exterior. No se da cuenta de que eso ya no hace falta.

He conseguido lo que quería: la he hecho completamente mía.



No dudes en visitar mi página web, <http://annazaires.com/series/espanol/>, para más información y para apuntarte a mi lista de distribución con todos los nuevos lanzamientos.

ACERCA DEL AUTOR

Anna Zaires es una autora de novelas eróticas contemporáneas y de romance fantástico, cuyos libros han sido éxitos de ventas en el New York Times y el USA Today, y han llegado al primer puesto en las listas internacionales. Se enamoró de los libros a los cinco años, cuando su abuela la enseñó a leer. Poco después escribiría su primera historia. Desde entonces, vive parcialmente en un mundo de fantasía donde los únicos límites son los de su imaginación. Actualmente vive en Florida y está felizmente casada con Dima Zales —escritor de novelas fantásticas y de ciencia ficción—, con quien trabaja estrechamente en todas sus novelas.

Después de graduarse en económicas por la universidad de Chicago, Anna se pasó ocho años en Wall Street analizando la bolsa y escribiendo informes de investigación. En 2013 dio un giro a su carrera y consiguió materializar su sueño de escribir novelas románticas.

Dima Zales es el amor de su vida y una gran inspiración en todos los aspectos de la escritura. Todos los libros que escribe Anna son producto de un proceso colaborativo único.

Además de leer y escribir, a Anna le gusta beber té —el oolong de coco es su perdición—, ver programas de televisión adictivos y hablar de ideas para sus libros durante largas caminatas con su increíble marido.

Le encanta estar en contacto con sus lectores, así que no dudes en darle un toque mediante su página web o en Facebook, donde pasa quizá demasiado tiempo. Y échale un vistazo también a su marido y colaborador, Dima Zales, www.dimazales.com para descubrir sus libros de fantasía y ciencia ficción.

Si quieres saber más, pásate por <http://annazaires.com/series/espanol/>.